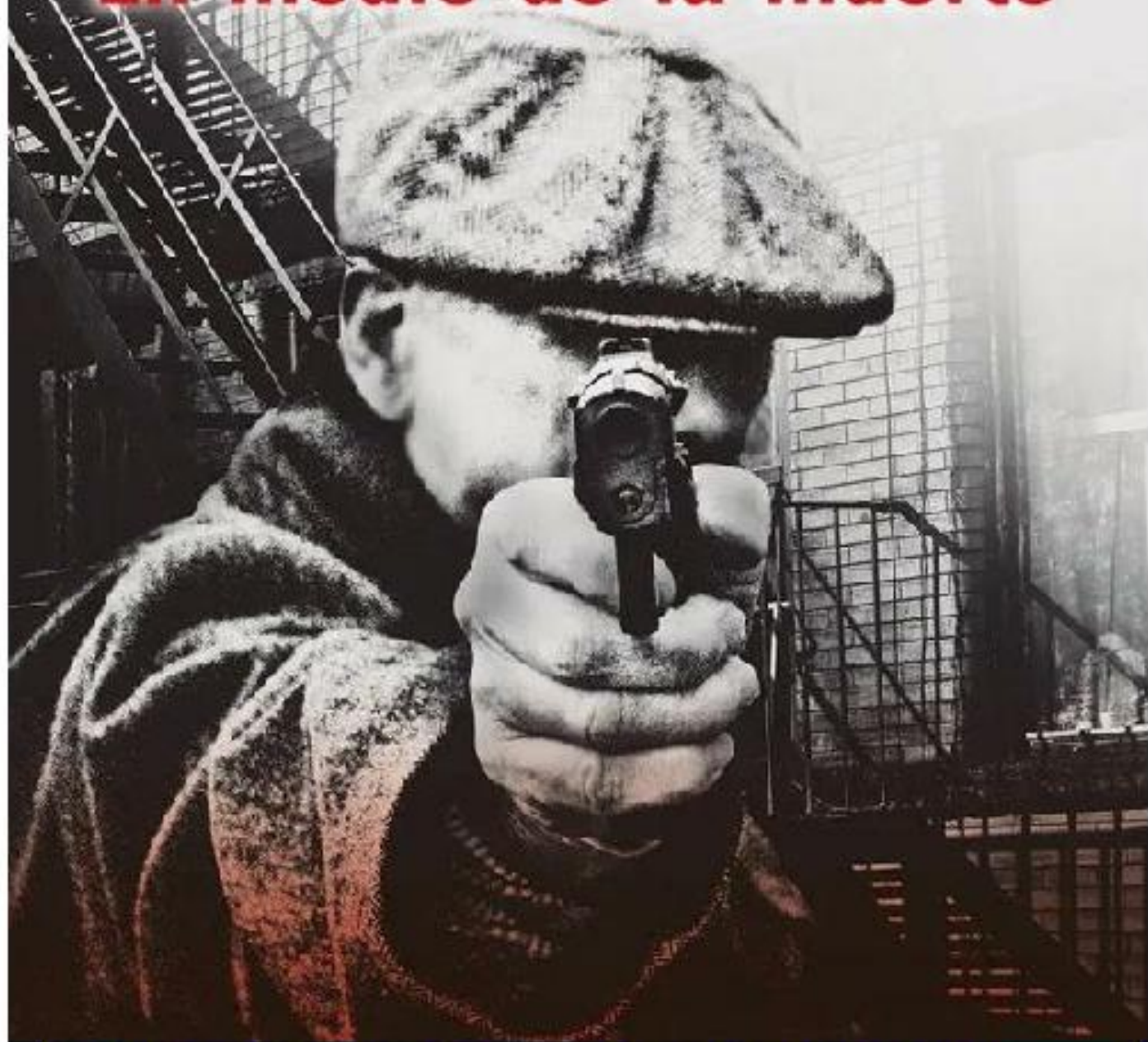


LAWRENCE BLOCK

En medio de la muerte



Un mundo de novela ... www.miscolecciones.org

Un mundo de novela ...
www.miscolecciones.org



Colaborar en denuncias de corrupción policial no hizo a Jerry Broadfield un policía popular entre sus compañeros. Ahora que han hallado en su piso una prostituta muerta, sólo confiará en él Matthew Scudder, un expolicía que abandonó el cuerpo tras provocar un trágico accidente y que ahora sobrevive investigando casos de manera extraoficial.

Aunque a Scudder, detective privado sin licencia, tampoco se lo van a poner fácil. Para nada.

Lawrence Block

En medio de la muerte

Matt Scudder - 03

Título original: *In the Midst of Death*
Lawrence Sanders, 1976
Traducción: Antonio Iriarte

Editor digital: Titivillus



PARA UN AMIGO AUSENTE

1

Octubre es prácticamente la mejor época del año para disfrutar de la ciudad. Los últimos calores del verano ya han pasado y la punzada del frío de verdad aún no se ha dejado sentir. Había llovido bastante en septiembre, pero eso ya había quedado atrás. El aire estaba un poco menos contaminado de lo normal y la temperatura fresca hacía que pareciese incluso más limpio.

Me detuve en una cabina telefónica en la Tercera Avenida, en el tramo donde la cruzan las calles cincuenta. En la esquina, una anciana echaba migas a las palomas y les dedicaba arrullos mientras comían. Tengo entendido que hay una ordenanza municipal que prohíbe dar de comer a las palomas. En el Departamento de Policía solíamos citarla de ejemplo cuando les explicábamos a los novatos que existen leyes que hay que hacer cumplir y leyes de las que te puedes olvidar.

Me metí en la cabina. Como cabía esperar, al menos una vez la habían tomado por un urinario público. Por lo menos el teléfono funcionaba. La mayoría funcionan hoy en día. Hace cinco o seis años, los teléfonos de las cabinas de la calle estaban casi todos averiados. Así que no todo va a peor en este mundo nuestro. De hecho, algunas cosas están mejorando.

Marqué el número de Portia Carr. Su contestador siempre se conectaba al segundo timbrazo, así que cuando el tono sonó por tercera vez, pensé que había marcado mal. Había empezado a dar por hecho que nunca estaría en casa cuando la llamara.

Y entonces contestó al teléfono:

—¿Sí?

—¿La señorita Carr?

—Sí, al habla.

El tono de su voz no era tan bajo como el de la grabación del contestador y el acento de Mayfair era menos perceptible.

—Me llamo Scudder —dije—. Me gustaría acercarme a verla. Estoy en el vecindario y...

—Lo siento mucho —me interrumpió—, pero me temo que ya no recibo. Gracias.

—Quisiera...

—¿Por qué no llama a otra?

Y colgó.

Encontré otra moneda de diez centavos y, cuando ya estaba a punto de echarla en la ranura y de volver a llamar, cambié de idea y me guardé la moneda en el bolsillo. Bajé caminando dos manzanas hacia el centro, y luego otra más en dirección este hasta el cruce de la Segunda Avenida con la calle Cincuenta y cuatro, donde localicé un bar con teléfono público desde el que se podía ver el portal de su edificio. Eché mi moneda de diez centavos en ese teléfono y marqué su número.

En cuanto descolgó me apresuré a decir:

—Me llamo Scudder y quiero hablarle de Jerry Broadfield.

Hubo un silencio.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Ya se lo he dicho. Me llamo Matthew Scudder.

—Usted es el que ha llamado hace un rato.

—Exacto. Y me colgó.

—Creí que...

—Ya sé lo que creyó. Me gustaría hablar con usted.

—Lo siento mucho, pero no concedo entrevistas.

—No soy de la prensa.

—¿Y qué es lo que busca entonces, señor Scudder?

—Lo sabrá cuando me reciba. Creo que sería mejor que me viera, señorita Carr.

—Pues yo más bien creo que no.

—No estoy muy seguro de que tenga elección. Estoy en la zona donde vive. Llegaré a su casa en cinco minutos.

—No, por favor. —Hizo una pausa—. Acabo de levantarme, ¿lo

entiende? Tendrá que darme una hora. ¿Puede esperar una hora?

—Si no hay más remedio...

—Pásese dentro de una hora, en tal caso. Ya tiene la dirección, supongo.

Le dije que la tenía. Colgué y me senté en la barra con una taza de café y un bollo. Me puse de cara al ventanal, para poder vigilar su edificio, y la vi por primera vez justo cuando el café ya se había enfriado lo suficiente para poderlo tomar. Ya debía de estar arreglada cuando hablamos, porque tardó solo siete minutos en salir a la calle.

Reconocerla no tuvo demasiado mérito por mi parte. Era clavada a la descripción que tenía: la fiera melena pelirroja, la estatura. Ella le prestaba armonía al conjunto con la presencia majestuosa de una leona.

Me levanté y me dirigí a la puerta, aprestándome a seguir tras ella en cuanto viera qué dirección tomaba, pero vino derecha hacia la cafetería y franqueó la puerta. Me volví y regresé junto a mi taza de café.

Se fue derecha a la cabina telefónica.

Supongo que no debería haberme sorprendido. Se pinchan teléfonos con la frecuencia suficiente para que cualquiera que tenga actividades criminales o políticas asuma que todos los teléfonos están intervenidos y actúe en consecuencia. Las llamadas importantes o delicadas no debe uno hacerlas desde su propio teléfono. Y este era el teléfono público más próximo a su domicilio. Por eso lo había elegido yo y por eso mismo lo estaba utilizando ella.

Me acerqué un poco más a la cabina, solo para comprobar que, como ya me imaginaba, no me iba a servir de nada. Ni pude ver qué número marcaba, ni pude oír nada. Una vez que me quedaron claros estos extremos, pagué el café y el bollo, y me largué.

Crucé la calle y me dirigí a su casa.

Estaba jugándomela. Si ella terminaba su llamada y cogía un taxi, la perdería, y no quería perderla ahora. No después del tiempo que me había costado dar con ella. Quería saber a quién estaba llamando y, si luego iba a algún sitio, quería saber adónde y por qué.

Pero pensé que no tomaría ningún taxi. Ni siquiera llevaba bolso, y si hubiese querido ir a algún lado, probablemente hubiera pasado antes a recoger su bolso y a meter algo de ropa en una maleta. Y había arreglado las

cosas conmigo para disponer de una hora de margen.

Así que me dirigí a su edificio y me topé con un tipejo de pelo blanco en el portal. Tenía unos inocentes ojos azules y un sarpullido de capilares rotos en los pómulos. Parecía sentirse muy orgulloso de su uniforme.

—Carr —le dije.

—Acaba de salir hace un minuto. Casi se la encuentra. No puede haber pasado más de un minuto.

—Ya lo sé.

Saqué la cartera y la abrí rápidamente. No había nada que ver en ella, ni siquiera una placa de agente federal de juguete, pero no importó. El gesto es lo que importa, eso y tener pinta de poli de entrada. El tipo vio un relámpago de cuero y quedó impresionado. Hubiera resultado de mala educación por su parte querer verlo más de cerca.

—¿Cuál es su apartamento?

—Espero que no me meta usted en líos.

—No, si se porta como es debido. ¿En qué apartamento se aloja?

—Cuarto G.

—Déjeme su llave maestra, ¿vale?

—Se supone que no me está permitido.

—Ajá. ¿Quiere que vayamos a la comisaría a hablarlo?

No quería. Lo que quería era que me fuera a paseo y reventara, pero no lo dijo. Me entregó su llave maestra.

—Estará de vuelta en un par de minutos. Ni se le ocurra decirle que estoy arriba.

—Esto no me gusta nada.

—Ni tiene por qué.

—Es una tía legal, siempre se ha portado bien conmigo.

—Es generosa en Navidad, ¿no?

—Es una persona muy agradable —dijo.

—Estoy seguro de que tenéis una relación estupenda. Pero dele el soplo y me enteraré, y no me gustará. ¿Me sigue?

—No voy a decirle nada.

—Y le devolveré su llave. No se preocupe por eso.

—Eso es lo de menos —dijo.

Subí en el ascensor hasta la cuarta planta. El apartamento G daba a la calle. Me senté al lado de la ventana y vigilé la entrada del café. Desde ese ángulo no podía distinguir si había alguien en la cabina telefónica o no, por lo que podía haberse marchado ya, haber dado la vuelta a la esquina y haber cogido un taxi, pero no creí que lo hubiese hecho. Esperé sentado en una silla, y al cabo de diez minutos más o menos salió de la cafetería y se quedó parada en la esquina, alta, corpulenta y llamativa.

Y claramente dubitativa. Estuvo ahí parada un rato largo, y pude notar la indecisión en su mente. Podía haberse ido prácticamente en cualquier dirección, pero al cabo de un momento, se volvió con determinación y echó a andar hacia mí. Expulsé el aliento que no me había dado cuenta que estaba conteniendo y me acomodé para esperarla.

Cuando oí la llave en la cerradura, me levanté, me aparté de la ventana y me pegué contra la pared. Ella abrió la puerta, la cerró a su espalda y echó el pestillo. Estaba cerrando la puerta con mucha eficacia, pero yo ya estaba dentro.

Se quitó una trinchera azul claro y la colgó en el armario de la entrada. Debajo vestía falda escocesa hasta la rodilla y una blusa amarilla hecha a medida con cuello abotonado. Tenía las piernas muy largas y un cuerpo fuerte y atlético.

Se volvió de nuevo y sus ojos aún no habían alcanzado el punto en el que yo estaba cuando dije: «Hola, Portia».

No llegó a soltar el grito. Lo contuvo tapándose la boca con la mano. Se quedó muy quieta un instante, con el cuerpo en equilibrio sobre la punta de los pies, y luego, con un esfuerzo de voluntad, apartó la mano de la boca y volvió a poner los talones en el suelo. Inspiró una gran bocanada de aire y consiguió aguantarlo. Era de tez muy clara, pero su cara en ese momento se veía todavía más pálida. Se llevó la mano al corazón. El ademán resultó teatral, falto de sinceridad. Como si fuera consciente de ello, volvió a bajar la mano y respiró hondo varias veces, inspirando y espirando, inspirando y espirando.

—Su nombre es...

—Scudder.

—Y ha llamado antes.

—Así es.

—Me prometió que me daría una hora.

—Últimamente se me adelanta mucho el reloj.

—No me diga.

Volvió a inspirar muy hondo y exhaló despacio. Cerró los ojos. Me aparté de la pared y me quedé de pie en el centro de la habitación, a unos pasos de ella. No parecía de la clase de personas que se desmayan con facilidad, y si hubiese querido desmayarse probablemente ya lo habría hecho, pero seguía estando muy pálida, y si pensaba venirse abajo, quería tener una buena oportunidad de agarrarla mientras caía. Pero el color empezó a volverle a la cara y abrió los ojos.

—Necesito un trago —manifestó—. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias.

—Pues beberé sola.

Fue a la cocina. La seguí de cerca, lo bastante para no perderla de vista. Sacó de la nevera una botellita de whisky escocés y otra de soda, y echó en un vaso un par de dedos de cada.

—No le pongo hielo —explicó—, no me gusta que los cubitos me den en los dientes. Pero he adquirido la costumbre de tomar las bebidas heladas. Las habitaciones aquí están muy calientes, ¿sabe?, y no me gustan nada las copas a temperatura ambiente. ¿Está seguro de que no quiere acompañarme?

—Ahora mismo no, gracias.

—A su salud, pues.

Apuró el vaso de un solo trago largo. Miré cómo le trabajaban los músculos de la garganta. Su cuello era largo y muy bonito. Tenía la perfecta tez inglesa y hacía falta un buen montón de crema para cubrirla del todo. Yo mido algo más de metro ochenta de alto, y ella era prácticamente de mi estatura, o quizá una pizca más alta. Me la imaginé con Jerry Broadfield, que debía de sacarle diez centímetros y que seguro que no desentonaba a su lado en cuanto a presencia. Debían de formar una pareja llamativa.

Volvió a tomar aire, se estremeció y dejó el vaso vacío en el fregadero. Le pregunté si se encontraba bien.

—Oh, de fábula —dijo.

Tenía los ojos de un azul muy pálido, casi gris, y los labios gruesos, pero exangües. Me aparté y pasó junto a mí para entrar al cuarto de estar. Sus caderas me rozaron ligeramente al pasar. Era más que suficiente. No hacía falta mucho más que eso, con ella por lo menos.

Se sentó en un sofá de color azul grisáceo y cogió un cigarro de una caja de teca que había encima de una mesita auxiliar de plexiglás claro. Lo encendió con una cerilla e indicó la caja con la mano, invitándome a servirme. Le dije que no fumaba.

—Me pasé a estos porque no tienes que tragarte el humo —explicó—, pero yo me lo trago igualmente y, por supuesto, son más fuertes que los cigarrillos. ¿Cómo ha entrado aquí?

Le enseñé la llave maestra.

—¿Eso se lo ha dado Timmie?

—No quería, pero no le dejé mucha elección. Dice que usted siempre se ha portado muy bien con él.

—Mis buenas propinas me cuesta, ese estúpido cabroncete. Me ha dado usted un buen susto, ¿sabe? No sé qué quiere, ni para qué está aquí. Ni quién es, en realidad. Me parece haber olvidado ya hasta su nombre.

Se lo recordé.

—Matthew —dijo—. No sé a qué ha venido, Matthew.

—¿A quién ha llamado desde la cafetería?

—¿Estaba ahí? No me he dado cuenta.

—¿A quién ha llamado?

Intentó ganar tiempo dando caladas al purito. Sus ojos se tornaron pensativos.

—Creo que no voy a decírselo —dijo al fin.

—¿Por qué ha presentado usted una denuncia contra Jerry Broadfield?

—Por extorsión.

—¿Por qué, señorita Carr?

—Antes me ha llamado Portia. ¿O eso ha sido solo para impresionarme? Los polis siempre te llaman por tu nombre de pila. Lo hacen para mostrarle a una su desprecio, se supone que eso les da algún tipo de ventaja psicológica, ¿no es así? —Me apuntó con el cigarro—. Pero usted..., usted no es policía,

¿no?

—No.

—Pero tiene algo de poli.

—Lo fui.

—Ah. —Asintió con la cabeza, satisfecha—. ¿Y conoció a Jerry cuando era policía?

—Entonces no lo conocía.

—Pero ahora sí.

—Eso es.

—¿Y es usted amigo suyo? No, eso no es posible. Jerry no tiene amigos, ¿verdad?

—¿No los tiene?

—Difícilmente. Lo sabría si lo conociese bien.

—Es que no lo conozco bien.

—Me pregunto si alguien lo conoce bien. —Otra calada del cigarro, un cuidadoso dejar caer la ceniza en un cenicero de cristal tallado—. Jerry Broadfield tiene conocidos. Muchísimos conocidos. Pero dudo de que tenga un solo amigo en el mundo.

—Desde luego, usted no es amiga suya.

—Nunca dije que lo fuera.

—¿Por qué lo acusa de extorsión?

—Porque es verdad. —Consiguió sonreír débilmente—. Insistió en que le diera dinero. Cien dólares a la semana o me causaría problemas. Las prostitutas somos criaturas vulnerables, ¿sabe usted? Y cien dólares a la semana no es una cantidad demasiado considerable si piensa en las enormes sumas que los hombres están dispuestos a pagar por irse a la cama con una. —Gesticuló con las manos, indicando su cuerpo—. Así que le pagué el dinero que me pedía y le ofrecí mis servicios sexuales.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Normalmente era durante cosa de una hora cada vez. ¿Por qué?

—No, no, que cuánto tiempo estuvo pagándole.

—Oh, no lo sé. Alrededor de un año, supongo.

—¿Y cuánto tiempo lleva en este país?

—Hace un poco más de tres años.

—Y no querrá volver a casa, supongo. —Me puse en pie y me acerqué al sofá—. Probablemente fue así como cebaron el anzuelo —dije—. O les seguía el juego, o se las arreglarían para hacerla deportar como extranjera indeseable. ¿Fue así como la convencieron?

—Menuda expresión, esa de extranjera indeseable.

—¿Fue eso lo que...?

—La mayoría de la gente me considera una extranjera sumamente deseable. —Sus ojos gélidos me retaban—. Pero supongo que usted carecerá de opinión al respecto.

Estaba empezando a ponerme nervioso y eso me molestaba muchísimo. No es que ella me gustase especialmente, así que, ¿por qué me afectaba? Me acordé de algo que me había contado Elaine Mardell: que una gran parte de la cartera de clientes de Portia Carr la formaban masoquistas. La verdad es que nunca he llegado a entender qué es lo que pone a los masocas, pero unos cuantos minutos en su presencia habían bastado para que comprendiese que un masoquista vería en esta mujer en particular un ingrediente perfecto para sus fantasías. Y, aunque de forma un tanto diferente, también encajaba bastante bien en las mías.

Seguimos jugando un rato más al ratón y al gato. Ella siguió insistiendo en que Broadfield de verdad le había estado extorsionando y yo seguí intentando pasar de ese tema al de la persona que la había inducido a denunciar a Broadfield. No estábamos llegando a ningún sitio; es decir, yo no estaba llegando a ningún sitio y ella no tenía sitio adonde ir.

Así que le dije:

—Mire, si nos atenemos a lo esencial, nada de esto tiene la menor importancia. No importa si él le estaba sacando dinero y no importa quién la haya obligado a denunciarlo.

—Entonces ¿a qué has venido, corazón? ¿Ha sido solo en busca de cariño?

—Lo que importa es saber qué hace falta para que retire la denuncia.

—¿Qué prisa hay? —Sonrió—. Jerry ni siquiera ha sido arrestado aún, ¿no?

—No va a llevar esto hasta el tribunal —seguí—. Para conseguir una imputación, necesitaría pruebas y, si tuviese alguna, ya habría salido a la luz a

estas alturas. Así que esto no es más que una calumnia, pero es una calumnia embarazosa para él y le gustaría liquidarla. ¿Qué quiere para retirar los cargos?

—Jerry debería saberlo.

—¿Sí?

—Lo único que tiene que hacer es dejar de hacer lo que ha estado haciendo.

—¿Se refiere a Prejanian?

—¿A eso me refiero? —Había terminado el cigarro y cogió otro de la cajita de teca, pero no lo encendió, se quedó jugando con él—. A lo mejor no quiero decir nada, pero vamos a echarle un vistazo a su trayectoria. Es un americanismo que me gusta bastante: «echémosle un vistazo a su trayectoria». Todos estos años, Jerry se lo ha montado muy bien como policía. Tiene una casita encantadora en Forest Hills, una mujer encantadora, unos niños encantadores. ¿Conoce a su mujer y a sus hijos?

—No.

—Yo tampoco, pero he visto fotos. Los norteamericanos son extraordinarios. Primero te enseñan fotos de sus esposas y niños, y luego quieren acostarse contigo. ¿Está usted casado?

—Ya no.

—Cuando lo estaba, ¿engañaba a su mujer?

—De vez en cuando.

—Pero no iba enseñando fotos tuyas por ahí, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—De algún modo, eso me parecía. —Volvió a dejar el cigarro en la caja, se enderezó y bostezó—. Jerry tenía todo eso, en cualquier caso, y entonces se fue a ver a ese fiscal especial a contarle una larga historia sobre corrupción policial, y empezó a conceder entrevistas a los periódicos, y pidió la excedencia del Departamento de Policía, y de repente, está en apuros y acusado de sacarle cien pavos semanales a una pobre putilla. Te da que pensar, ¿no le parece?

—Entonces ¿eso es lo que tiene que hacer? ¿Abandonar a Prejanian y retirará usted la denuncia?

—Yo no he dicho exactamente eso, ¿verdad? Y en cualquier caso, eso lo

tenía que saber él sin necesidad de mandarle a usted a hurgar por ahí. Quiero decir, que resulta bastante obvio, ¿no le parece?

Seguimos así un rato más y no conseguimos nada. No sé qué había esperado lograr yo, ni por qué había aceptado quinientos dólares de Broadfield de entrada. Alguien tenía a Portia Carr muchísimo más amedrentada de lo que yo podría conseguir nunca, por muy listo que me hubiese mostrado colándome en su apartamento. Entretanto, ahí estábamos, hablando sin sentido, y siendo ambos conscientes de lo estéril de todo ello.

—Esto es una estupidez —dijo ella de pronto—. Me voy a tomar otra copa. ¿Me acompaña?

Me apetecía una copa a rabiar.

—Paso, gracias —dije.

Me rozó al dirigirse a la cocina. Percibí el intenso aroma de un perfume que no reconocí. Me propuse saber cuál era la próxima vez que lo oliera. Volvió con una copa en la mano y se volvió a sentar en el sofá.

—Una estupidez —repitió—. ¿Por qué no se sienta conmigo y hablamos de cualquier otra cosa? O de nada.

—Podría estar en un aprieto, Portia.

Su rostro expresó alarma.

—No diga esas cosas.

—Está usted en medio. Es usted una chica grande y fuerte, pero puede que no sea tan fuerte como se cree.

—¿Me está amenazando? No, no es una amenaza, ¿verdad?

Sacudí la cabeza:

—Conmigo no tiene por qué inquietarse. Pero sin mí tiene bastantes cosas de que preocuparse.

Bajó la mirada.

—Estoy muy cansada de ser fuerte —dijo—. Aunque se me da bien, créame.

—Estoy convencido de ello.

—Pero es agotador.

—Tal vez podría ayudarla.

—No creo que nadie pueda.

—¿Ah, no?

Me escrutó brevemente y luego bajó la vista. Se levantó y cruzó la habitación hasta la ventana. Podría haberla acompañado. Había algo en su actitud que sugería que lo esperaba. Pero me quedé donde estaba.

—Se ha creado algo entre usted y yo, ¿verdad? —dijo.

—Sí.

—Pero ahora no sirve de nada. El momento no puede ser menos oportuno. —Se había puesto a mirar por la ventana—. Ahora mismo, ninguno de los dos puede servirle de nada al otro.

No dije nada.

—Sería mejor que se marchara ahora mismo.

—De acuerdo.

—Hace un día precioso ahí fuera. Ese sol, ese aire fresco. —Se volvió a mirarme—. ¿Le gusta esta época del año?

—Sí. Mucho.

—Es mi favorita, creo. Octubre, noviembre, la mejor época del año. Pero también la más triste, ¿no le parece?

—¿Triste? ¿Por qué?

—Oh, sí, muy triste —dijo—, porque está llegando el invierno.

2

Al salir le devolví la llave maestra al portero. No parecía más contento que antes, a pesar de que veía que me iba. Me acerqué al Johnny Joyce's en la Segunda Avenida y me senté en un reservado. La mayoría de la gente que había ido a almorzar ya se había marchado. Los que seguían ahí llevaban ya uno o dos martinis más de la cuenta, y probablemente no conseguirían volver a sus oficinas. Me tomé una hamburguesa con una botella de cerveza Harp, y luego un par de bourbons con el café.

Marqué el número de Broadfield. Sonó un rato, pero no contestó nadie. Volví a mi reservado, me tomé otro bourbon y pensé en unas cuantas cosas. Había preguntas para las que no parecía poder hallar respuesta. ¿Por qué había rechazado la copa que me había ofrecido Portia Carr cuando tenía tantas ganas de tomar una? ¿Y por qué —si es que no era una variante de la misma pregunta— había rechazado a la propia Portia Carr?

Seguí pensando algo más en la calle Cuarenta y nueve Oeste, en la capilla de los actores en la iglesia de San Malaquías. La capilla está por debajo del nivel de la calzada, es un espacio grande y sobrio que ofrece un remanso de paz y silencio, que, de otro modo, resulta difícil de encontrar en pleno corazón del distrito teatral de Broadway. Me senté en un banco junto al pasillo central y dejé que mi mente vagabundease.

Una actriz a la que solía tratar hace muchos años me contó una vez que solía ir a diario a San Malaquías cuando no estaba trabajando. «Me pregunto si importará algo que no sea católica, Matt. Supongo que no. Rezo una pequeña oración, enciendo una velita y ruego que me sea concedido trabajo. Me pregunto si servirá de algo. ¿Te parece que es lícito pedirle a Dios un papel decente?». ».

Debí de quedarme ahí sentado cerca de una hora, dándole vueltas a distintas cosas. Al salir, eché un par de pavos en el cepillo de los pobres y encendí unas cuantas velas. No recé ninguna oración.

Pasé la mayor parte de la noche en Polly's Cage, frente a mi hotel. Chuck estaba en la barra, de muy buen humor, tanto que la casa invitaba a una ronda de cada dos. Yo había conseguido localizar a mi cliente a última hora de la tarde y le había hecho un breve informe de mi encuentro con Carr. Me preguntó qué tenía pensado hacer a continuación, y le dije que tenía que pensármelo y que ya me pondría en contacto con él cuando tuviera alguna información que él debiera conocer. Esa noche no surgió nada en esa categoría, así que no tuve que llamarle. Como tampoco tuve ningún motivo para llamar a nadie más. En la recepción del hotel tenían un recado telefónico para mí: me había llamado Anita, que quería que yo me pusiera en contacto con ella, pero no era la clase de noche en la que a uno le apeteciera hablar con su exmujer. Me quedé en Polly's y vacié mi copa cada vez que Chuck me la llenó.

A eso de las once y media, entraron un par de chavales que se dedicaron a poner música country sin parar en la gramola. Normalmente la soporto tan bien como cualquier otra, pero, por algún motivo, no era lo que me apetecía oír en ese momento. Pagué la nota y me fui a Armstrong's, a la vuelta de la esquina, donde Don tenía sintonizada la emisora WNCN en la radio. Sonaba Mozart y había tan poca gente en el local que hasta se podía escuchar la música.

—Han vendido la emisora —me dijo Don—. Los nuevos dueños van a reconvertirla a un formato pop-rock. Otra emisora de rock es justo lo que esta ciudad necesita.

—Las cosas siempre van a peor.

—No te lo voy a discutir. Existe un movimiento de protesta para obligarlos a seguir con una política de emisión de música clásica. Supongo que no servirá de nada, ¿no crees?

—Nada sirve nunca de nada. —Negué con la cabeza.

—Vaya, estás de un humor espléndido esta noche. No sabes lo que me

alegra que hayas decidido venir aquí a irradiar dulzura y alegría en vez de quedarte encerrado en tu habitación.

Me eché bourbon en el café y le di vueltas con la cucharilla. Estaba de un humor execrable y no conseguía saber exactamente por qué. Se pasa bastante mal cuando se sabe qué es lo que lo está molestando a uno; pero cuando los demonios que te atormentan son invisibles, resulta mucho más difícil hacerles frente.

Fue un sueño extraño.

No suelo soñar mucho. El alcohol tiene el efecto de hacerte dormir en un plano más profundo, por debajo del nivel en el que tienen lugar los sueños. Tengo entendido que el *delirium tremens* representa la insistencia de la psique por tener la oportunidad de soñar: al no poder soñar mientras duermes, tienes los sueños en estado de vigilia. Todavía no he padecido nunca *delirium tremens* y me siento agradecido por mis noches generalmente desprovistas de sueños. Hubo un tiempo en que solo esto de por sí ya suponía razón más que suficiente para beber.

Pero esa noche soñé, y el sueño me llamó la atención por su extrañeza. Aparecía Portia, con su gran cuerpo, su llamativa belleza, su voz profunda y su magnífico acento inglés. Estábamos sentados hablando, aunque no en su apartamento. Estábamos en una comisaría. No sé de qué distrito sería, pero recuerdo que allí me sentía como en casa, así que acaso fuera alguna en la que había estado destinado hacía tiempo. A nuestro alrededor había policías de uniforme y ciudadanos que presentaban denuncias, y todos estos secundarios desempeñaban los mismos papeles que suelen representar en escenas similares de películas de polis y ladrones.

Y ahí, en el centro de la escena, estábamos Portia y yo, desnudos. Íbamos a hacer el amor, pero antes teníamos que hablar y dejar las cosas claras. No recuerdo qué era lo que teníamos que aclarar, pero nuestra conversación se prolongaba, volviéndose cada vez más y más abstracta, sin que consiguiéramos dar un paso hacia la alcoba. Entonces sonó el teléfono y Portia alargó la mano y contestó con la voz de su contestador.

Sin embargo, el teléfono siguió sonando.

Era mi teléfono, por supuesto. Había integrado el timbre en mi sueño. Si no me hubiese despertado el sonido, estoy seguro de que habría terminado por olvidar el sueño por completo. Lo que ocurrió en cambio fue que me desperté, sacudiéndome los vestigios de aquella escena. Trasteé buscando el teléfono y conseguí llevarme el auricular al oído.

—¿Diga?

—Matt, lo siento mucho si te he despertado. Yo...

—¿Quién es?

—Jerry. Jerry Broadfield.

Normalmente dejo mi reloj de pulsera en la mesita de noche cuando me acuesto. Manoteé buscándolo, pero no di con él.

—¿Broadfield? —dije.

—Supongo que estabas durmiendo. Mira, Matt...

—¿Qué hora es?

—Poco más de las seis. Es que solo...

—¡Dios!

—Matt, ¿estás despierto?

—Sí, maldita sea, estoy despierto. Te dije que me llamaras, pero no que lo hicieras en plena noche.

—Mira, es una emergencia. ¿Me dejas que te lo cuente? —Por primera vez fui consciente de la tensión que había en su voz. Había debido de estar presente todo el rato, pero no me había dado cuenta hasta entonces—. Siento haberte despertado —repetió—, pero por fin me han dado la oportunidad de llamar por teléfono, y no sé cuánto tiempo me van a dejar. Déjame hablar un minuto.

—¿Dónde coño estás?

—En el Centro de Detención Masculina.

—¿En las Tumbas?^[1]

—Eso es, en las Tumbas. —Hablaba deprisa, como si quisiera soltarlo todo antes de que pudiera volver a interrumpirlo—. Estaban esperándome. En el apartamento de Barrow Street, me estaban esperando. Llegué allí a eso de las dos y media de la madrugada y me estaban aguardando, y esta es la primera ocasión que he tenido de usar el teléfono. En cuanto acabe contigo voy a llamar a un abogado. Pero voy a necesitar algo más que un abogado,

Matt. Tienen la partida demasiado bien amañada para que nadie pueda conseguir enderezar las cosas ante un jurado. Me tienen cogido por las pelotas.

—¿De qué me estás hablando?

—De Portia.

—¿Qué pasa con ella?

—Alguien la mató anoche. La estrangularon o algo así, la dejaron en mi apartamento y le dieron el soplo a la poli. No tengo todos los detalles. Me han fichado por esto. Matt, yo no lo hice.

No dije nada.

Su voz subió de tono, al borde de la histeria:

—Yo no he sido. ¿Por qué iba yo a matar a esa tía? ¿Y dejarla en mi apartamento? No tiene el menor sentido, Matt. Pero no tiene por qué tener sentido, porque toda la puta historia es un montaje y pueden hacer que se sostenga. ¡Matt, van a hacer que se sostenga!

—Tranquilo, Broadfield.

Hubo un silencio. Me lo imaginé rechinando los dientes, intentando controlar sus emociones, igual que un domador de leones haciendo restallar el látigo en una jaula llena de fieras salvajes.

—Vale —dijo con la voz más calmada—. Estoy agotado y está empezando a pasarme factura. Matt, voy a necesitar ayuda con esto. Tu ayuda, Matt. Puedo pagarte lo que quieras.

Le dije que esperase un minuto. Había dormido apenas tres horas, y estaba empezando por fin a sentirme lo suficientemente despierto para darme cuenta de lo mal que me encontraba. Dejé el teléfono en la mesita, fui al baño y me lavé la cara con agua fría. Tuve la sensatez de no mirarme al espejo, porque tenía una idea bastante clara de la pinta que tendría la cara que iba a ver reflejada en él. Quedaban un par de dedos de bourbon en la botella de cuarto de la cómoda. Eché un trago directamente del gollete, sentí un escalofrío, me volví a sentar en la cama y cogí el auricular.

Le pregunté si lo habían fichado.

—Ahora mismo. Por homicidio. Una vez fichado no podían negarme más tiempo el uso del teléfono. ¿Sabes lo que hicieron? Me informaron de mis derechos al arrestarme. Todo el discursito ese, el Miranda-Escobedo. ¿Sabes

cuántas veces le habré leído el texto de los cojones a putos delincuentes? Y han tenido que leérmelo entero, de cabo a rabo.

—¿Tienes un abogado a quien llamar?

—Sí. Un tipo supuestamente bueno, pero no hay manera de que pueda hacerlo todo él.

—Bueno, no sé muy bien qué puedo hacer por ti.

—¿Puedes venir aquí? Ahora no. Ahora no me dejarán ver a nadie. Espera un segundo. —Debía de haberse apartado del teléfono, pero lo oí preguntar cuándo se le permitiría recibir visitas—. A las diez de la mañana —dijo—. ¿Podrías estar aquí entre las diez y las doce?

—Supongo que sí.

—Tengo un montón de cosas que contarte, Matt, pero no puedo hacerlo por teléfono.

Le dije que lo vería pasadas las diez. Colgué el teléfono y le di otro pequeño tiento a la botella de bourbon. Tenía un sordo dolor de cabeza y sospeché que el whisky probablemente no era el mejor remedio del mundo para solucionarlo, pero no se me ocurrió nada mejor. Me volví a meter en la cama y me tapé con la manta. Necesitaba dormir y sabía que no lo iba a conseguir, pero por lo menos podría quedarme tumbado un par de horas y descansar un poco.

Entonces recordé el sueño del que me había arrancado su llamada. Lo recordé, lo vi en un destello vívido, nítido, y empecé a temblar.

3

Todo había empezado dos días atrás, una fría y tonificante tarde de martes. Estaba iniciando mi jornada en el Armstrong's, haciendo mi acostumbrado número de equilibrismo con el café y el bourbon: el café para acelerar las cosas y el bourbon para frenarlas. Estaba leyendo el *Post* y estaba lo suficientemente concentrado en lo que leía como para no darme cuenta siquiera de que él apartaba la silla de enfrente y se dejaba caer en ella. Luego carraspeó y lo observé.

Era un tipejo con un montón de pelo negro y crespo. Tenía las mejillas hundidas, la frente muy prominente. Llevaba perilla y tenía el labio superior esmeradamente rasurado. Sus ojos, que las gruesas lentes aumentaban, eran marrón oscuro y estaban llenos de vitalidad.

—¿Estás ocupado, Matt? —preguntó.

—La verdad es que no.

—Quisiera hablar contigo un minuto.

—Claro.

Lo conocía, aunque no demasiado bien. Se llamaba Douglas Fuhrmann y era cliente habitual del Armstrong's. No es que bebiese mucho, todo lo contrario, pero solía dejarse caer por ahí cuatro o cinco veces por semana, a veces con alguna novia, a veces solo. En general, hacía durar su cerveza y charlaba un rato de deportes, de política o del tema de actualidad del momento. Según tenía entendido, era escritor, aunque no recordaba haberlo oído hablar nunca de su trabajo. Pero era evidente que le iba lo bastante bien como para no tener un empleo fijo.

Le pregunté qué quería.

—Un tipo que conozco desea verte, Matt.

—¿Ah, sí?

—Creo que desea contratar tus servicios.

—Tráetelo por aquí.

—No es posible.

—¿Por?

Empezó a decir algo, pero se paró en seco porque Trina se acercaba para preguntarle qué quería tomar. Le pidió una cerveza y nos quedamos ahí sentados, en un silencio incómodo, mientras ella iba a por la cerveza, la traía y volvía a irse.

Entonces siguió:

—Es algo complicado. No se puede dejar ver en público. Está..., bueno, está ocultándose.

—¿Quién es?

—Es confidencial. —Le lancé una mirada conminatoria—. Vale, de acuerdo. Si ese periódico es el *Post* de hoy, a lo mejor has leído algo sobre él. De todas formas, has tenido que leer algo al respecto. Ha salido en los periódicos estas últimas semanas.

—¿Cómo se llama?

—Jerry Broadfield.

—¿En serio?

—Ahora mismo lo anda buscando la pasma —dijo Fuhrmann—. Se esconde desde que la inglesa lo denunció, pero no puede pasarse la vida ocultándose.

—¿Y dónde se esconde?

—En un apartamento que tiene. Quiere que vayas a verlo allí.

—¿Dónde está?

—En el Village.

Cogí mi taza de café y miré en ella, como si fuese a decirme algo.

—¿Por qué yo? —quise saber—. ¿Qué cree que puedo hacer por él? No lo entiendo.

—Quiere que te lleve allí ahora —dijo Fuhrmann—. Puedes ganar algo de dinero con esto, Matt. ¿Cómo lo ves?

Bajamos por la Novena Avenida en taxi y acabamos en Barrow Street, cerca de Bedford Street. Dejé que Fuhrmann pagara la carrera. Entramos en el vestíbulo de un edificio de cinco plantas sin ascensor. Más de la mitad de los timbres del interfono de la puerta carecían de rótulo. O el edificio estaba siendo desalojado como paso previo a su demolición, o los vecinos de Broadfield compartían con él el deseo de anonimato. Fuhrmann llamó a uno de los timbres sin etiqueta: lo presionó tres veces, esperó, lo pulsó una vez más y luego otras tres.

—Es una clave —explicó.

—Uno si vienen por tierra y dos si vienen por mar.^[2]

—¿Cómo?

—Olvidalo.

Se oyó un zumbido y Fuhrmann empujó la puerta hasta abrirla.

—Ve subiendo —dijo—, es el apartamento D del tercer piso.

—¿Tú no vienes?

—Quiere verte a solas.

Estaba a mitad de camino del primer piso cuando se me ocurrió que aquello podía ser una forma estupenda de tenderme una encerrona. Fuhrmann se había quitado de en medio y no había forma humana de saber qué me aguardaba en el apartamento 3D. Pero tampoco se me ocurría nadie que tuviese motivos suficientes para querer hacerme daño de verdad. Me detuve en mitad de la escalera para pensármelo con calma: mi curiosidad salió ganadora en la batalla contra mi deseo, bastante más sensato, de dar media vuelta, marcharme a casa y olvidar todo el asunto. Subí hasta el tercer piso y di tres golpes, luego uno y luego otros tres en la puerta correspondiente. Se abrió casi antes de que hubiese terminado de llamar.

Tenía exactamente el mismo aspecto que en las fotos. Había salido en todos los periódicos durante las últimas semanas, desde que había empezado a colaborar en la investigación emprendida por Abner Prejanian sobre la corrupción en el Departamento de Policía de Nueva York. Pero las fotos de prensa no permitían hacerse una idea de su altura. Medía fácilmente un metro noventa y cinco, y estaba proporcionado: ancho de hombros, macizo el tórax.

Estaba empezando a echar tripa. Tenía treinta y pocos, y en diez años se habría echado encima otros dieciocho o veinte kilos, e iba a necesitar entonces cada centímetro de su estatura para repartir bien el peso.

Si es que llegaba a vivir otros diez años.

—¿Dónde está Doug? —preguntó.

—Se ha despedido en el portal. Me dijo que querías verme a solas.

—Ya, pero por la forma de llamar, creí que era él.

—He descifrado el código.

—¿Qué? Oh. —Sonrió de repente y con ello se iluminó la habitación. Tenía muchos dientes, y me los mostró al sonreír, pero la sonrisa hizo bastante más que eso: le alumbró toda la cara—. Así que tú eres Matt Scudder —dijo—. Pasa, Matt, no es gran cosa, pero es mejor que una celda.

—¿Pueden meterte en la cárcel?

—Pueden intentarlo. Y los muy cabrones lo están haciendo.

—¿Qué tienen contra ti?

—A una loca inglesa a la que alguien le está apretando las tuercas. ¿Cuánto sabes de lo que está pasando?

—Solo lo que he leído en los periódicos.

Y la verdad es que no le había prestado demasiada atención a la prensa. Así que lo que sabía era que se llamaba Jerome Broadfield y que era de la pasma. Llevaba una docena de años en el cuerpo. Había dejado de vestir el uniforme hacía seis o siete años, un par de años más tarde había llegado a detective de tercera, y ahí se había quedado. Y luego, hacía cosa de unas semanas, había guardado su placa en un cajón y se había puesto a ayudar a Prejanian a poner patas arriba el Departamento de Policía de Nueva York.

Miré a mi alrededor mientras él echaba el cerrojo de la puerta, haciéndome una idea del lugar. Daba la impresión de que lo había alquilado amueblado, porque no había nada en el apartamento que ofreciese la menor indicación sobre el carácter de su inquilino.

—Los periódicos —dijo—. Bueno, pues no van muy desencaminados. Dicen que Portia Carr es una puta. Bien, en eso tienen razón. Dicen que yo la conocía. Eso también es cierto.

—Y dicen que la estabas extorsionando.

—Falso. Dicen que ella afirma que yo la estaba extorsionando.

—¿Y lo hacías?

—No. Venga, Matt, siéntate. Ponte cómodo. ¿Te apetece una copa, eh?

—De acuerdo.

—Tengo escocés, vodka, bourbon y creo que queda un poco de coñac.

—El bourbon me vale.

—¿Con hielo? ¿Soda?

—A palo seco.

Preparó las bebidas. Bourbon solo para mí, un whisky largo con soda para él. Me senté en un sofá estampado verde y él hizo lo propio en una butaca a juego. Le di un sorbo al bourbon. Sacó un paquete de Winston del bolsillo interior de su americana y me ofreció uno. Negué con la cabeza y encendió uno para él. El mechero que usó era un Dunhill, chapado en oro o de oro macizo. El traje parecía hecho a medida, y la camisa lo era sin duda alguna, y lucía su monograma en el bolsillo del pecho.

Nos estudiamos por encima de nuestras bebidas. Era ancho de cara, de mandíbula cuadrada, cejas prominentes sobre ojos azules, con una de las cejas partida por una antigua cicatriz. Tenía el pelo pajizo y un poco demasiado corto para ir a la última. La cara parecía franca y honesta, pero después de estar mirándola un rato, llegué a la conclusión de que no era más que una pose. Sabía cómo usar su rostro en su propio beneficio.

Se quedó mirando el humo que ascendía de su cigarrillo como si esperase que le dijera algo. Luego habló:

—Los periódicos me hacen quedar bastante mal, ¿verdad? Poli que va de listillo delata a todo el departamento, y luego va y resulta que le sacaba la pasta a una pobre putilla. Joder, tú estuviste en el cuerpo. ¿Cuántos años?

—Cerca de quince.

—Así que sabes cómo son los periódicos. La prensa no necesariamente cuenta las cosas como son. Están en el negocio para vender ejemplares.

—¿Y?

—Pues que leyendo la prensa solo puedes formarte una de dos impresiones de mí. O bien soy un ladrón al que la Oficina del Fiscal Especial tiene pillado de alguna manera, o bien soy un chiflado.

—¿Y cuál es la buena?

—Ninguna de las dos. —Sonrió—. Por Dios, he sido policía durante casi

trece años. No fue ayer cuando descubrí que hay tíos en el cuerpo que a lo mejor se embolsan un dólar de vez en cuando. Y nunca ha habido nada en mi contra. La oficina de Prejanian ha hecho públicos desmentidos a diestro y siniestro. Han asegurado todo el tiempo que estaba cooperando por mi propia voluntad, que había acudido a ellos sin que me llamaran, todo el rollo. Mira, Matt. Son humanos. Si hubiesen podido tenderme una encerrona y encajonarme ellos solitos, estarían vanagloriándose de ello, no negándolo. Pero prácticamente están admitiendo que me presenté ante ellos por las buenas y les serví todo en bandeja.

—¿Y?

—Pues que es verdad. Eso es todo.

¿Se creía acaso que yo era un sacerdote? Me daba exactamente igual que fuese un loco o un ladrón, o ambas cosas a la vez, o ninguna de ellas. No quería oírlo en confesión. Había hecho que me llevasen hasta él, probablemente con algún fin, y estaba dedicándose a justificarse ante mí.

Nadie tiene que justificarse ante mí. Bastante me cuesta ya autojustificarme a mí mismo.

—Matt, tengo un problema.

—Dijiste que no tienen nada que puedan usar en tu contra.

—Esa Portia Carr. Dice que la extorsionaba. Que yo le exigía cien dólares a la semana o la hacía detener.

—Pero no es verdad.

—No, no lo es.

—Luego no puede demostrarlo.

—No. No puede probar una mierda.

—Entonces ¿dónde está el problema?

—En que también cuenta que me la estaba tirando.

—Oh.

—Sí. No sé si puede probar esa parte de la historia, pero, joder, es verdad. No tenía ninguna importancia, ¿sabes? Nunca he sido un santo. Pero ahora está en todos los periódicos, y también el embuste este de la extorsión, y de repente, ya no sé si voy o si vengo. Mi matrimonio anda un tanto movido para empezar, y lo único que mi mujer necesita es que su familia y sus amistades lean que ando cepillándome a esa furcia inglesa. ¿Estás casado,

Matt?

—Lo estuve.

—¿Estás divorciado? ¿Tienes hijos?

—Dos chicos.

—Yo tengo dos niñas y un chico. —Dio un sorbo a su bebida, dejó caer ceniza del cigarrillo—. No sé yo, a lo mejor a ti te gusta estar divorciado. Yo no quiero ni oírlo mencionar. Y con esta acusación de extorsión, me tienen cogido por los huevos. Me da miedo salir de este puto apartamento.

—¿Quién vive aquí? Siempre había pensado que Fuhrmann vivía en mi barrio.

—Vive en el lado oeste de las calles Cincuenta. ¿Es tu barrio?

Asentí con la cabeza.

—Bueno, este piso es mío, Matt. Hace poco más de un año que lo tengo. Vivo en Forest Hills y pensé que estaría bien tener un apeadero en la ciudad, por si me hiciera falta.

—¿Quién conoce la existencia de este piso?

—Nadie. —Se inclinó y apagó el cigarrillo—. Mira, hay una historia que se cuenta de unos políticos —dijo—. Hay un tipo al que las encuestas le indican que está en apuros, que su rival lo va a barrer. Así que su director de campaña le dice: «Vale, te diré lo que vamos a hacer, vamos a propagar un rumor sobre él. Le diremos a todo el mundo que sodomiza cerdos». Y el candidato pregunta si es verdad eso, y el director de campaña le responde que no. «Así que dejaremos que lo desmienta», le dice, «dejaremos que lo desmienta».

—Ya te sigo.

—Cuando echas la suficiente mierda, un poco de mugre siempre se queda pegada. Lo que pasa es que algún policía cabrón está presionando a Portia. Quiere que deje de colaborar con Prejanian, y a cambio ella retiraría los cargos. De eso es de lo que va toda esta historia.

—¿Sabes quién está detrás de todo esto?

—No. Pero no puedo romper con Abner. Y quiero que retiren esos cargos. No pueden probar nada ante un tribunal, pero eso es lo de menos. Incluso sin llegar a ir a juicio, abrirán una investigación en el departamento, salvo que no investigarán una mierda, porque ya saben qué conclusión

quieren sacar. Me suspenderán de empleo y sueldo de inmediato, y acabarán echándome de la policía.

—Creía que habías presentado la dimisión.

Negó con la cabeza.

—Dios bendito, ¿por qué iba a dimitir? Llevo más de doce años en el cuerpo, cerca de trece. ¿Por qué iba a dejarlo ahora? Pedí una excedencia cuando decidí ponerme en contacto con Prejanian. No se puede estar al mismo tiempo en servicio activo y colaborando con el fiscal especial. Le brindaría al departamento demasiadas oportunidades de echarme. Pero en ningún momento se me ha pasado por la cabeza dimitir. Cuando todo esto haya acabado, pretendo volver al cuerpo.

Me lo quedé mirando. Si esa última frase la había dicho en serio, entonces es que era muchísimo más estúpido de lo que parecía, o de cómo actuaba. No sabía qué interés podía tener en ayudar a Prejanian, pero lo que sí sabía es que estaba acabado de por vida en todo lo que tuviera que ver con el Departamento de Policía. Se había convertido en un paria y luciría la marca de la casta toda la vida. No importaba que la investigación pusiera patas arriba el departamento o no. No importaba quién se viera forzado a solicitar la jubilación anticipada o acabara entre rejas. Ninguna de esas cosas tenía la menor importancia. Hasta el último policía del cuerpo, intachable o corrupto, honesto o echado a perder, le pondría una cruz encima a Jerome Broadfield de por vida.

Y él tenía que saberlo. Había llevado placa más de doce años.

—No veo dónde encajo yo —dije.

—¿Te vuelvo a llenar la copa, Matt?

—No, está bien así, gracias. ¿Dónde encajo yo, Broadfield?

Torció la cabeza y entrecerró los ojos.

—Es fácil —dijo—. Has sido poli, así que sabes cómo funciona todo el tinglado. Y ahora eres detective privado, de modo que puedes actuar libremente. Y...

—No soy detective privado.

—Eso tenía entendido.

—Los detectives deben someterse a exámenes complicados para obtener una licencia. Tienen tarifas, llevan archivos y hacen la declaración de la

renta. Yo no hago ninguna de esas cosas. A veces, hago cosas que me piden amigos. A título de favor personal. Y a veces me dan dinero. Como un favor.

Volvió a mover la cabeza y luego asintió pensativo, como diciendo que ya se imaginaba él que tenía que haber truco, y que se alegraba de saber en qué consistía. Porque cada maestrillo tiene su librillo, y este era el mío, y él era lo bastante agudo para apreciarlo. Al chaval le iban los truquillos.

Pero si le iban los truquillos, ¿qué demonios hacía con Abner Prejanian?

—Bueno —dijo—, detective o no, podrías hacerme un favor. Podrías ir a ver a Portia y averiguar hasta qué punto quiere estar metida en el embrollo. Podrías descubrir por qué la tienen pillada y buscar tal vez la forma de librarla de eso. Una buena cosa sería descubrir quién le pidió que presentara una denuncia. Si supiéramos el nombre de ese bastardo, podríamos pensar en alguna forma de hacerle frente.

Siguió hablando del tema, pero yo ya no le prestaba mucha atención. Hizo una pausa para tomar aliento y aproveché la ocasión.

—Quieren que te alejes de Prejanian. Que te marches de la ciudad, que dejes de colaborar, algo así.

—Sí, tiene que ser eso lo que pretenden.

—Entonces ¿por qué no lo haces?

Me miró fijamente.

—Tienes que estar de broma.

—Para empezar, ¿cómo es que te liaste con Prejanian?

—Eso es asunto mío, Matt, ¿no te parece? Te contrato para que hagas algo por mí. —Tal vez le parecieron demasiado duras esas palabras; las intentó suavizar con una sonrisa—. Joder, Matt, no hace falta que sepas cuándo es mi cumpleaños ni cuánto dinero suelto llevo en el bolsillo para echarme un cable. ¿Me equivoco?

—Prejanian no tenía nada en tu contra. Te presentaste a él por las buenas y le dijiste que tenías información que haría temblar a todo el departamento.

—Eso es.

—Pero no te has pasado los últimos doce años con anteojeras precisamente. No eres ningún angelito.

—¿Quién, yo? —Sonrió enseñando todos los dientes—. Más bien no, Matt.

—Entonces, no lo entiendo. ¿Qué sacas tú de esto?

—¿Tengo que sacar algo?

—Tú eres un tío de los que no salen a la calle sin tenerlo todo calculado.

Se lo pensó y decidió no molestarse por mi salida. Al contrario, rio suavemente.

—¿Y es necesario que sepas dónde está el truco, Matt?

—Ajá.

Dio un trago a su copa y se lo pensó. Casi estaba por desear que me mandara a la mierda. Quería largarme y olvidarme de él. Era un tipo que nunca me iba a gustar, metido en algo que no conseguía entender. Realmente no quería verme envuelto en ninguno de sus problemas.

Y entonces hablé.

—Tú, mejor que nadie, deberías entenderlo.

No dije nada.

—Estuviste quince años en el cuerpo, Matt, ¿no es así? Y tuviste ascensos, te fue bastante bien, así que tienes que saber cómo funciona. Tuviste que ser de los que juegan según las reglas. ¿Me equivoco?

—Continúa.

—Así que llevabas quince años, te faltaban otros cinco para tener derecho a una pensión, y vas y lo tiras todo por la borda. ¿No te coloca eso en la misma posición que a mí? Llegaste a un punto en el que ya no podías tragar más. La corrupción, la extorsión, los sobornos, acaban afectándote. En tu caso, simplemente entregaste la placa y te largaste. Eso lo respeto. Créeme, lo respeto. Yo mismo lo contemplé, pero llegué a la conclusión de que no era suficiente, ese enfoque no funcionaba para mí. No podía marcharme sin más y abandonar algo en lo que llevaba invertidos doce años.

—Casi trece.

—¿Cómo?

—Nada. ¿Decías?

—Decía que no podía darme la vuelta sin más y marcharme. Quería hacer algo para mejorar las cosas. No arreglarlas del todo, tal vez solo hacer que fueran un poquito mejores, y eso significa que tienen que rodar algunas cabezas. Lo siento, pero así es como ha de ser. —De repente, una gran sonrisa, que resultó alarmante en un rostro que había estado tan ocupado en la

tarea de mostrarse sincero—. Mira, Matt, no soy ningún jodido buen samaritano. Soy calculador, tú lo has dicho y es verdad. Sé cosas que a Abner le cuesta creer. Un tipo absolutamente honesto nunca llega a enterarse de cosas así, porque los que están en la pomada cierran el pico en cuanto lo ven entrar en la habitación. Pero un tipo como yo tiene ocasión de oír de todo. — Se echó hacia delante—. Te diré una cosa. Igual no lo sabes, igual no estaban aún tan mal las cosas cuando tú llevabas placa. Pero toda esta puta ciudad está en venta. Puedes comprar al cuerpo de policía en cualquier circunstancia. Hasta por asesinato en primer grado.

—Jamás había oído eso.

Lo cual no era del todo cierto. Lo había oído, pero nunca me lo había creído.

—No a todos los polis, Matt. Ni de lejos. Pero conozco dos casos, dos que conozco de primera mano, en los que tipos pillados con las manos en la masa por homicidio compraron su libertad. Y en lo que a las drogas se refiere... ¡Joder! No me digas que no sabes lo que pasa con las drogas. Es un secreto a voces. Cada camello mayorista lleva siempre encima un par de miles de dólares en un bolsillo especial. No salen a la calle sin ellos. Es lo que llaman «dinero de paseo». Se lo das al poli que te arresta y él deja que te vayas dando un paseo.

¿Había sido así siempre? Me parecía que no. Siempre hubo polis que aceptaban dinero, algunos poco y otros mucho, polis que no sabían decir que no cuando el dinero fácil se cruzaba en su camino, y otros que incluso se echaban a la calle a venderse. Pero también había cosas que nadie hacía. Nadie aceptaba dinero en casos de asesinato, nadie aceptaba dinero de las drogas.

Pero las cosas cambian.

—Así que te hartaste —dije.

—Eso es. Y eres la última persona del mundo a la que tendría que hacer falta explicárselo.

—No dejé el cuerpo por la corrupción.

—¿Ah, no? Pues estaba equivocado.

Me puse en pie y me acerqué a donde había dejado la botella de bourbon. Rellené mi vaso y me bebí la mitad de un trago. Aún de pie, le dije:

—La corrupción nunca me molestó demasiado. Puso mucha comida en la mesa de mi familia. —Hablabas más para mí que para Broadfield, al que realmente le importaba tan poco por qué dejé la policía como a mí el que él conociera o no la verdadera razón—. Acepté el dinero que me salió al paso. No iba por ahí poniendo el cazo y nunca permití que comprase su impunidad nadie a quien considerara culpable de algún delito grave, pero no hubo una sola semana en la que viviéramos exclusivamente del sueldo que me pagaba el Ayuntamiento. —Apuré mi copa—. Tú debes de pillar un buen montón. No es la ciudad la que ha costado ese traje.

—No voy a negarlo. —Otra vez la sonrisa. No me gustaba mucho esa sonrisa—. He aceptado mucho dinero, Matt. No vamos a discutir por eso. Pero todos trazamos una línea, ¿verdad? ¿Por qué dejaste el cuerpo, de todos modos?

—No me gustaba el horario.

—En serio.

—Eso ya es suficientemente serio.

Era todo cuanto tenía ganas de contarle. Por cuanto sabía, ya debía de conocer toda la historia o la versión adulterada de ella que anduviera circulando por ahí en ese momento.

Lo que ocurrió fue bastante simple. Hace unos cuantos años, estaba tomando unas copas en un bar de Washington Heights. Estaba fuera de servicio y tenía derecho a beber si me apetecía, y el bar era uno de esos donde los polis podíamos beber por la cara, lo que quizá fuese un caso de corrupción policial, pero nunca me había quitado el sueño.

Entonces un par de macarras asaltaron el local y al salir mataron a tiros al camarero. Los perseguí calle abajo y vacié mi arma reglamentaria sobre ellos. Maté a uno de esos bastardos y dejé lisiado al otro, pero una bala fue a parar donde no debía. Rebotó en algún sitio y le entró por el ojo a una niña de siete años llamada Estrellita Rivera; y por el ojo llegó al cerebro, y Estrellita Rivera murió, y con ella una gran parte de mí.

Hubo una investigación del departamento que concluyó con mi completa exoneración y hasta recibí una felicitación, pero poco después de aquello presenté mi dimisión, me separé de Anita y me instalé en mi hotel en la calle Cincuenta y siete. No sé cómo encaja todo esto, o si encaja siquiera, pero eso

acabó suponiendo que dejara de gustarme ser policía. Pero nada de esto era de la incumbencia de Jerry Broadfield, y a mí no me lo iba a oír contar.

—De verdad, no sé qué puedo hacer por ti —dije.

—Puedes hacer más que yo. No estás encerrado en este apartamento tan cutre.

—¿Quién te trae de comer?

—¿La comida? Oh, salgo de vez en cuando a tomar un bocado. Pero no mucho y no demasiado a menudo. Y tengo cuidado de que nadie esté mirando cuando salgo del edificio o cuando vuelvo.

—Antes o después alguien te seguirá los pasos.

—Coño, ya lo sé. —Encendió otro cigarrillo. El mechero Dunhill era como una esquirra plana de metal, perdido en su manaza—. Solo intento ganar un par de días —dijo—, eso es todo. Ella saltó a los periódicos ayer. Estoy aquí desde entonces. Si tengo suerte, en un barrio tranquilo como este, podré aguantar aquí toda la semana. Para entonces, tal vez hayas desactivado su bomba.

—O igual no he conseguido hacer nada.

—¿Lo intentarás, Matt?

La verdad es que no quería. Me estaba quedando sin dinero, pero eso no me preocupaba demasiado. Estábamos a primeros de mes, y tenía pagada la habitación hasta finales, y suficiente efectivo a mano para mantenerme surtido de bourbon y café, y aún me sobraba algo para lujos como comer.

No me caía bien ese grandullón y sobrado hijo de puta. Pero eso no era un inconveniente. De hecho, en general, prefiero trabajar para personas por las que no siento ni simpatía ni respeto. Me afecta menos ofrecerles un mal servicio.

Así que no importaba nada que no me gustase Broadfield. O que pensase que no más del veinte por ciento de lo que me había contado era verdad. Y ni siquiera estaba seguro de qué veinte por ciento creerme.

Esto último puede que fuese lo que decidió por mí. Porque evidentemente quería averiguar qué era verdad y qué mentira acerca de Jerome Broadfield. Y por qué había acabado en la cama con Abner Prejanian, y dónde exactamente encajaba Portia Carr en esa historia, y quién le había preparado una encerrona, y cómo y por qué. No sé por qué quería saber todo eso, pero

era evidente que quería.

—Vale —dije.

—¿Lo intentarás?

Asentí.

—Necesitarás algo de dinero.

Volví a asentir.

—¿Cuánto?

Nunca sé cómo fijar unos honorarios. No parecía algo que me fuese a tomar mucho tiempo: o bien encontraba una forma de serle de ayuda, o no, y en cualquier caso, lo sabría muy pronto. Pero no quería resultarle barato. Porque no me caía bien. Porque era refinado y vestía ropa cara y encendía sus cigarrillos con un mechero Dunhill de oro.

—Quinientos dólares.

Le pareció bastante caro. Le contesté que podía buscarse a otro si quería. Se apresuró a asegurarme que no era eso en absoluto lo que había querido decir, sacó su cartera del bolsillo interior de la chaqueta y empezó a contar billetes de veinte y de cincuenta. Quedó mucho en la cartera una vez que hubo amontonado quinientos dólares sobre la mesa que tenía enfrente.

—Espero que no te importe que sea en efectivo —dijo.

Le contesté que el metálico estaba bien.

—A la mayoría de la gente no le importa —dijo, y volvió a mostrarme su sonrisita. Me quedé ahí sentado un par de minutos mirándolo. Luego me incliné por encima de la mesa y recogí el dinero.

4

Su denominación oficial es Centro de Detención Masculina de Manhattan, pero creo que nunca he oído a nadie llamarlo así. Todo el mundo lo conoce por las Tumbas. No sé por qué. Pero en cierto modo, el nombre le va bien a la sensación de derrota, desahucio y abandono del edificio y de sus inquilinos.

Está en el cruce de White y Centre, situado convenientemente cerca del cuartel general de la policía y del edificio de los Tribunales Penales. Cada cierto tiempo aparece en los periódicos y en los informativos porque se ha producido algún motín. Se les ofrece entonces a los ciudadanos un informe sobre las lamentables condiciones del lugar y mucha gente bien intencionada firma peticiones, y alguien designa una comisión de investigación, y numerosos políticos convocan ruedas de prensa, y los guardias piden un aumento de sueldo, y en cuanto pasan un par de semanas, todo queda olvidado.

Supongo que no es mucho peor que la mayoría de las prisiones urbanas. La tasa de suicidios es elevada, pero eso, en parte, es por lo propensos que son los portorriqueños de entre dieciocho y veinticinco años a ahorcarse en sus celdas sin un motivo particular —a menos que ser portorriqueño y estar encarcelado se considere motivo adecuado para suicidarse—. Blancos y negros de ese grupo de edad y en esas mismas circunstancias también se quitan la vida, pero los portorriqueños tienen una tasa mucho más elevada, y en Nueva York hay más que en la mayoría de las ciudades de Estados Unidos.

Otro elemento que eleva la tasa es que a los guardias de las Tumbas no les iba a quitar el sueño si acabaran colgados de las lámparas todos los portorriqueños de América.

Llegué a las Tumbas a eso de las diez y media, después de pasar unas cuantas horas sin conseguir volver a dormirme y sin lograr despertarme del todo tampoco. Había desayunado algo y leído el *Times* y el *News* sin enterarme de nada particularmente emocionante acerca de Broadfield y la chica que supuestamente había matado. El *News* por lo menos incluía la historia, y por supuesto le habían dedicado los titulares de portada y una buena parte de la página 3. Si se le podía otorgar algún crédito al periódico, Portia Carr no había muerto estrangulada; le habían hundido el cráneo con algo contundente y luego le habían clavado algo afilado en el corazón.

Broadfield me había dicho por teléfono que pensaba que la habían estrangulado. Lo que tal vez significara que se había estado haciendo el gracioso, o que no se había enterado bien de los hechos, o que el *News* solo publicaba embustes.

Verdadero o falso, eso era todo cuanto salía en el *News*. El resto eran generalidades. Con todo, le llevaba la delantera al *Times*, cuya última edición no incluía una sola línea sobre el asesinato.

Me permitieron visitarlo en su celda. Vestía un traje de cuadros de rejilla, azul claro sobre marino, con otra camisa a medida. Cuando uno está detenido pendiente de juicio puede conservar su propia ropa. Si se está cumpliendo sentencia en las Tumbas, hay que llevar el uniforme carcelario. A Broadfield eso no le ocurriría, porque de ser condenado, lo enviarían al norte del estado, a Sing Sing, Dannemora o Attica. En las Tumbas no se cumplen condenas por asesinato.

Un guardia abrió la puerta de su celda y me encerró con él. Nos miramos sin cruzar palabra hasta que el guardia presumiblemente se alejó lo suficiente como para no poder oírnos.

—¡Dios santo, has venido! —exclamó.

—Te dije que lo haría.

—Sí, pero no sabía si creerte o no. Cuando echas un vistazo a tu alrededor y te das cuenta de que estás encerrado en una celda, que estás preso, que algo que nunca imaginaste que te pudiera suceder te está ocurriendo, mierda, Matt, ya no sabes qué pensar de nada. —Sacó un paquete

de cigarrillos del bolsillo y me lo ofreció. Dije que no con la cabeza. Se encendió un pitillo con el mechero de oro y luego sopesó el encendedor en la mano—. Han dejado que me lo quede —dijo—, lo que me ha sorprendido. No creí que te permitieran tener mechero o cerillas.

—Igual es que se fían de ti.

—Ya, claro. —Hizo un gesto hacia la cama—. Te diría que tomaras asiento, pero no hay sillas. Puedes sentarte en la cama. Por descontado, hay muchas probabilidades de que tenga vida interior.

—Estoy bien de pie.

—¿Sí, eh? Yo también. Dormir en esa cama esta noche va a ser toda una experiencia. ¿Por qué no te dejarán esos cabrones por lo menos una silla? Me quitaron la corbata, ¿sabes?

—Supongo que es el procedimiento reglamentario.

—No cabe duda. Debo reconocer que he jugado con ventaja. En cuanto entré por la puerta de la casa, supe que iba a acabar en una celda. En ese momento aún no sabía nada de lo de Portia, de que estaba allí, de que estaba muerta y de todo lo demás. Pero en cuanto los vi, supe que me iban a arrestar a cuenta de la denuncia que había presentado. ¿De acuerdo? Así que mientras me interrogaban, me quité la chaqueta, los pantalones, me saqué los zapatos a patadas. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque tienen que dejar que te vistas. Si estás vestido de entrada, te pueden detener tal cual, pero, si no, tienen que permitir que te pongas algo, no te pueden llevar al centro en ropa interior. De modo que me dejaron vestirme, y escogí un traje con unos pantalones que no necesitan cinturón — se abrió la chaqueta para enseñármelos— y un par de mocasines, ¿ves? —Se subió una pernera para dejarme ver un náutico; la piel parecía de lagarto—. Sabía que iban a querer quitarme el cinturón y los cordones de los zapatos, así que cogí prendas que no necesitaran ninguna de esas cosas.

—Pero te pusiste corbata.

Volvió a mostrarme la sonrisita de siempre. Era la primera vez que se la veía esa mañana.

—Pues claro. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque voy a conseguir salir de aquí. Tú me vas a ayudar, Matt. No he hecho nada y tú encontrarás alguna forma de demostrarlo, y por mucho que les reviente la idea, me tendrán que soltar. Y cuando lo hagan, me devolverán mi reloj y mi cartera, y me pondré el reloj en la muñeca y guardaré la cartera en el bolsillo. Y me darán la corbata y me pondré frente al espejo y me tomaré todo el tiempo del mundo para hacerme el nudo en condiciones. Puede que tenga que empezar el nudo tres y cuatro veces hasta conseguir dejarlo a mi gusto. Y entonces saldré por la puerta principal y bajaré las escaleras hecho un brazo de mar. Por eso me puse la puta corbata.

El discursito probablemente le sentó bien. Aunque solo fuese por recordarle que era un tipo con clase, un tipo con estilo, y esa era una imagen de sí mismo que le resultaba útil tener en una celda. Cuadró los anchos hombros y borró de su voz el tono de lamento autocompasivo. Saqué mi libreta y le hice unas cuantas preguntas. Las respuestas no fueron demasiado malas, pero no ayudaban mucho a sacarlo del atolladero en que se hallaba.

Había salido a por un bocadillo poco después de hablar conmigo, a eso de las seis y media. Había comprado un sándwich y unas cuantas cervezas en una tienda de Grove Street y había vuelto al apartamento. Se había quedado escuchando la radio y bebiendo cerveza hasta que volvió a sonar el teléfono un poco antes de la medianoche.

—Pensé que serías tú —me dijo—. Nadie me llama nunca allí. El número no está en el listín. Me imaginé que eras tú.

Pero resultó ser una voz que no reconoció. Una voz de hombre, que sonaba disfrazada a propósito. El que llamó le aseguró estar en condiciones de hacer cambiar de idea a Portia Carr, y hacerle retirar la denuncia. Broadfield debía acudir de inmediato a un bar en Ovington Avenue, por la parte de Bay Ridge en Brooklyn. Tenía que esperar en la barra tomando una cerveza hasta que alguien se pusiera en contacto con él.

—Eso fue para hacerte salir del apartamento —le dije—. A lo mejor se han pasado de listos. Si puedes demostrar que estuviste en el bar y si la hora coincide...

—No había tal bar, Matt.

—¿Cómo?

—Tendría que habérmelo pensado dos veces y no haber ido. Pero me dije que, total, no tenía nada que perder, ¿no? Si alguien quiere arrestarme y ya sabe lo de mi apartamento, no hace falta recurrir a esas sutilezas, ¿verdad? Así que cogí el metro hasta Bay Ridge y busqué Ovington Avenue. ¿Conoces Brooklyn?

—No demasiado.

—Yo tampoco. Encontré Ovington Avenue, pero el bar no estaba donde se suponía, así que pensé que debía de haberme equivocado, y miré en las páginas amarillas de Brooklyn, y no aparecía por ningún lado, pero seguí buscándolo por los alrededores, ya sabes, hasta que por fin tiré la toalla y me volví a casa. A esas alturas, ya me había figurado que me habían tendido algún tipo de trampa, pero no conseguí entender cuál. Pero cuando entré en mi apartamento, había polis por todas partes y resultó que ahí estaba Portia en un rincón, tapada con una sábana. Para eso me había enviado algún hijo de puta a dar tumbos por Bay Ridge. Pero no hay camarero que pueda jurar que estuve allí, porque no existía ningún bar llamado High Pocket Lounge. Entré en un par de bares de la zona cuando estuve allí, pero sería incapaz de darte sus nombres. Y no serviría para demostrar nada.

—Tal vez algún camarero podría reconocerte.

—¿Y estar seguro de la hora? Aun así, no probaría nada, Matt. Fui y volví en metro, y los trenes circularon con demora. Suponte que hubiese cogido un taxi para intentar establecer una coartada. Coño, incluso con lo despacio que circuló el metro, habría podido matar a Portia en mi apartamento a eso de las once y media antes de salir para Bay Ridge. Pero ella no estaba en el piso cuando me marché. Y yo no la maté.

—¿Y quién lo hizo?

—Resulta bastante obvio, ¿no? Alguien que quiere verme entre rejas por asesinato, de forma que no pueda causarle más problemas a nuestro querido y viejo Departamento de Policía de Nueva York. ¿Y quién podría querer que pasase eso? ¿Quién tendría motivo?

Me quedé un rato mirándolo y luego aparté la vista. Le pregunté quién sabía de la existencia del apartamento.

—Nadie.

—Eso es una tontería. Doug Furhmann lo sabía: él me acompañó hasta ahí. Yo lo sabía. También conocía el número de teléfono, porque tú me lo diste. ¿Lo sabía Fuhrmann?

—Creo que sí. Sí, estoy casi seguro.

—¿Cómo llegasteis a ser tan buenos amigos Doug y tú?

—Me entrevistó hace tiempo, buscaba información para un libro que estaba escribiendo. Llegamos a forjar una buena amistad, quedábamos para tomar copas. ¿Por qué?

—Curiosidad. ¿Quién más sabía lo del apartamento? ¿Tu esposa?

—¿Diana? ¡Joder, no! Ella sabía que tenía que quedarme a dormir en la ciudad de vez en cuando, pero le dije que me alojaba en hoteles. Sería la última persona del mundo a la que se me ocurriría contarle lo del piso. Si un tío le dice a su mujer que va a alquilar un apartamento, solo puede significar una cosa a sus ojos. —Volvió a sonreír, tan bruscamente como siempre—. Lo gracioso del asunto es que cogí el maldito apartamento ante todo para tener un sitio donde dormir un rato cuando me hiciera falta. Un lugar donde guardar un par de mudas, cosas así. En cuanto a llevar tías al piso, casi nunca lo hacía. En general, suelen tener su propio piso.

—Pero sí que llevaste a mujeres allí.

—De vez en cuando. Cuando ligaba con una chica casada en un bar, cosas de esas. La mayoría de las veces, ni siquiera llegaban a saber mi nombre.

—¿A quién más llevaste al piso que sí que conociese tu nombre? ¿A Portia Carr?

Vaciló, lo que resultó una respuesta en sí misma.

—Ella tenía su propio piso.

—Pero también la llevaste al apartamento de Barrow Street.

—Solo un par de veces. Pero ella no iba a hacerme salir para luego colarse en el piso y matarse sola, ¿no te parece?

Lo dejó estar. Intentó recordar quién más podía estar al corriente de la existencia del piso y no se le ocurrió nadie. Que él supiera, solo Fuhrmann y yo teníamos noticia de que se escondía en el apartamento.

—Pero cualquiera que supiese lo del apartamento podría haberlo adivinado, Matt. Lo único que tenían que hacer era coger el teléfono y llamar.

Y cualquiera podría haber descubierto lo del piso solo con hablar en un bar con alguna tía de la que ni siquiera me acuerdo: «Oh, me juego algo a que ese bastardo está ocultándose en ese apartamento suyo». Y así es como podría haberse enterado más gente de lo del piso.

—¿En la oficina de Prejanian sabían lo del apartamento?

—¿Y por qué demonios iban a tener que saberlo?

—¿Volviste a hablar con ellos después de que Portia Carr te denunciase?

Negó con la cabeza.

—¿Para qué? En cuanto su historia salió en la prensa, dejé de existir para ese hijo de perra. No tenía ningún sentido intentar buscar su ayuda. Lo único que quiere Don Limpio es ser el primer gobernador de origen armenio del estado de Nueva York. Ha tenido todo el tiempo la vista puesta en Albany. No sería el primer tipo en conseguir remontar el río Hudson apoyándose en una reputación de luchador contra el crimen.

—A mí también puede que se me ocurra más de uno.

—No me sorprende. No, si hubiera conseguido que Portia cambiase su historia, Prejanian se habría alegrado bastante de verme. Pero ahora nunca podrá cambiarla, y él nunca intentará hacerme ningún favor. Tal vez me habría ido mejor con Hardesty.

—¿Hardesty?

—Knox Hardesty, el fiscal del distrito. Por lo menos, es un federal. También es un ambicioso hijo de perra, pero puede que me fuera de más ayuda que Prejanian.

—¿Cómo encaja Hardesty en esta historia?

—De ninguna manera. —Se acercó al estrecho camastro y se sentó en él. Encendió otro cigarrillo y exhaló una nube de humo—. Me han dejado traer un cartón de cigarrillos —dijo—. Puestos a estar en la cárcel, podría ser todo peor, supongo.

—¿Por qué has mencionado a Hardesty?

—Pensé en ir a verlo. De hecho, lo tanteé, pero no le interesó. Le va lo de la corrupción municipal, pero solo desde el punto de vista político. La corrupción policial no le interesa.

—Y él te remitió a Prejanian.

—¿Estás de broma? —Pareció sorprenderse de que pudiera sugerir algo

de ese estilo—. Prejanian es republicano. Hardesty es demócrata. A los dos les encantaría llegar a gobernador y puede que acaben compitiendo el uno contra el otro de aquí a un par de años. ¿Cómo se te ocurre pensar que Hardesty podría mandarle nada a Prejanian? Hardesty más o menos me dijo que me fuese a paseo. Ir a ver a Abner fue cosa mía.

—Y fuiste porque ya no podías soportar la corrupción ni un instante más. Se quedó mirándome.

—Es un motivo tan bueno como cualquier otro —replicó sin perder la compostura.

—Si tú lo dices...

—Pues sí, sí que lo digo. —Resopló—. ¿Qué más da por qué fui a ver a Prejanian? Ya no quiere nada conmigo. Quienquiera que me haya incriminado ha logrado justo lo que se proponía. A menos que tú encuentres la forma de volver las tornas. —Se había puesto de pie y gesticulaba con el paquete de cigarrillos—. Tienes que averiguar quién me ha tendido la encerrona y cómo lo ha hecho, porque ninguna otra cosa me sacará de esto. Podría ganar el caso ante el tribunal, pero siempre quedaría una mancha sobre mi nombre. La gente pensaría que tuve suerte en el juicio. ¿A cuántas personas conoces que hayan ido a juicio, con gran escándalo público, acusadas de crímenes susceptibles de la pena capital, que aunque luego salieran bien del asunto, todo el mundo ha seguido creyendo que eran culpables? Dicen que nadie se va de rositas con un asesinato, Matt, pero ¿a cuánta gente conoces de la que jurarías que sí que se salieron con la suya en casos así?

Lo pensé.

—Podría darte una docena de nombres —le dije—, y eso sin devanarme los sesos.

—Precisamente. Y si incluyes a los que piensas que probablemente fuesen culpables, podrías citar seis docenas. Piensa en todos esos tíos a los que Lee Bailey^[3] defiende y consigue sacar libres, todo el mundo siempre se queda convencido de que los cabrones son culpables. Más de una vez he oído a polis decir: «Fulano tiene que ser culpable, si no, ¿por qué necesita que lo defienda Bailey?».

—Yo también lo he oído decir.

—Por supuesto. Se supone que mi abogado es bueno, pero necesito algo más que un abogado. Porque quiero algo más que salir absuelto. Y de la policía no puedo esperar nada. A los que les tocó este caso, les encanta tal y como se presenta. Nada los hace más felices que verme con la cabeza en el tajo. Así pues, ¿para qué molestarse en investigar más? Lo único que buscarán serán más formas de crucificarme. Y si encuentran algo que pueda perjudicar su caso, ya te puedes imaginar qué harán con ello. Lo enterrarán tan hondo que sería más fácil sacarlo a la luz empezando a cavar en China.

Repasamos unas cuantas cosas más y apunté algunas referencias en mi libreta. Me dio la dirección de su casa en Forest Hills, el nombre de su mujer, el de su abogado y algunos datos más. Cogió una página en blanco de mi libreta, me pidió la pluma y escribió una autorización para que su mujer me entregara dos mil quinientos dólares.

—En efectivo, Matt. Y hay más dinero si no basta con eso. Gasta todo lo que haga falta. Te respaldaré sin pestañear. Pero arréglalo para que pueda ponerme esa corbata y salir de aquí cagando leches.

—¿De dónde sale todo este dinero?

Me miró.

—¿Tiene alguna importancia?

—No lo sé.

—¿Qué coño se supone que debo decir? ¿Que son los ahorros de mi sueldo? Ya sabes que no. Ya te he dicho que nunca he sido un *boy scout*.

—Ajá.

—¿Importa de dónde salga el dinero?

Lo pensé.

—No —le dije—. No, no creo que importe.

En el camino de vuelta por los pasillos, el guardia me preguntó:

—Usted ha sido policía, ¿verdad?

—Lo fui un tiempo.

—Y ahora trabaja para él.

—Así es.

—Bueno, no siempre se puede escoger para quién se trabaja —dijo con sensatez—. Y uno tiene que ganarse la vida.

—Esa es la pura verdad.

Silbó bajito. Tenía cincuenta y muchos años y papada, era cargado de hombros y tenía el dorso de las manos sembrado de manchas de la edad. Su voz sonaba enronquecida por años de whisky y tabaco.

—¿Cree que conseguirá librarlo de esta?

—No soy abogado. Si consigo encontrar alguna prueba, tal vez su abogado pueda sacarlo. ¿Por qué?

—Solo pensaba en voz alta. Si no consigue salir en libertad, puede que acabe deseando que todavía exista la pena de muerte.

—¿Y eso?

—Es un poli, ¿no?

—¿Y qué?

—Bueno, piénselo. Ahora mismo lo tenemos en una celda a él solito, esperando a comparecer ante el juez, con su propia ropa y a su aire. Pero supongamos que es declarado culpable y enviado a Attica, por poner un ejemplo. Ahí se encontrará en una prisión llena hasta la bandera de criminales que pasan de la policía, más de la mitad de ellos negratos que odian a los polis desde que nacieron. Hay muchas maneras distintas de cumplir sentencia, pero ¿se le ocurre alguna más dura que la que le va a tocar a ese pobre desgraciado?

—No lo había pensado.

El guarda hizo chascar la lengua contra el paladar.

—Pues ahí nunca tendrá un momento tranquilo, siempre pendiente de que algún negro cabrón no se le eche encima con un cuchillo casero. Se llevan las cucharas del refectorio y las afilan en el taller, ya sabe. Trabajé en Attica hace unos años, sé cómo funcionan las cosas allí. ¿Se acuerda del gran motín? ¿Cuando cogieron rehenes y todo? Por entonces, yo ya hacía mucho tiempo que me había marchado, pero conocía a dos de los guardias que cogieron de rehenes y acabaron muertos. Attica es un infierno. Si a su colega Broadfield lo envían allí, se podrá dar con un canto en los dientes si aguanta vivo dos años, se lo digo yo.

Hicimos el resto del trayecto en silencio. En el momento de separarnos, me espetó:

—La sentencia más dura del mundo es la que cumple un poli en un presidio. Pero he de decir que si alguien se la merece, es este cabrón.

—Tal vez no matara a la chica.

—Venga ya —dijo—. ¿Y a quién le importa que la matase o no? Se ha vuelto en contra de su gente, ¿no? Ha traicionado su placa, ¿no es verdad? Me importa un carajo esa sucia puta y quién la haya matado o dejado de matar. Pero el cabrón ese de ahí dentro se merece todo lo que le caiga encima.

5

Me dirigí primero allí por la proximidad. Las Tumbas están en la esquina de White con Centre, y Abner Prejanian y sus laboriosos muchachos tenían un conjunto de oficinas a cuatro manzanas de distancia, en Worth Street, entre Church y Broadway. El edificio tenía una estrecha fachada de ladrillo amarillo, y Prejanian lo compartía con un par de contables, una reprografía, algunas firmas de importación-exportación y, en la planta baja, un taller que reparaba calzado y sombreros. Subí demasiados tramos de escaleras empinadas y rechinantes. Si hubiese tenido que subir un solo piso más, igual me habría hartado y hubiera dado media vuelta. Pero llegué a su planta, la puerta estaba abierta y entré sin más.

El martes, después de mi primera cita con Jerry Broadfield, me había gastado casi dos dólares en monedas de diez centavos tratando de hablar con Portia Carr. No de golpe, por supuesto, sino diez centavos cada vez. Tenía un contestador automático y, cuando se llama desde un teléfono público y se conecta un contestador, normalmente se pierde la moneda. Si cuelgas muy deprisa y tienes suerte y buenos reflejos, consigues recuperarla. Pero conforme va avanzando el día, eso te ocurre cada vez con menos frecuencia.

Ese día, además de gastar monedas de diez centavos, hice otras tentativas, y una de ellas fue recurrir a una chica llamada Elaine Mardell. Trabajaba en lo mismo que Portia Carr y vivía en el mismo barrio. Me acerqué a ver a Elaine, quien pudo contarme unas cuantas cosas sobre Portia. Nada de primera mano —no se conocían personalmente—, solo chismes que había oído aquí y allí. Portia se había especializado en fantasías sadomasoquistas, últimamente había estado rechazando citas y tenía un «amigo especial» que era importante, famoso, influyente o algo así.

La chica de la oficina de Prejanian se parecía lo bastante a Elaine como para pasar por su hermana. Frunció el ceño cuando se dio cuenta de que la miraba fijamente. Un segundo vistazo me mostró que en realidad no se parecía tanto a Elaine. La semejanza se hallaba sobre todo en los ojos. Tenía los mismos ojos judíos, oscuros y hundidos, y dominaban su rostro de la misma manera.

Me preguntó en qué podía ayudarme. Le dije que deseaba ver al señor Prejanian y me preguntó si tenía cita. Admití que no era el caso, y me dijo que Prejanian había salido a comer, como la mayor parte de su personal. Decidí no dar por sentado que era secretaria solo porque era una mujer y empecé a contarle lo que quería.

—Solo soy una secretaria —dijo—. ¿Desea usted esperar a que vuelva el señor Prejanian? Si no, está el señor Lorbeer. Creo que se encuentra en su despacho.

—¿Y quién es el señor Lorbeer?

—El asistente administrativo del señor Prejanian.

Eso seguía sin decirme gran cosa, pero solicité verlo. La secretaria me invitó a tomar asiento, mostrándome una silla plegable de madera que parecía tan acogedora como la cama de la celda de Broadfield. Me quedé de pie.

Unos minutos más tarde, estaba sentado frente a la vieja mesa chapada en roble de Claude Lorbeer. Cuando yo era un crío, todas y cada una de las aulas por las que pasé tenían un escritorio como ese para el profesor. Salvo en gimnasia y tecnología, yo solo tuve maestras, pero de haber tenido algún maestro entonces, bien pudiera haberse parecido algo a Lorbeer, quien desde luego parecía estar en su sitio detrás de esa mesa. Tenía el pelo castaño oscuro y lo llevaba muy corto. Su boca era estrecha, enmarcada por hondos pliegues verticales a cada lado, como paréntesis. Sus manos eran regordetas, con dedos cortos y rechonchos. Eran muy blancas y parecían suaves. Llevaba una camisa blanca con una corbata de color rojo oscuro, y se había subido las mangas. Había algo en él que me hizo sentirme como si hubiese cometido algún error, y no saber qué no era excusa en absoluto.

—Señor Scudder —dijo—, supongo que es usted el agente con el que he hablado por teléfono esta mañana. Solo puedo repetirle lo que le dije antes. El señor Prejanian no tiene ninguna información que poner a disposición de la

policía. Cualquier acto delictivo que haya podido cometer el señor Broadfield queda fuera del ámbito de esta investigación y en modo alguno es del conocimiento de esta oficina. Aún no hemos sido abordados por ningún representante de la prensa, pero por supuesto adoptaremos la misma actitud con ellos. No haremos comentario alguno y solo recalcaremos que el señor Broadfield se había brindado a poner a nuestra disposición ciertas informaciones, pero que no hemos adoptado ninguna medida basada en datos suministrados por él, ni tenemos previsto hacerlo en tanto la situación legal del señor Broadfield permanezca sin definir como ahora.

Soltó toda esta parrafada como si estuviese leyendo un texto. La mayoría de la gente encuentra dificultades para hablar usando frases construidas. Lorbeer hablaba con párrafos, y de estructura complicada, y pronunció su discursito con sus ojos claros fijos en el extremo de mi hombro izquierdo.

—Creo que se ha precipitado usted en sus conclusiones —le dije—. No soy policía.

—¿Es usted periodista? Pensé que...

—Fui policía. Dejé el cuerpo hace un par de años.

Su rostro adoptó una expresión interesante ante esta información. Había algo de cálculo en él. Al mirarlo, me asaltó de repente una sensación de *déjà vu* y tardé un minuto en situarme. Me había recordado a Broadfield en nuestro primer encuentro, con la cabeza inclinada a un lado y la cara concentrada. Al igual que Broadfield, Lorbeer se preguntaba cuál era mi juego. Podía ser un reformista, podía estar trabajando para el mismísimo Don Limpio, pero a su manera, estaba tan al acecho de su propio beneficio como un policía a la búsqueda de un soborno.

—Vengo de visitar a Broadfield —le expliqué—, trabajo para él. Afirma que él no mató a la Carr.

—Es natural que diga eso, ¿no le parece? Tengo entendido que el cadáver de la chica fue hallado en su apartamento.

Asentí.

—Piensa que lo han incriminado deliberadamente. Me ha pedido que intente averiguar quién está detrás de todo.

—Ya veo. —Estaba algo menos interesado en mí ahora que sabía que solo intentaba resolver un asesinato. Había tenido la esperanza de que fuera a

ayudarlo a derruir todo el Departamento de Policía—. Bueno, no acabo de ver qué puede tener que ver nuestra oficina en eso.

—Tal vez nada. Solo quiero tener una perspectiva más amplia. No conozco demasiado bien a Broadfield, lo vi por primera vez el martes. Es un cliente escurridizo. No siempre consigo saber cuándo me está mintiendo.

La sombra de una sonrisa apareció en los labios de Claude Lorbeer. Parecía fuera de lugar.

—Me gusta cómo lo expresa —dijo—. Sí que es un mentiroso muy sutil, ¿verdad?

—Eso es lo que resulta difícil de saber. ¿Cuán sutil es y cuánto miente? Afirma que vino aquí por las buenas a ofrecerle sus servicios a su gente. Que no tuvieron ustedes que presionarlo.

—Es del todo cierto.

—Resulta difícil de creer.

Lorbeer juntó las manos y formó un triángulo uniendo las puntas de los dedos.

—No más difícil para usted que para nosotros —dijo—. Broadfield se pasó por aquí sin más. Ni siquiera llamó primero para decirnos que venía. Nunca habíamos oído hablar de él hasta que se presentó aquí ofreciéndonos una mina de oro sin pedirnos nada a cambio.

—Eso no tiene el menor sentido.

—Lo sé. —Se echó hacia delante, con expresión de gran concentración. Supuse que tendría unos veintiocho años. Su porte le echaba años encima, pero cuando se ponía tenso, esos años adicionales se desvanecían y se daba uno cuenta de lo joven que era en el fondo—. Eso es lo que hace tan difícil concederle el menor crédito a nada de lo que afirma nuestro hombre, señor Scudder. No se ve cuál puede ser su motivación. Sí, nos pidió inmunidad para cualquier cosa que pudiera revelar que lo implicase personalmente, pero esa la otorgamos automáticamente. Sin embargo, no quería nada más que eso.

—Entonces ¿por qué acudió a ustedes?

—No tengo ni la menor idea. Le diré una cosa: desconfié de él de inmediato. No porque fuese corrupto. Tratamos con delincuentes todo el tiempo. Tenemos que tratar con ellos, pero por lo menos son delincuentes racionales, y el comportamiento de Broadfield era irracional. Le confesé al

señor Prejanian que no me fiaba de él. Le dije que me parecía un chalado, un tío raro. No quise que tuviéramos relación con él en absoluto.

—Y así se lo dijo a Prejanian.

—Sí, eso hice. Me habría gustado poder creer que Broadfield había vivido algún tipo de experiencia religiosa que lo había convertido en una persona completamente nueva. Igual pasan esas cosas. No muy a menudo, imagino.

—Probablemente no.

—Pero ni siquiera intentó fingir que le hubiese pasado eso. Era el mismo que había sido siempre, cínico y jovial, todo un estafador. —Suspiró—. El señor Prejanian está de acuerdo conmigo ahora. Siente que nos hayamos visto relacionados con Broadfield. Es evidente que el tipo ha cometido un asesinato y, vaya, antes incluso de eso estuvo lo de la publicidad desdichada que resultó de las acusaciones que esa mujer presentó contra él. Todo eso podía dejarnos a nosotros en una situación delicada. No habíamos hecho nada, ¿sabe?, pero difícilmente iba a jugar a nuestro favor esa publicidad.

Asentí.

—Volviendo a Broadfield —dije—, ¿lo vio a menudo?

—No demasiado. Trabajaba directamente con el señor Prejanian.

—¿Alguna vez trajo a alguien a esta oficina? ¿A alguna mujer?

—No, siempre vino solo.

—¿Prejanian o alguien de su equipo se reunió alguna vez con él fuera de esta oficina?

—No, siempre vino aquí.

—¿Sabía usted dónde estaba su apartamento?

—En Barrow Street, ¿no? —Di un respingo al oírlo, pero entonces añadió—: Ni siquiera sabía que tuviese un apartamento en Nueva York, pero salió algo al respecto en el periódico, ¿no es así? Creo que era en algún lugar de Greenwich Village.

—¿Mencionó alguna vez el nombre de Portia Carr?

—Esa es la mujer a la que asesinó, ¿no?

—Es la mujer que fue asesinada, sí.

Consiguió sonreír.

—Tomo nota de la corrección. Supongo que no hay que llegar a

conclusiones precipitadas, por obvias que puedan parecer. No, estoy seguro de no haber oído nunca su nombre hasta que salió en el periódico del lunes.

Le enseñé la foto de Portia, recortada del *News* de esa mañana. Añadí algunos detalles describiéndola. Pero no la había visto nunca.

—Déjeme ver si me he enterado bien de todo —dijo—. Broadfield estaba sacándole dinero a esta mujer, cien dólares a la semana, tengo entendido. Ella lo denunció el lunes y anoche la asesinaron en el apartamento de él.

—Ella dijo que él la estaba extorsionando. Fui a verla y me contó la misma historia. Creo que mentía.

—¿Para qué iba a mentir?

—Para desacreditar a Broadfield.

Pareció auténticamente desconcertado.

—¿Por qué iba a querer hacer eso? Era una prostituta, ¿verdad? ¿Por qué iba a querer una prostituta entorpecer nuestra cruzada contra la corrupción policial? ¿Y por qué iba alguien querer matar a una prostituta en el apartamento de Broadfield? Resulta todo muy confuso.

—Bueno, no voy a llevarle la contraria en esto.

—Terriblemente confuso —reiteró—. Para empezar, ni siquiera consigo entender por qué acudió Broadfield a nosotros.

Yo sí que podía. Por lo menos, ahora ya tenía una idea clara al respecto. Pero decidí guardármela.

6

Me detuve en mi hotel el tiempo suficiente para darme una ducha rápida y pasarme la maquinilla eléctrica por la cara. Tenía tres mensajes en mi casillero en recepción: tres personas querían que las llamara. Había vuelto a llamar Anita y un teniente de policía llamado Eddie Koehler. Y la señorita Mardell.

Decidí que Anita y Eddie podían esperar. Llamé a Elaine desde el teléfono público del vestíbulo. No era una llamada que quisiera hacer a través de la centralita del hotel. A lo mejor no escuchaban las conversaciones, pero también podían hacerlo.

—Hola. ¿Sabes quién soy? —dije cuando contestó.

—Creo que sí.

—Te estoy devolviendo la llamada.

—Ajá. Eso pensé. ¿Tienes problemas telefónicos?

—Estoy en una cabina. ¿Y tú?

—Se supone que este teléfono está limpio. Le pago a un hawaiano chiquitín para que se pase una vez a la semana y compruebe que no hay micros. Hasta ahora no ha encontrado ninguno, pero igual es que no sabe buscarlos. ¿Cómo voy a saberlo? De verdad que es un tipo muy pequeñito. Creo que tiene que estar completamente transistorizado.

—Eres una chica graciosa.

—Ya, dónde estaríamos sin sentido del humor, ¿verdad? Pero más vale que seamos razonablemente precavidos por teléfono. Probablemente te imaginas por qué te he llamado.

—Ajá.

—Esas preguntas que me hiciste el otro día... Soy una chica que lee el

periódico a diario y me preguntaba si algo de esto podría volverse en mi contra. ¿Es algo de lo que deba empezar a preocuparme?

—Ni por asomo.

—¿Me lo dices en serio?

—Del todo. A menos que alguna de las llamadas que hayas hecho para averiguar cosas puedan rastrearla hasta llegar a ti. Habrás hablado con varias personas.

—Ya lo había pensado, y me he ocupado de sellar esa vía. Si tú me aseguras que no tengo nada de que preocuparme, entonces es que no lo hay y así es como le gusta a la hija pequeña de la señora Mardell.

—Creía que te habías cambiado el apellido.

—¿Cómo? Oh, no, yo no. Nací Elaine Mardell, cariño. No quiero decir que mi padre no lo cambiara tiempo atrás, pero ya era un nombre gentil y como Dios manda cuando yo vine al mundo.

—Puede que me pase a verte más tarde, Elaine.

—¿Negocios o placer? Déjame que reformule eso: ¿tus negocios o los míos?

Me sorprendí sonriéndole al teléfono.

—Una mezcla de ambos, quizá —dije—. Tengo que ir a Queens, pero te daré un toque más tarde si puedo pasarme.

—Llámame de todas maneras, cariño. Si no puedes correrte hasta aquí, llama. Para eso es para lo que ponen...

—Monedas de diez centavos en los condones, ya lo sé.

—¡Jo! Te sabes mis mejores chistes —dijo—. No eres nada gracioso.

El vagón de metro en el que subí había sido decorado por un lunático con un aerosol. Solo tenía un mensaje que ofrecer al mundo y se había tomado la molestia de escribirlo cada vez que se le había presentado la oportunidad, remachando su aserto una vez y otra, con rebuscadas volutas y otras florituras.

SOMOS GENTE TAN BIEN, era lo que proclamaba. No llegué a decidir si la última palabra era una simple falta de ortografía o representaba alguna percepción significativa inspirada por la droga.^[4]

SOMOS GENTE TAN BIEN.

Tuve tiempo de sobra para meditar sobre el significado de la frase durante el trayecto hasta el cruce de Queens Boulevard con Continental Avenue. Salí del metro y caminé algunas manzanas, dejando atrás calles con nombres de escuelas preparatorias: Exeter, Groton, Harrow. Por fin llegué a Nansen Street, donde vivían Broadfield y su familia. No sé por qué esa calle lleva el nombre de Nansen.

La casa de Broadfield era de las buenas, se erguía apartada de la calle en una parcela ajardinada con estilo. Un viejo arce, en la franja de césped que había entre la acera y la calzada, no dejaba lugar a dudas acerca de en qué estación nos hallábamos. Llameaba con tonos rojos y dorados.

La casa era de dos pisos y tendría unos treinta o cuarenta años. Había envejecido bien. La manzana entera estaba formada por casas similares, pero lo suficientemente distintas para que uno no tuviese la sensación de estar en una urbanización.

Tampoco tenía la sensación de hallarme en alguno de los cinco distritos de Nueva York. Viviendo en Manhattan, resulta fácil olvidar la elevada proporción de neoyorquinos que residen en viviendas unifamiliares en calles bordeadas de árboles. Incluso a los políticos les cuesta a veces tenerlo presente.

Subí por un sendero de losetas hasta la puerta principal y llamé al timbre. Oí sonar un campanilleo en el interior de la casa. Luego se acercaron unos pasos a la puerta, que abrió una mujer delgada de pelo oscuro y corto. Vestía un suéter verde lima y pantalones verde oscuro. El verde era un color que la favorecía: hacía juego con sus ojos, resaltando la calidad de dríade tímida que emanaba de ella. Era atractiva y habría sido aún más guapa de no haber estado llorando recientemente. Tenía enrojecido el borde de los ojos y la cara cansada.

Le anuncié mi nombre y me invitó a pasar. Me dijo que tendría que disculparla, que estaba todo hecho un desastre porque había tenido un mal día.

La seguí hasta el salón donde me senté en la butaca que me indicó. A pesar de lo que había dicho, nada parecía fuera de lugar. El cuarto estaba impoluto y amueblado con mucho gusto. El efecto que producía la

decoración era conservador y tradicional, sin llegar a parecer un museo. Aquí y allá se apreciaban fotos en marcos de plata. Había una partitura abierta en el atril del piano de pared. La cogió, la cerró y la guardó en la banqueta del piano.

—Los niños están arriba —dijo—. Sara y Jennifer se fueron al colegio esta mañana, antes de que yo oyese las noticias. Cuando vinieron a la hora de comer, hice que se quedaran en casa. Eric no empieza la guardería hasta el año que viene, así que está acostumbrado a estar aquí. No tengo ni idea de qué estarán pensando y no sé qué decirles. Y el teléfono no para de sonar. Me encantaría dejarlo descolgado, pero ¿y si fuera algo importante? No habría recibido su llamada si lo hubiese descolgado. Si supiera qué hacer. —Hizo una mueca y se retorció las manos—. Lo siento —siguió con la voz algo más firme—, estoy en estado de *shock*. Me ha dejado insensible y nerviosa al tiempo. He pasado dos días sin saber dónde estaba mi marido. Ahora sé que está en la cárcel, acusado de asesinato. —Se forzó a tomar aliento—. ¿Le apetece un café? Acabo de hacer una cafetera. También puedo ofrecerle algo más fuerte.

Le dije que un café con un poco de whisky estaría bien. Fue a la cocina y volvió con dos grandes tazas de café.

—No sé qué clase de whisky ni cuánto hay que echar —dijo—. Ahí tiene el mueble bar. ¿Por qué no escoge uno a su gusto?

El mueble bar estaba bien surtido de marcas caras. No me sorprendió: no he conocido a ningún poli que no reciba un montón de licores por Navidades. La gente que no se atreve del todo a darte dinero encuentra más fácil regalarte una botella o una caja de priva de la buena. Me eché un buen chorro de Wild Turkey en la taza. Supongo que fue desperdiciarlo. Todos los bourbons saben igual cuando los echas en el café.

—¿Está bueno eso? —Estaba de pie a mi lado, sujetando su taza con las dos manos—. Tal vez debería probarlo. Normalmente no bebo mucho, nunca me ha gustado el sabor del alcohol. ¿Cree que una copa me relajaría?

—Probablemente no le sentará mal.

Me tendió la taza.

—Por favor...

Le eché bourbon, lo removió con la cuchara y le dio un sorbito de prueba.

—Oh, está bueno —dijo, con una voz que parecía casi la de una niña—. Es reconfortante, ¿verdad? ¿Es muy fuerte?

—Es más o menos igual de fuerte que un cóctel. Y el café tiende a contrarrestar parte del efecto del alcohol.

—¿Quiere decir que no te embriagas?

—No, acaba uno emborrachándose igual, pero no se cansa en el proceso. ¿Normalmente se le sube a la cabeza una sola copa?

—Generalmente me basta una copa para notarlo. Me temo que no soy una gran bebedora. Pero supongo que esto no me hará daño.

Me miró y, durante un breve instante, nos sostuvimos las miradas. No lo supe entonces y ahora sigo sin saber exactamente qué pasó, pero nuestras miradas se cruzaron e intercambiaron mensajes silenciosos, y algo debió de quedar decidido en aquel momento, aunque no fuimos conscientes de la decisión, ni de los mensajes que la habían precedido.

Aparté la mirada. Saqué de mi cartera la nota que había escrito su marido y se la tendí. La recorrió deprisa y luego la volvió a leer otra vez con más detenimiento.

—Dos mil quinientos dólares —dijo—. Supongo que los querrá de inmediato, señor Scudder.

—Probablemente tenga algunos gastos.

—Desde luego. —Dobló la nota por la mitad y luego la volvió a doblar de nuevo—. No recuerdo haber oído a Jerry mencionar su nombre. ¿Hace mucho que le conoce?

—Poquísimo.

—Pero usted es del cuerpo. ¿Han trabajado juntos?

—Estuve en el cuerpo, señora Broadfield. Ahora soy una especie de detective privado.

—¿Qué especie?

—La que no tiene licencia. Después de tantos años en el Departamento de Policía, tengo aversión a cumplimentar impresos.

—Aversión.

—¿Disculpe?

—¿Lo he dicho en voz alta? —Sonrió repentinamente y se le iluminó el rostro—. No creo haber oído nunca esa palabra en labios de un policía. Sí,

usan palabras imponentes, pero de cierto tipo, ya sabe. «Presunto perpetrador» es mi expresión favorita. Y «maleante» es una palabra maravillosa. Nadie, aparte de policías y periodistas, ha llamado nunca a alguien maleante. Y los periodistas solo lo escriben, no lo dicen en voz alta. —Nuestras miradas volvieron a cruzarse y su sonrisa se apagó—. Lo siento, señor Scudder. Estoy parloteando otra vez, ¿verdad?

—Me gusta cómo parlotea.

Por un instante pensé que iba a ruborizarse, pero no lo hizo. Tomó aliento y me aseguró que enseguida tendría el dinero. Le dije que no había prisa, pero respondió que lo mejor sería dejar eso resuelto de inmediato. Me senté y me concentré en mi café mientras ella salía de la sala y subía escaleras arriba.

Volvió pocos minutos después con un fajo de billetes que me tendió. Los abrí en abanico: eran todos billetes de cincuenta y de cien. Me los metí en el bolsillo de la chaqueta.

—¿No va a contarlos?

Sacudí la cabeza.

—Es usted muy confiado, señor Scudder. Estoy segura de que me ha dicho su nombre de pila, pero no soy capaz de recordarlo.

—Matthew.

—Yo me llamo Diana. —Cogió su taza de café y la vació de golpe, como quien apura una medicina de sabor desagradable—. ¿Serviría de algo que dijera que mi marido estuvo anoche conmigo?

—Lo han arrestado en Nueva York, señora Broadfield.

—Acabo de decirle mi nombre de pila. ¿No va a usarlo? —De repente recordó de qué estábamos hablando y cambió de tono—. ¿A qué hora lo detuvieron?

—A eso de las dos y media.

—¿Dónde?

—En un apartamento del Village. Estaba escondiéndose ahí desde que la señorita Carr presentó esa denuncia contra él. Anoche lo hicieron salir, engañándolo, y mientras estaba fuera alguien llevó a Carr al apartamento, la mató allí y le dio el soplo a la poli. O la llevaron allí después de muerta.

—O Jerry la mató.

—No tiene ningún sentido que lo hiciera.

Se lo pensó un poco y cambió de tema.

—¿De quién era el apartamento?

—No estoy seguro.

—¿De veras? Debía de ser el suyo. Oh, siempre he estado segura de que tenía uno. Hay ropa suya que hace siglos que no veo, así que he llegado a la conclusión de que tiene parte de su guardarropa en algún sitio en la ciudad. —Dio un suspiro—. Me gustaría saber por qué intenta ocultarme las cosas. Sé tanto ya, y él debe de saber que lo sé, ¿no le parece? ¿Piensa que no sé que tiene otras mujeres? ¿Se cree que me importa?

—¿No le importa?

Me miró fijamente y con dureza. Pensé que no iba a contestar la pregunta, pero lo hizo.

—Claro que me importa —dijo—. Claro que me importa. —Bajó la mirada hacia la taza de café y pareció disgustarse al ver que estaba vacía—. Voy a por más café —dijo—. ¿Quiere un poco, Matthew?

—Gracias.

Llevó las tazas a la cocina. De regreso, se detuvo en el mueble bar para mejorarlas. Se mostró generosa con la botella de Wild Turkey, haciendo la mezcla al menos el doble de fuerte de lo que yo me la había preparado.

Volvió a sentarse en el sofá, pero esta vez se instaló más cerca de mi butaca. Tomó un sorbo de café y me miró por encima del borde de la taza.

—¿A qué hora mataron a esa chica?

—Según lo último que he oído, estiman la hora de la muerte hacia la medianoche.

—¿Y lo detuvieron alrededor de las dos y media?

—Sobre esa hora, sí.

—Bueno, eso lo simplifica todo, ¿no? Diré que vino a casa después de haber acostado a los niños. Quería verme y cambiarse de ropa. Y estuvo aquí conmigo viendo la televisión desde las once de la noche hasta que terminó el *show* de Johnny Carson, y luego volvió a Nueva York justo a tiempo de ser arrestado. ¿Qué pasa?

—No servirá de nada, Diana.

—¿Por qué no?

—Porque nadie se lo creerá. La única coartada que le serviría de algo a su

marido sería una blindada, y la palabra de su esposa, sin corroborar..., no, no serviría de mucho.

—Supongo que tendría que habérmelo imaginado.

—Claro.

—¿La mató él, Matthew?

—Dice que no.

—¿Usted lo cree?

Asentí.

—Creo que la mató otra persona, que deliberadamente incriminó a su marido.

—¿Por qué?

—Para parar en seco la investigación sobre el Departamento de Policía. O por razones personales. De tener alguien motivos para matar a Portia Carr, desde luego su marido resultaba el cabeza de turco perfecto.

—No me refería a eso. ¿Qué le hace creer a usted que es inocente?

Reflexioné sobre ello. Tenía algunas razones bastante buenas, entre ellas el hecho de que Broadfield era demasiado brillante para cometer un asesinato de una forma tan estúpida. Podría haber matado a la mujer en su propio piso, pero no la habría dejado ahí para pasarse un par de horas dando tumbos sin ni siquiera establecer una coartada. Pero ninguna de mis razones importaba demasiado, en realidad, y no valía la pena explicárselas a ella.

—Sencillamente, no creo que lo hiciera. He sido policía mucho tiempo. Se acaba por desarrollar instintos, intuición. Uno siente cómo son las cosas y, a poco que se valga para esto, se es capaz de notar lo que no encaja.

—Seguro que usted era bueno.

—No era malo. Sabía cómo moverme, tenía el instinto. Y me entregaba tanto a lo que hacía, que acababa poniendo mucho de mí mismo en el trabajo. Eso marca una diferencia. Es mucho más fácil ser bueno en algo en lo que realmente estás comprometido.

—¿Y luego dejó el cuerpo?

—Sí. Hace unos años.

—¿Voluntariamente? —Se sonrojó y se llevó la mano a la boca—. Lo siento mucho. Es una pregunta estúpida y además no es asunto mío.

—No es estúpida. Sí, me fui voluntariamente.

—¿Por qué? Tampoco es que sea de mi incumbencia.

—Por motivos personales.

—Por supuesto. Lo siento muchísimo. Creo que se me ha subido un poco el whisky a la cabeza. ¿Me perdona?

—No hay nada que perdonar. Los motivos son personales, eso es todo. A lo mejor algún día me apetece contárselos.

—A lo mejor sí, Matthew.

Nuestras miradas volvieron a cruzarse y nos quedamos mirándonos hasta que ella inspiró bruscamente y apuró el contenido de su taza de café.

—¿Aceptaba dinero? —me preguntó—. Quiero decir, cuando estaba en la policía.

—Algo. No me hice rico con eso, ni nunca lo busqué, pero acepté todo lo que se me puso a tiro. Nunca vivimos de mi salario.

—¿Está casado?

—Ah, eso es porque he dicho vivimos. Estoy divorciado.

—A veces pienso en el divorcio. Aunque ahora no puedo hacerlo, por supuesto. Ahora me incumbe, como fiel y sufrida esposa, permanecer junto a mi marido en esta su hora de necesidad. ¿Por qué sonrías?

—Le cambio tres «aversiones» por un «incumbe».

—Trato hecho. —Bajó los ojos—. Jerry se embolsa muchísimo dinero —dijo.

—Eso me ha parecido entender.

—Ese dinero que le he dado antes, dos mil quinientos dólares. Imagínese tener tanto dinero en casa... Lo único que tuve que hacer fue subir al piso de arriba y cogerlo. Hay muchísimo más en la caja fuerte. No sé cuánto tiene ahí. Nunca lo he contado.

No dije nada. Estaba sentada con las piernas cruzadas y las manos entrecruzadas en el regazo. Largas piernas enfundadas en un pantalón verde oscuro, suéter verde brillante, serenos ojos verde menta. Manos sensibles de largos dedos delgados con uñas cortas y sin pintar.

—Ni siquiera supe de la existencia de la caja fuerte hasta justo antes de que empezase a hablar con ese fiscal especial. Nunca consigo recordar cómo se llama.

—Abner Prejanian.

—Sí. Por supuesto, sabía que Jerry aceptaba dinero. Nunca me lo dijo con todas las letras, pero era evidente, y alguna alusión sí que hizo. Como si quisiera que yo lo supiese, pero sin tener que decírmelo a las claras. Para mí era obvio que no vivíamos solo de lo que ganaba de forma legítima. Gasta mucho dinero en ropa y supongo que también gasta dinero en otras mujeres. —Estuvo a punto de quebrársele la voz, pero siguió adelante como si no hubiese pasado nada—. Un día me llevó aparte y me mostró la caja fuerte. El cierre tiene combinación y me la enseñó. Me dijo que podía coger dinero cada vez que lo necesitara, que siempre habría más en el mismo sitio del que salía ese.

»Nunca había abierto la caja hasta hoy. Ni para contar el dinero ni para nada. No quería mirar, no quería pensar en ella, no quería saber cuánto dinero había dentro. ¿Quiere saber algo interesante? Una noche de la semana pasada, estaba pensando en dejar a Jerry y no era capaz de imaginar cómo permitírmelo. Financieramente, quiero decir. Y ni siquiera me acordé del dinero de la caja fuerte. Nunca se me pasó por la cabeza.

»No sé si soy una persona muy moral o no. En realidad, creo que no lo soy. Pero hay muchísimo dinero ahí dentro, ¿sabe?, y no me gusta pensar en lo que tendría que hacer una persona para conseguir todo ese dinero. ¿Tiene algún sentido lo que digo, Matthew?

—Sí.

—Tal vez sí que mató a esa mujer. Si decidiese matar a alguien, no creo que tuviera ningún reparo moral en hacerlo.

—¿Alguna vez mató a alguien en acto de servicio?

—No. Disparó a varios delincuentes, pero ninguno murió.

—¿Hizo el servicio militar?

—Estuvo un par de años en Alemania, pero nunca entró en combate.

—¿Es violento? ¿Le ha pegado alguna vez?

—No, nunca. A veces he tenido miedo de él, pero no sabría explicar por qué. Nunca me ha dado el menor motivo para temerlo. Abandonaría a cualquier hombre que me pusiera la mano encima. —Sonrió con amargura—. Por lo menos, eso creo. Pero hace años también creía que dejaría a cualquier hombre que tuviese otras mujeres. ¿Por qué no nos conocemos nunca tan bien como creemos, Matthew?

—Buena pregunta.

—Tengo tantas buenas preguntas. En realidad, no conozco a ese hombre en absoluto. ¿No es admirable? He estado casada con él todos estos años, y no lo conozco. Nunca lo he llegado a conocer. ¿Le explicó por qué decidió cooperar con el fiscal especial?

—Tenía la esperanza de que se lo hubiese contado a usted.

Dijo que no con la cabeza.

—Y no tengo ni la menor idea. Pero la verdad es que nunca sé por qué hace las cosas. ¿Por qué se casó conmigo? Esa sí que es una buena pregunta. Eso es lo que yo llamo una buenísima pregunta, Matthew. ¿Qué pudo ver Jerome Broadfield en la poquita cosa que era Diana Cummings?

—Oh, vamos. Sabe de sobra que es atractiva.

—Sé que no soy demasiado fea.

—Es usted mucho más que no demasiado fea.

«Y tus manos anidan en tu muslo como un par de tórtolas. Y un hombre podría perderse del todo en tus ojos».

—No resulto nada dramática, Matthew.

—No la sigo.

—¿Cómo explicárselo? A ver... ¿Sabe esos actores que basta con que salgan a escena para atraer todas las miradas? No importa que algún otro esté a mitad de un parlamento. Tienen tanta calidad dramática que no se puede dejar de mirarlos. Yo no soy así, en absoluto. Y por supuesto, Jerry sí.

—Desde luego, resulta llamativo. Su estatura probablemente tenga algo que ver con ello.

—Es más que eso. Es alto y apuesto, pero es más que eso. Es una cualidad que tiene. La gente lo mira por la calle. Siempre lo han hecho, desde que lo conozco. Y no crea que no lo prepara. A veces le he visto prepararlo, Matthew. De pronto reconozco un gesto deliberadamente casual que le he sorprendido usando antes y me doy cuenta de lo calculado que es, y en momentos así, lo desprecio sinceramente.

Fuera, un coche pasó de largo. Seguimos sentados, sin mirarnos del todo, escuchando en silencio los lejanos sonidos de la calle y a nuestros pensamientos más íntimos.

—Me ha dicho que está divorciado.

—Sí.

—¿Hace mucho?

—Unos cuantos años.

—¿Tiene hijos?

—Dos chicos. Mi mujer tiene la custodia.

—Yo tengo dos hijas y un hijo. Seguro que ya se lo he dicho.

—Sara, Jennifer y Eric.

—Tiene una memoria admirable. —Se miró las manos—. ¿Es mejor? Quiero decir, ¿estar divorciado?

—No lo sé. A veces es mejor y a veces peor. La verdad es que no pienso en ello en esos términos, porque en realidad no hubo ninguna posibilidad de elección. Tuvo que ser así.

—Su mujer quiso el divorcio.

—No, el que lo quiso fui yo. Era yo el que tenía que vivir solo. Pero lo que yo quería no fue una elección, si es que puede entender lo que le digo. Tenía que estar solo.

—¿Sigue viviendo solo?

—Sí.

—¿Le gusta?

—¿Le gusta a alguien?

Se quedó callada un buen rato. Estaba sentada agarrándose la rodilla con las manos, la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos cerrados, perdida en sus pensamientos.

—¿Qué le pasará a Jerry? —me preguntó sin abrir los ojos.

—Es imposible saberlo. A menos que surja algo, tendrá que ir a juicio. Puede que lo absuelvan y puede que no. Un abogado de altos vuelos podría alargar las cosas mucho tiempo.

—¿Pero es posible que lo condenen?

Vacilé, pero acabé asintiendo.

—¿Y tendría que ir a la cárcel?

—Es una posibilidad.

—¡Dios!

Cogió su taza y miró dentro. Luego alzó los ojos hasta los míos.

—¿Preparo más café, Matthew?

—Para mí, no.

—¿Debería tomar un poco más? ¿Debería tomarme otra copa?

—Si es lo que necesita...

Se quedó pensándolo.

—No, no es lo que necesito —decidió—. ¿Sabe qué necesito?

No dije nada.

—Necesito que venga aquí y se siente a mi lado. Necesito que me abracen.

Me senté en el sofá junto a ella y se echó ansiosamente en mis brazos, como un animalito en busca de calor. Su cara contra la mía era muy suave; su aliento, dulce y cálido. Cuando mis labios buscaron los suyos se envaró momentáneamente. Luego, como si cayera en la cuenta de que hacía tiempo que se había decidido, se relajó entre mis brazos y me devolvió el beso.

—Vamos a hacer que desaparezca todo. Todo —dijo de pronto.

Y después de eso ya no tuvo que decir nada más, ni yo tampoco.

Un poco más tarde, estábamos sentados como antes: ella en el sofá, yo en mi butaca. Ella tomaba café sin alcohol y yo un vaso de bourbon solo, del que llevaba un poco más de la mitad. Estábamos hablando en voz baja, pero interrumpimos nuestra conversación cuando se oyeron pisadas en la escalera. Una niña de unos diez años entró en la sala. Se parecía a su madre.

—Mamá —dijo—, yo y Jennifer queremos...

—Jennifer y yo.

La chiquilla suspiró teatralmente.

—Mamá, Jennifer y yo queremos ver *Viaje alucinante*, y Eric está portándose como un cerdo y quiere ver *Los Picapiedra*, y a mí y a Jennifer, quiero decir, a Jennifer y a mí, no nos gustan nada *Los Picapiedra*.

—No llames cerdo a tu hermano.

—No he dicho que Eric sea un cerdo. Solo he dicho que se estaba portando como uno.

—Supongo que hay una diferencia. Jennifer y tú podéis ver la película en mi cuarto. ¿Es lo que querías?

—¿Por qué no se va Eric a tu cuarto? Mamá, después de todo está viendo

nuestra tele en nuestro cuarto.

—No quiero que Eric esté solo en mi dormitorio.

—Bueno, pues yo y Jennifer no queremos que se quede solo en nuestro cuarto, mamá, y además...

—Sara...

—Vale. Veremos nosotras la tele en tu cuarto.

—Sara, te presento al señor Scudder.

—Hola, señor Scudder. ¿Puedo irme ya, mamá?

—Vale, vete.

En cuanto la niña hubo desaparecido escaleras arriba, su madre soltó un silbido largo y bajo.

—No sé qué demonios me ha dado —dijo—, nunca había hecho algo así hasta ahora. Lo que quiero decir es que no soy ninguna santa. Yo... El año pasado tuve un lío con alguien. Pero en mi propia casa, Dios mío, y con los niños aquí... Podría habernos sorprendido Sara. Nunca la habría oído. —Sonrió de repente—. Ni siquiera habría oído estallar la Tercera Guerra Mundial. Eres un encanto de hombre, Matthew. No sé cómo ha pasado esto, pero no voy a buscarme excusas. Me alegro de que haya ocurrido.

—Yo también.

—¿Sabes que aún no has pronunciado mi nombre? Solo me has llamado señora Broadfield.

Había dicho su nombre en voz alta una vez e incontables veces para mí. Pero ahora lo dije de nuevo.

—Diana.

—Eso está mucho mejor.

—Diana, diosa de la luna.

—Y de la caza.

—¿De la caza también? Solo sabía lo de la luna.

—Me pregunto si la luna saldrá esta noche. Ya está oscureciendo, ¿no? No me lo puedo creer. ¿Dónde ha ido el verano? El otro día todavía era primavera y ya estamos en octubre. En un par de semanas, mis tres salvajes se disfrazarán y se irán a extorsionar a los vecinos para sacarles dulces. —Se le ensombreció el rostro—. Al fin y al cabo, es una tradición familiar, lo de la extorsión.

—Diana...

—Y falta solo un mes para el día de Acción de Gracias. ¿No te parece como si hubiésemos celebrado Acción de Gracias hace tres meses? ¿Cuatro, como mucho?

—Sé lo que quieres decir. Los días son tan largos como siempre, pero los años pasan volando.

Asintió.

—Siempre pensé que mi abuela estaba loca. Solía decirme que el tiempo pasaba mucho más deprisa cuando te hacías mayor. O estaba loca, o pensaba que era una cría muy crédula, porque ¿cómo podría cambiar el ritmo del tiempo en función de la edad de uno? Pero sí que hay una diferencia. Un año es un tres por ciento de mi vida y un diez por ciento de la de Sara, así que claro que vuela para mí y se arrastra para ella. Y ella tiene prisa por que pase, y yo deseo que vaya un poco más despacio. Ay, Matthew, envejecer no tiene mucha gracia.

—No seas tonta.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Por hablar de hacerte vieja cuando eres solo una cría.

—No se puede ser una cría cuando se es la madre de alguien.

—¡Y un cuerno, que no se puede!

—Me estoy haciendo mayor, Matthew. Fíjate cuánto más vieja que ayer soy hoy.

—¿Más vieja? Pero más joven también, ¿no es verdad? ¿En cierto modo?

—Oh, sí —dijo—. Sí, tienes razón. Ni siquiera había pensado en eso.

Cuando acabé mi copa me levanté y le dije que sería mejor que me marchara. Repuso que estaría muy bien que pudiera quedarme y yo le respondí que probablemente sería una cosa increíble, pero que no podía. Se quedó pensándolo y me dijo que tal vez tenía razón, pero que habría estado bien de todos modos.

—Pasarás frío —dijo—. Refresca muy deprisa en cuanto se pone el sol. Te llevaré en coche a Manhattan, ¿te parece? Sara es lo bastante mayor para cuidar de sus hermanos ese rato. Te acercaré, es más rápido que el tren.

—Déjame coger el tren, Diana.

—Entonces te llevaré a la estación.

—Casi prefiero ir andando y así me despejo un poco de la bebida.
Me escrutó y luego asintió.
—Está bien.
—Te llamaré en cuanto tenga alguna novedad.
—¿Y también si no lo hay?
—Y también si no lo hay.
Hice ademán de abrazarla, pero se echó atrás.
—Quiero que sepas que no voy a colgarme de ti, Matthew.
—Lo sé.
—No tienes por qué pensar que me debes algo.
—Ven aquí.
—Ay, cariño.
—¿Vas a seguir trabajando para Jerry? —preguntó, una vez en la puerta
—. ¿Complicará esto las cosas?
—En general, todo se complica siempre —contesté.

Hacía frío fuera. Cuando llegué a la esquina y giré hacia el norte, un viento mordiente me fue dando en la espalda. Solo llevaba el traje y no era suficiente.

A mitad de camino de la estación de metro, caí en la cuenta de que podía haber cogido prestado un abrigo de Jerry Broadfield. Un hombre con tanto entusiasmo por la ropa como él seguramente tendría tres o cuatro abrigos, y a Diana no le habría importado dejarme uno. Sin embargo, no se me había ocurrido y ella no me lo había propuesto, así que llegué a la conclusión de que era mejor así. Hasta ese momento me había sentado en su butaca, me había bebido su whisky, había cogido su dinero y le había hecho el amor a su mujer. No iba además a pasearme por la ciudad vestido con su ropa.

La estación era de las elevadas y parecía una de las paradas del tren de Long Island. Era evidente que acababa de pasar un tren, aunque yo no lo había oído. Yo era la única persona esperando en el andén en dirección oeste. Poco a poco fue llegando más gente, la mayoría fumaba mientras esperaba.

En teoría está prohibido fumar en las estaciones de metro, tanto subterráneas como al aire libre. Casi todo el mundo respeta la norma bajo

tierra, pero prácticamente todos los fumadores se sienten libres de encender un cigarrillo en los andenes elevados. No tengo ni idea de por qué. Las estaciones de metro, estén en la superficie o bajo tierra, son todas ignífugas, pero el aire está tan enrarecido en unas y otras que el humo del tabaco no lo puede empeorar de forma apreciable. Pero la ley se cumple en un tipo de estación y se viola sistemáticamente —ni se intenta hacerla cumplir— en el otro, y nadie ha explicado nunca por qué.

Curioso.

El tren acabó por llegar. La gente tiró sus pitillos y subió a bordo. El vagón al que subí estaba festoneado con grafitis, pero los textos se limitaban a los ya habituales apodos y números. Nada tan imaginativo como SOMOS GENTE TAN BIEN.

No había planeado tirarme a su mujer.

Hubo un momento en el que ni siquiera había considerado la posibilidad, y otro en el que supe con toda certeza que iba a ocurrir, y ambos habían estado notablemente próximos en el tiempo.

Es difícil decir exactamente por qué ocurrió.

No es muy frecuente que conozca a mujeres que desee. Es un hecho cada vez más extraño, bien por algún rasgo del proceso de envejecimiento o como consecuencia de mis metamorfosis personales. Hacía solo un día que había conocido a una mujer así y, por una serie de razones, unas conocidas y otras no, no había hecho nada al respecto. Y ahora ella y yo nunca tendríamos la oportunidad de amarnos el uno al otro.

A lo mejor algunas neuronas estúpidas de mi cerebro habían logrado convencerse a sí mismas de que si no tomaba a Diana Broadfield en el sofá de su sala de estar, algún maníaco aparecería y la aniquilaría.

El vagón estaba caliente, pero sentí un escalofrío como si siguiera esperando en el andén al aire libre, expuesto al filo cortante del viento. Era la mejor época del año, pero también la más triste. Porque llegaba el invierno.

7

Tenía más recados aguardándome en mi hotel. Anita había vuelto a llamar y Eddie Koehler había llamado dos veces. Caminé hacia el ascensor, pero di media vuelta y usé el teléfono público para llamar a Elaine.

—Te avisé de que te llamaría en cualquier caso —le dije—. No creo que vaya a pasarme esta noche. A lo mejor mañana.

—Vale, Matt. ¿Era algo importante?

—¿Te acuerdas de lo que estuvimos hablando antes? Si pudieras averiguar algo más sobre el particular, te lo compensaría.

—No sé —dijo—, no quiero llamar la atención. Me gusta mantener lo que se dice un perfil discreto. Hacer mi trabajo y ahorrar unos centavos para mi vejez.

—Bienes inmuebles, ¿verdad?

—Ajá. Casas de apartamentos en Queens.

—Me cuesta imaginarte de casera.

—Los inquilinos nunca me ven. Una gestoría inmobiliaria se ocupa de todo en mi nombre. Al tipo que me lleva el asunto lo conozco profesionalmente.

—Ajá. ¿Te estás haciendo rica?

—No me va mal. No pienso ser una de esas ancianas de Broadway que viven con un dólar al día. Ni hablar.

—Bueno, podrías hacer algunas preguntas y ganarte unos cuantos pavos. Si te interesa.

—Supongo que podría intentarlo. Te asegurarás de que mi nombre no aparezca por ningún lado, ¿verdad? Solo quieres que busque algo que te pueda servir de pista.

- Así es.
- Bueno, voy a ver qué puedo hacer.
- Hazlo, Elaine. Me pasaré por ahí mañana.
- Llama primero.

Subí a mi habitación, me quité los zapatos y me tumbé en la cama. Cerré los ojos un par de minutos. Estaba a punto de quedarme dormido cuando me obligué a incorporarme. La botella de bourbon de la mesita de noche estaba vacía. La tiré a la papelera y miré en el estante del armario. Había una pinta de Jim Beam sin abrir esperándome ahí. La desprecinté y eché un traguito. No era Wild Turkey, pero cumplió su cometido.

Eddie Koehler quería que lo llamara, pero no se me ocurrió ninguna razón por la que esa conversación no pudiera esperar un día o dos. Me imaginaba lo que iba a decirme y no era nada que me apeteciese oír.

Debían de ser alrededor de las ocho y cuarto cuando cogí el teléfono y llamé a Anita.

No teníamos mucho que decirnos. Me contó que las facturas se habían amontonado últimamente: había tenido que hacerse unas endodoncias y a los chicos parecía estárseles quedando pequeña toda la ropa de repente, y si pudiera pasarle unos cuantos pavos serían muy bienvenidos. Le dije que acababa de conseguir un caso y que le mandaría un giro postal por la mañana.

—Sería una gran ayuda, Matt. Pero la razón de que te haya dejado varios recados es que los chicos quieren hablar contigo.

—Claro.

Hablé con Mickey primero. En realidad, no me contó gran cosa. El colegio iba bien, todo estaba bien: la cháchara habitual, automática y despreocupada. Luego le pasó el teléfono a su hermano mayor.

—¿Papá? ¿Sabes que los *scouts* han montado una celebración para el partido inaugural en casa de los Nets contra los Squires? Se supone que es una oferta para padres e hijos, ¿sabes? La patrulla se ocupa de conseguir las entradas, de forma que estemos sentados todos juntos.

—¿Y a Mickey y a ti os gustaría ir?

—Bueno, ¿podemos? Yo y Mick somos, los dos, hinchas de los Nets, y se

supone que van a hacer una buena temporada.

—Jennifer y yo.

—¿Cómo?

—No, nada.

—Lo único que pasa, es que es algo caro.

—¿Cuánto cuesta?

—Bueno, son quince dólares por persona, pero eso incluye la cena primero y luego el viaje en autobús hasta el Coliseum.

—¿Cuánto hay que pagar de más si no te tomas la cena?

—¿Qué? No lo... ¡Ah! —Soltó una risita—. Hey, eso sí que ha molado —dijo—. Déjame que se lo cuente a Mick. Papá quiere saber ha molado hay que pagar de más si no te tomas la cena. ¿No lo coges, estúpido? ¿Papá? ¿Cuánto hay que pagar de más si no coges el autobús?

—Esa es la idea.

—¿Qué te apuestas a que la comida es pollo a la King?

—Siempre es pollo a la King. Mira, el precio es lo de menos, y si las entradas son medio decentes, no me parece una oferta demasiado mala. ¿Cuándo es?

—Bueno, es la semana que viene, la noche del viernes.

—Eso podría ser un problema. Es demasiado pronto.

—Nos lo han dicho justo en la última reunión. ¿No podemos ir?

—No lo sé. Tengo un caso y no sé cuánto tiempo va a durar. O si podré sacar unas horas en mitad del trabajo.

—Supongo que es un caso bastante importante, ¿a que sí?

—El tipo al que estoy tratando de ayudar está acusado de asesinato.

—¿Y lo hizo?

—Creo que no, pero eso no es lo mismo que saber cómo probarlo.

—¿No puede investigarlo la policía y aclarar la cosa?

«No cuando no les da la gana», pensé.

—Bueno, creen que mi amigo es culpable —dije—, y no se están molestando en buscar más. Por eso me ha pedido que trabaje para él. —Me froté la sien donde había empezado a latirme una vena—. Mira, esto es lo que vamos a hacer. ¿Por qué no seguís adelante con el plan y os apuntáis a todo, vale? Mañana le voy a mandar dinero a tu madre y enviaré cuarenta y cinco

dólares de más para las entradas. Si al final no puedo ir, os avisaré y podéis regalar la entrada e ir con los demás. ¿Qué te parece?

Se produjo una pausa.

—Lo que pasa es que Jack dijo que él nos podría llevar si tú no podías.

—¿Jack?

—Es el amigo de mamá.

—Ah.

—Pero ya sabes, se supone que es una cosa para padres e hijos, y no es nuestro padre.

—Vale. Espera un segundo, ¿quieres? —No es que necesitara un trago, en realidad, pero no me pareció que fuera a sentarme mal. Luego tapé la botella y dije—: ¿Y qué tal os lleváis con Jack?

—Oh, es majo.

—Eso está bien. Bueno, a ver qué te parece esto. Os acompañaré si puedo arreglarlo. Si no, podéis usar mi entrada y que os lleve Jack. ¿Vale?

Y así fue como lo dejamos.

En el Armstrong's saludé a cuatro o cinco personas, pero no encontré al hombre que andaba buscando. Me senté a mi mesa. Cuando Trina se acercó, le pregunté si había venido Doug Fuhrmann.

—Llegas una hora tarde —me dijo—. Estuvo aquí, se tomó una cerveza, cobró un cheque y se largó.

—¿Por casualidad no sabrás dónde vive?

Negó con la cabeza.

—Por el barrio, pero no sabría decirte dónde. ¿Por qué?

—Necesito hablar con él.

—Le preguntaré a Don.

Pero Don tampoco lo sabía. Me tomé un bol de sopa de guisantes y una hamburguesa. Cuando Trina vino a servirme el café se sentó frente a mí y apoyó su barbillita puntiaguda en el dorso de su mano.

—Estás raro —dijo.

—Siempre estoy raro.

—Más raro que de costumbre, quiero decir. O estás trabajando o estás

preocupado por algo.

—A lo mejor son las dos cosas.

—¿Estás trabajando?

—Ajá.

—¿Por eso buscas a Doug Fuhrmann? ¿Trabajas para él?

—Para un amigo suyo.

—¿Has mirado en la guía telefónica?

Le di con el índice en la punta de la naricita.

—Deberías ser detective —le dije—. Probablemente se te daría mejor que a mí.

Pero no venía en la guía.

Había alrededor de dos docenas de Fuhrmann en el listín de Manhattan, el doble de Furman y un puñado de Ferman y Fermin. Llegué a esa conclusión encerrándome con la guía en mi cuarto en el hotel, y luego hice las llamadas desde el teléfono público del vestíbulo, parando cada tanto para pedirle más monedas de diez centavos a Vinnie. Las llamadas desde la habitación cuestan el doble y resulta bastante molesto gastar monedas de diez centavos sin éxito alguno. Probé con todos los Fuhrmann, con independencia de cómo se deletreara el apellido, que vivían en un radio de dos kilómetros del Armstrong's, y hablé con un montón de gente con el mismo apellido que mi amigo el escritor y con unos cuantos con el mismo nombre de pila también, pero no di con nadie que le conociera; me gasté un montón de monedas antes de tirar la toalla.

Volví al Armstrong's a eso de las once, tal vez un poco más tarde. Un par de enfermeras ocupaban mi mesa de costumbre, así que me senté a una lateral. Le eché un rápido vistazo a la gente que había en el bar para asegurarme de que Fuhrmann no estaba, y luego Trina vino corriendo.

—No mires ni nada por el estilo, pero hay alguien en la barra que ha estado preguntando por ti.

—No sabía que eras capaz de hablar sin mover los labios.

—A unos tres taburetes de la entrada. Un tipo grandullón, llevaba sombrero, pero no sé si sigue llevándolo ahora.

—Sí, sigue con el sombrero.

—¿Lo conoces?

—Podrías dejar este trabajo esclavo y hacerte ventrílocua —sugerí—, o actuar en alguna de esas películas carcelarias de antes, si es que siguen haciéndolas. No puede leerte los labios, chiquilla. Le estás dando la espalda.

—¿Sabes quién es?

—Sí. No hay problema.

—¿Le digo que estás aquí?

—No hace falta. Ya viene hacia aquí. Pregúntale a Don qué estaba tomando y tráele otra copa de lo mismo. Y yo tomaré lo de siempre.

Observé a Eddie Koehler acercarse, apartar una silla e instalarse en ella. Intercambiamos largas miradas precavidas, sopesándonos. Sacó un puro del bolsillo de la chaqueta, le quitó el envoltorio y luego rebuscó en sus bolsillos hasta que dio con un palillo con el que le agujereó el extremo. Se pasó un buen rato encendiendo el puro, dándole vueltas en la llama hasta conseguir que prendiese del todo.

Aún no habíamos cruzado una sola palabra cuando Trina volvió con las bebidas. La suya parecía ser whisky escocés con agua. Trina le preguntó si se lo preparaba y él asintió. Lo hizo y lo puso en la mesa ante él y luego me sirvió mi taza de café y mi bourbon doble. Me tomé un sorbo y vacié el resto del vaso en el café.

Eddie habló por fin.

—Es difícil dar contigo. Te he dejado un par de recados. Supongo que aún no te has pasado por el hotel y no te los han dado.

—Me los dieron.

—Sí, eso mismo me dijo el recepcionista antes, cuando lo comprobé. Así que supongo que mi teléfono estaría comunicando cuando me has intentado llamar.

—No te he llamado.

—No me digas.

—Tenía cosas que hacer, Eddie.

—No te quedaba tiempo para llamar a un viejo amigo, ¿eh?

—Pensaba llamarte por la mañana.

—Ya.

—Mañana en algún momento, en cualquier caso.

—Ya. Esta noche estás ocupado.

—Así es.

Pareció advertir la presencia de su copa por primera vez. La miró como si fuese la primera que veía en su vida. Se pasó el puro a la mano izquierda y alzó el vaso con la derecha. Lo olió y me miró.

—Huele a lo que estaba bebiendo —dijo.

—Le dije a la chica que te pusiera otra de lo mismo.

—No es nada exquisito. Es Seagram's. Llevo años bebiendo lo mismo.

—Es cierto, es lo que siempre solías tomar.

Asintió.

—Por supuesto, es muy raro que me tome más de dos o tres al día. Dos o tres copas. Supongo que eso es lo que tú te desayunas, ¿no, Matt?

—Oh, tampoco es para tanto, Eddie.

—¿No? Me alegro. Se oyen cosas por ahí, ya sabes. Te sorprendería la de cosas que se oyen.

—Me lo imagino.

—Seguro que sí. Bueno, de todas maneras, ¿por qué brindamos? ¿Algo en especial?

—Nada en especial.

—Hablando de especial, ¿qué tal el fiscal especial? ¿Tienes algún reparo en beber a la salud del señor Abner L. Prejanian?

—Como tú quieras.

—Estupendo. —Alzó el vaso—. Por Prejanian, ¡así se caiga muerto y se pudra!

Choqué mi taza con su vaso y bebimos.

—No te ha importado hacer ese brindis, ¿eh?

Me encogí de hombros.

—Pues no, si te hace feliz. No conozco al tipo por el que hemos brindado.

—¿Nunca has visto a ese hijo de perra?

—No.

—Yo sí. Es un grasiento enano comepollas. —Tomó otro trago de whisky, meneó la cabeza, molesto, y dejó el vaso en la mesa—. Joder, Matt, basta ya de tonterías. ¿Cuánto hace que nos conocemos?

—Unos cuantos años ya, Eddie.

—Bastantes años. ¿Quieres decirme qué cojones andas haciendo con el idiota de Broadfield? ¿A qué cojones estáis jugando los dos?

—Me contrató.

—¿Para qué?

—Para buscar pruebas que demuestren que es inocente.

—Lo que quiere que hagas es encontrar la forma para evitar una acusación de asesinato. ¿No sabes lo hijo de puta que es? ¿Es que no tienes ni la menor idea?

—Tengo una idea bastante clara.

—Está intentando joder al departamento entero, ni más ni menos. Vas a ayudar a ese mierda de vendedor de alfombras a denunciar la corrupción en las altas esferas. ¡Dios! ¡Cómo odio a ese santurrón hijo de puta! Era el poli más corrupto que te hayas podido echar a la cara nunca. Quiero decir que iba buscándolo, Matt. No solo aceptaba cuanto le ofrecían; iba buscando más. Se echaba a la calle investigando como un loco, buscando timbas clandestinas y camellos, y todo lo demás. Pero no para hacer arrestos. Solo si no tenían dinero que aflojar, a lo mejor acababan en comisaría. Él tenía su propio negocio. La placa le servía de licencia para robar.

—Todo eso ya lo sé.

—Lo sabes y aun así trabajas para él.

—¿Y si no hubiese matado a la chica, Eddie?

—Estaba tiesa en su apartamento.

—¿Y a ti te parece que es tan estúpido como para cargársela y dejarla ahí tirada?

—Oh, mierda. —Chupó su puro y el otro extremo enrojeció—. Salió de ahí por patas y se deshizo de las armas del crimen, de lo que quiera que fuese con lo que la golpeó y lo que quiera que fuese que usó para apuñalarla. Pongamos que bajó hasta el río y las tiró al agua. Luego se paró en cualquier sitio y se tomó un par de cervezas, porque es un hijoputa bragado y porque está un poco loco. Después volvió a por el cuerpo. Iba a tirarlo en cualquier sitio, pero para entonces teníamos ya hombres en el lugar del crimen y lo estaban esperando.

—Y fue y se lanzó a sus brazos.

—¿Y qué?

Negué con la cabeza.

—No tiene sentido. Puede que esté un poco loco, pero desde luego no es ningún estúpido, y tal y como lo cuentas se comportó como un imbécil. ¿Cómo supieron vuestros chicos que tenían que ir a ese apartamento, para empezar? La prensa dijo que habíais recibido un soplo telefónico. ¿Es cierto?

—Así es.

—¿Anónimo?

—Sí. ¿Y qué?

—Qué práctico. ¿Quién estaba al tanto para poder daros el soplo? ¿Acaso gritó la chica? ¿La oyó alguien? ¿De dónde vino el soplo?

—¿Qué más da? A lo mejor fue alguien que miró por la ventana. Quienquiera que llamase dijo que había una mujer asesinada en el apartamento tal y tal, y un par de agentes fueron allí y encontraron a una mujer con un golpe en la cabeza y una herida de arma blanca en la espalda, y estaba muerta. ¿Qué más da cómo sabía el informador que estaba ahí?

—Podría resultar decisivo. Si la hubiese dejado él ahí, por ejemplo.

—¡Oh, vamos, Matt!

—No tenéis ninguna prueba sólida. Ninguna en absoluto. Es todo circunstancial.

—Basta para clavar la tapa del ataúd. Por Dios, tenemos un móvil, tenemos la oportunidad, tenemos a la tía muerta en su puto apartamento. ¿Qué más quieres? Tenía motivos sobrados para matarla. Ella lo tenía cogido por los huevos y está claro que él quería verla muerta. —Tomó otro trago y siguió—. ¿Sabes? Eras un poli cojonudo. Igual te está empezando a afectar la priva. Igual bebes más de lo que puedes aguantar.

—Puede ser.

—Oh, mierda. —Soltó un gran suspiro—. Coge su dinero, Matt. Uno tiene que ganarse la vida, sé cómo son las cosas. Pero no te metas en medio, ¿vale? Coge su dinero y sácale todo lo que puedas. Qué demonios, es lo que ha estado haciendo él toda la vida. Que le toque ser el primo por una vez.

—No creo que la matara él.

—Mierda. —Se sacó el cigarro de la boca y lo miró fijamente, luego le hincó los dientes y aspiró. Siguió en un tono más pausado—. Mira, Matt, el

departamento está bastante limpio hoy en día. Hacía años que no estaba tan limpio. Casi todos los sobornos a la antigua usanza han sido eliminados. Aún quedan algunas personas que se embolsan grandes cantidades, por descontado, pero el viejo sistema del saco de dinero entregado por un recadero cuyo contenido se repartía luego por toda la comisaría del distrito, eso ya no existe.

—¿Ni siquiera en la parte norte?

—Bueno, uno de los distritos de la parte norte probablemente sigue estando un poco tocado. Es difícil mantener las cosas limpias ahí arriba. Ya sabes lo que pasa. Pero aparte de eso, ahora el departamento tiene bastante buena imagen.

—¿Y qué?

—Pues que nos estamos controlando nosotros mismos bastante bien y tiene que venir este hijo de puta a hacernos parecer mierda otra vez, y mucha buena gente las va a pasar canutas solo porque un hijo de puta quiere parecer un redentor y otro hijo de puta vendedor de alfombras quiere ser gobernador.

—Por eso odias a Broadfield, pero...

—Nos ha jodido, pues claro que odio a Broadfield.

—¿Pero por qué queréis verlo en prisión? —Me eché hacia delante—. Ya está acabado, Eddie. Liquidado. He hablado con uno de los miembros del equipo de Prejanian. No quieren usarlo. Podría quedar libre de cargos mañana y Prejanian no se atrevería a llamarlo. Quienquiera que lo haya incriminado ya ha hecho un trabajo más que suficiente desde vuestro punto de vista. ¿Qué tiene de malo que yo busque al asesino?

—Ya tenemos al asesino. Está en una celda en las Tumbas.

—Supongamos que te equivocas, Eddie. ¿Qué pasaría entonces?

Me miró con dureza.

—Vale —dijo—. Supongamos que estoy equivocado. Vamos a suponer que tu chico es blanco y puro como la nieve. Digamos que no ha hecho nada malo en su vida. Digamos que es otro quien ha matado a esa como demonios se llame.

—Portia Carr.

—Eso. Y alguien ha incriminado deliberadamente a Broadfield y lo ha preparado todo para que pague el pato.

—¿Y?

—Que tú buscas al tipo y lo pillas.

—¿Y entonces qué?

—Que es un poli, porque ¿quién si no iba a tener tanto interés en ver a Broadfield entre rejas?

—¡Ah!

—Sí, ¡ah! Tendría una pinta estupenda, ¿verdad? —Me apuntaba con la barbilla, tensos todos los tendones del cuello, mirándome con ojos furiosos—. No digo que sea eso lo que ha pasado —prosiguió—, porque, por lo que a mí se refiere, estoy seguro de que Broadfield es más culpable que Judas, pero si no lo es, entonces es que alguien lo ha montado todo para joderlo. ¿Y quién podría haberlo hecho sino un par de polis que quieren darle su merecido a ese hijo de puta? Quedaría precioso, ¿no te parece? Un poli que mata a una tía y le endosa el crimen a otro poli para sabotear una investigación sobre corrupción policial. Eso sí que quedaría precioso de verdad.

Reflexioné un poco.

—Y si fuese eso lo que ocurrió, preferirías ver a Broadfield en la cárcel por un crimen que no ha cometido antes que la verdad saliese a la luz. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—¡Mierda!

—¿Es eso lo que me estás diciendo, Eddie?

—¡Oh, por el amor de Dios! Antes preferiría verlo muerto, Matt. Aunque tuviera que volarle la puta cabeza yo mismo.

—Matt, ¿estás bien?

Alcé la vista y miré a Trina. Se había quitado el delantal y llevaba el abrigo colgado del brazo.

—¿Te vas?

—Acabo de terminar mi turno. Te has echado al colete bastante bourbon. Me preguntaba si te encontrabas bien.

Asentí.

—¿Quién era ese hombre con el que hablabas?

—Un viejo amigo. Es un poli, un teniente de la comisaría del Distrito

Sexto. Ahí abajo, en el Village. —Alcé el vaso, pero volví a dejarlo en la mesa sin beber—. Era prácticamente el mejor amigo que tenía en todo el departamento. No éramos íntimos, pero nos llevábamos muy bien. Pero, claro, con los años te vas distanciando.

—¿Qué quería?

—Solo quería charlar.

—Pues parecías disgustado cuando se ha ido.

La miré.

—Lo que pasa es que el asesinato es algo diferente. Quitarle la vida a alguien es una cosa completamente distinta. No se le debería permitir a nadie escabullirse. Nunca se le debería permitir a nadie quedar impune.

—No te entiendo.

—Él no lo hizo, joder. No fue él, es inocente, y no le importa a nadie. A Eddie Koehler no le importa. Conozco bien a Eddie Koehler. Es un buen policía.

—Matt...

—Pero no le importa. Pretende que pase y no haga el menor esfuerzo porque quiere que ese pobre desgraciado vaya a la cárcel por un asesinato que no ha cometido. Y quiere que el verdadero asesino se salga con la suya.

—No acabo de entender lo que dices, Matt. Mira, no te acabes esa copa, ¿vale? La verdad es que no la necesitas, ¿sabes?

Todo me parecía muy claro. No conseguía comprender por qué Trina parecía tener dificultades para seguir mi razonamiento. Articulaba de forma bastante inteligible y mis pensamientos, por lo menos así me lo parecía a mí, fluían con claridad meridiana.

—Claridad meridiana —dije.

—¿Cómo?

—Sé lo que quiere. Nadie más puede adivinarlo, pero resulta obvio. ¿Sabes qué quiere, Diana?

—Soy Trina, Matt. Cariño, ¿no sabes quién soy?

—Claro que sí. Ha sido un lapsus. ¿No sabes lo que quiere, nena? Quiere la gloria.

—¿Quién, Matt? ¿El hombre con el que has estado hablando?

—¿Eddie? —La mera idea me hizo reír—. A Eddie Koehler la gloria no

le importa una mierda. Estoy hablando de Jerry. Del bueno de Jerry.

—Ya. —Soltó mis dedos del vaso y lo retiró—. Ahora mismo vuelvo —dijo—, no tardo ni un minuto, Matt.

Se marchó y al poco estaba de vuelta. Puede que siguiera hablando con ella el rato que no estuvo junto a la mesa. No estoy muy seguro de si lo hice o no.

—Vamos a casa, Matt. Te acompañaré, ¿de acuerdo? ¿O prefieres quedarte en mi piso esta noche?

Sacudí la cabeza.

—No puedo hacer eso.

—Claro que puedes.

—No. Tengo que ver a Doug Fuhrmann. Es muy importante que vea al viejo Doug, nena.

—¿Lo encontraste en la guía?

—Eso es. En la guía. Y él puede sacarnos a todos en un libro, nena. Ahí es donde interviene él.

—No te entiendo.

Fruncí el ceño, irritado. Todo lo que estaba diciendo tenía sentido, y no conseguía comprender por qué Trina, a todas luces, parecía no entenderlo. Era una chica inteligente. Debería poder entenderlo.

—El cheque —dije.

—Ya has pagado la cuenta, Matt. Y me has dado propina, demasiada incluso. Venga, por favor, levántate, sé bueno. Ay, cariño, ha sido un mal día, ¿verdad? No pasa nada. Con todas las veces que me has ayudado a recoger los pedazos, también puedo echarte yo un cable de vez en cuando, ¿no?

—El cheque, Trina.

—¿Qué cheque? Ya has pagado la cuenta, te lo acabo de decir y...

—El cheque de Fuhrmann. —Me resultaba más fácil hablar con claridad, pensar con más nitidez, una vez de pie—. Cobró un cheque aquí esta noche. Eso me dijiste.

—¿Y?

—El cheque estará en la caja registradora, ¿no?

—Claro, ¿y qué? Mira, Matt, vamos a salir a que nos dé el aire, te sentirás mucho mejor.

Alcé una mano para que parase.

—Estoy bien —insistí—. El cheque de Fuhrmann está en la caja registradora. Dile a Don que te deje echarle un vistazo. —Seguía sin entenderme—. La dirección —le expliqué—: la mayoría de la gente lleva impresas sus señas en los cheques. Se me tenía que haber ocurrido antes. ¿Quieres ir a comprobarlo, por favor?

El cheque estaba en la caja y tenía impresa su dirección. Trina volvió y me la leyó. Le di mi libreta y mi pluma y le pedí que me la anotara.

—Pero ahora no puedes ir, Matt. Es demasiado tarde y no estás en condiciones.

—Es demasiado tarde y estoy demasiado borracho.

—Mañana por la mañana...

—No suelo emborracharme tanto, Trina. Pero estoy bien.

—Claro que sí, cariño. Salgamos afuera. ¿Ves como ya estás mejor? Así me gusta.

8

La mañana resultó dura. Me tragué unas aspirinas y bajé al Red Flame a tomar mucho café. Me ayudó un poco. Tenía las manos ligeramente temblorosas y el estómago amenazaba con revolverse en cualquier momento.

Lo que me apetecía era un trago, pero lo quería con las ansias suficientes como para saber que no debía tomármelo. Tenía cosas que hacer, sitios a los que ir, gente a la que ver. Así que me limité al café.

En la estafeta de la calle Sesenta compré un giro postal de mil dólares y otro de cuarenta y cinco y se los envié los dos a Anita. Luego di la vuelta a la esquina y caminé hasta San Pablo, en la Novena Avenida. Debí de quedarme ahí sentado quince o veinte minutos, sin pensar en nada en particular. Al salir, me paré ante la efigie de san Antonio y encendí un par de velas por algunos amigos ausentes. Una era por Portia Carr, otra por Estrellita Rivera, un par más por otras tantas personas. Después introduje cinco billetes de cincuenta dólares en la ranura del cepillo de los pobres y salí al aire frío de la mañana.

Tengo una extraña relación con las iglesias, una que yo mismo no alcanzo a entender del todo. Empezó no mucho después de haberme instalado en mi hotel de la calle Cincuenta y siete. Me dio por pasar tiempo en las iglesias y empecé a encender velas y, por último, me puse a pagar el diezmo. Esto último es lo más curioso de todo. Doy la décima parte de cualquier dinero que gano a la primera iglesia a la que me dé por entrar después de haber cobrado. No sé qué harán con el dinero. Probablemente se gasten la mitad en intentar convertir a los felices infieles y usen lo demás para comprarle cochazos al clero. Pero sigo dándoles mi dinero y sigo preguntándome por

qué.

Los católicos se llevan la mayor parte de mi dinero por sus horarios: sus iglesias suelen estar abiertas con mayor frecuencia. Por lo demás, soy todo lo ecuménico que se puede ser. La décima parte del primer pago de Broadfield había ido a parar a San Bartolomé, una iglesia episcopal del vecindario de Portia Carr, y ahora le había tocado una décima parte del segundo pago a San Pablo.

Dios sabrá por qué.

Doug Fuhrmann vivía en la Novena Avenida, entre las calles Cincuenta y tres y Cincuenta y cuatro. A la izquierda de una ferretería había un portal con un letrero encima que anunciaba que se alquilaban habitaciones amuebladas a la semana o al mes. En la entrada no había ni buzones, ni timbres individuales. Llamé a la puerta interior y esperé hasta que una mujer de pelo rojo brillante por la henna se acercó arrastrando los pies y la abrió. Llevaba una bata de cuadros y unas zapatillas de casa cochambrosas.

—Estamos al completo —dijo—. Pregunte tres puertas más allá, suelen tener alguna habitación libre.

Le dije que estaba buscando a Douglas Fuhrmann.

—Cuarto piso, exterior —dijo—. ¿Lo está esperando?

—Sí.

Aunque no era verdad.

—Es que suele dormir hasta tarde. Puede usted subir.

Subí tres tramos de escaleras, abriéndome camino entre los agrios olores de un edificio que, al igual que sus inquilinos, había arrojado la toalla. Me sorprendió que Fuhrmann viviese en un sitio así. La gente que vive en casas de huéspedes dilapidadas en la Cocina del Infierno no suele hacer imprimir sus señas en los cheques. No suelen tener talonario ni cuenta corriente.

Me detuve delante de su apartamento. Dentro sonaba una radio. De repente oí una andanada de rápido tecleo de una máquina de escribir y después solo la radio de nuevo. Llamé a la puerta. Oí cómo empujaban una silla hacia atrás y luego la voz de Fuhrmann preguntando quién era.

—Scudder.

—¿Matt? Un segundo. —Esperé hasta que se abrió la puerta y Fuhrmann me obsequió con una gran sonrisa—. Pasa, pasa —dijo—. Caramba, tienes una pinta espantosa. ¿Estás acatarrado o algo así?

—He pasado mala noche.

—¿Quieres un café? Puedo prepararte una taza de café instantáneo. A todo esto, ¿cómo has dado conmigo? ¿O es un secreto profesional? Supongo que los detectives sabéis cómo encontrar a la gente.

Correteó por la habitación, enchufó una tetera eléctrica y echó unas cucharadas de café instantáneo en un par de tazas de porcelana blanca. Lo hizo hablando sin parar, pero yo no le estaba prestando atención. Estaba distraído estudiando el lugar en el que vivía.

No me lo esperaba. Solo era una habitación, pero muy grande, de unos cinco o seis metros de ancho por casi ocho de largo, con dos ventanas que daban a la Novena Avenida. Lo que la hacía más notable era el contraste dramático entre su interior y el edificio que la albergaba. Toda la sordidez y decrepitud del lugar se detenían en el umbral de Fuhrmann.

En el suelo había una alfombra persa auténtica o, en todo caso, una imitación convincente. Las paredes estaban recubiertas desde el techo hasta el suelo de estanterías empotradas. Una mesa de tres metros y medio de largo estaba asimismo empotrada ante las ventanas. Incluso la pintura del cuarto resultaba llamativa: las paredes mismas —donde no las cubrían las estanterías— estaban pintadas de color marfil oscuro, con los rodapiés resaltados en pintura blanca esmaltada.

Me vio empaparme de todo y los ojos le hicieron chiribitas detrás de sus gruesas lentes.

—Todo el mundo reacciona así —dijo—. Subes por esas escaleras y te deprimes, ¿verdad? Y luego entras a mi pequeño refugio y es casi chocante. —Silbó la tetera y preparó los cafés—. No es que lo hubiese planeado así —siguió—. Alquilé este apartamento hará una docena de años porque era lo que podía permitirme y no había mucho más a mi alcance. Pagaba catorce dólares a la semana, y te diré una cosa: había semanas en que me las veía y me las deseaba para reunir los catorce pavos.

Removió los cafés y me tendió una taza.

—Luego empecé a ganarme más o menos la vida, pero, aun así, dudé

mucho si mudarme. Me gusta la zona, el espíritu de vecindario. Incluso me gusta el nombre del barrio. La Cocina del Infierno. Si quieres ser escritor, ¿qué mejor sitio para vivir que uno que se llama la Cocina del Infierno? Además, no quería cargar con un alquiler elevado. Me estaban encargando trabajos de negro, estaba haciéndome una cartera de editores de revistas que conocían mi trabajo, pero no es un trabajo regular, y no quería tener que hacer frente a un pago mensual demasiado elevado. Así que lo que hice fue empezar a arreglar el piso para hacerlo más habitable. Lo hice poco a poco. Lo primero que hice fue instalar un sistema completo de alarma antirrobo porque me obsesionaba la idea de que algún yonqui tirara abajo la puerta de una patada y me afanara la máquina de escribir. Luego puse las estanterías, porque estaba harto de tener todos los libros apilados en cajas. Luego, la mesa, y después, me deshice de la cama original, en la que debió de dormir George Washington, y compré esa cama de plataforma en la que caben hasta ocho personas, si me apuras, y poco a poco fue armándose todo el lugar. Me gusta bastante. Creo que no me voy a mudar nunca.

—Este sitio te pega, Doug.

Asintió con entusiasmo.

—Sí, eso mismo creo yo. Hará un par de años, empecé a ponerme nervioso porque se me ocurrió que podrían echarme. Llevaba un pastón invertido en el piso y ¿qué iba a hacer si me subían mucho el alquiler? Quiero decir, que seguía pagando por semanas, por el amor de Dios. El alquiler había subido, serían ya unos veinte dólares, pero imagínate que lo pusieran a cien pavos semanales. No hay manera de saber qué puede pasar, ¿sabes? Así que lo que hice fue decirles que les pagaría ciento veinticinco dólares al mes, y aparte de eso, que les daría quinientos dólares en efectivo en negro. A cambio, exigí un arrendamiento a treinta años.

—¿Y te lo concedieron?

—¿Has oído de alguien que tenga un arrendamiento a treinta años de un cuarto en la Novena Avenida? Pensaron que habían dado con un auténtico idiota. —Soltó una risita—. Además, nunca cobraban más de veinte pavos a la semana por un cuarto, y yo les ofrecía treinta, más dinero bajo la mesa. Redactaron un arrendamiento y lo firmé. ¿Sabes lo que cuesta ahora un estudio de este tamaño y en esta zona?

—¿Hoy en día? De doscientos cincuenta a trescientos dólares.

—Trescientos dólares fácil. Sigo pagando ciento veinticinco. En dos o tres años más, este piso costará quinientos al mes, puede que hasta mil si sigue subiendo la inflación. Y yo aún pagaré ciento veinticinco. Hay un tipo que anda comprando inmuebles por toda la Novena Avenida. Un día de estos van a empezar a derribar estos edificios como si fueran bolos. Pero tendrán que comprarme el arrendamiento o esperar hasta 1998 para tirar abajo el inmueble, porque hasta entonces no vence mi contrato. ¿No es magnífico?

—Te salió redonda la jugada, Doug.

—Es la única cosa inteligente que he hecho en mi vida, Matt. Y no intentaba ser listo. Es que me sentía muy a gusto aquí y odio las mudanzas.

Bebí un sorbo de café. No estaba mucho peor que el que había tomado para desayunar.

—¿Cómo os hicisteis tan amigos Broadfield y tú? —pregunté.

—Ya, me imaginaba que habrías venido por eso. ¿Se ha vuelto loco o qué? ¿A cuenta de qué va y la mata? No tiene ningún sentido.

—Lo sé.

—Siempre me dio la impresión de ser un tipo equilibrado. Los hombres de ese tamaño tienen que serlo, pueden hacer mucho daño si no. Un tipo como yo puede tener la mecha corta y no importa, porque necesitaría un cañón para poder hacer algún daño. Pero Broadfield... Supongo que perdió los estribos y la mató, ¿no?

Lo negué con la cabeza.

—Alguien la golpeó en la cabeza y luego la apuñaló. Eso no parece ningún pronto.

—Tal como lo dices, parece como si creyeras que no lo hizo él.

—Estoy seguro de que no fue él.

—Joder, espero que estés en lo cierto.

Me quedé mirándolo: la amplia frente y las gruesas lentes le daban la apariencia de un insecto extremadamente inteligente.

—¿Cómo llegaste a conocerlo, Doug? —dije.

—A raíz de un artículo que escribí. Tuve que hablar con varios policías para documentarme, y él fue uno de ellos. Nos caímos muy bien desde el primer momento.

—¿Cuánto hace de eso?

—Hará unos cuatro o cinco años. ¿Por qué?

—¿Así que sois amigos y nada más? ¿Por eso decidió recurrir a ti cuando se vio en un aprieto?

—Bueno, no creo que tenga demasiados amigos, Matt. Y no podía acudir a ninguno de sus amigos policías. Me dijo una vez que los polis no suelen tener muchos amigos fuera del cuerpo.

Lo cual era en gran parte cierto. Pero Broadfield tampoco parecía tener muchos amigos dentro del cuerpo de policía.

—Para empezar, ¿por qué fue a ver a Prejanian, Doug?

—Joder, yo qué sé. Pregúntaselo a Broadfield.

—Pero tú conoces la respuesta, ¿no es cierto?

—Matt...

—Quiere escribir un libro. Es eso, ¿verdad? Quiere causar un escándalo lo suficientemente importante para hacerse famoso y quiere que tú le escribas el libro. Entonces podrá ir a todos los programas de entrevistas de televisión y lucir esa sonrisita suya tan mona y dirigirse a muchos peces gordos por su nombre de pila. Ahí es donde intervienes tú. Es la única forma de que encajes y es la única razón que podría haberlo empujado a ir al despacho de Abner Prejanian.

Evitó mirarme.

—Quería que fuese un secreto, Matt.

—Claro que sí. Y después, casualmente, escribiría un libro. Atendiendo a la demanda popular.

—Podría ser un bombazo. No solo su papel en la investigación, sino su vida entera. Me ha contado algunas de las cosas más fascinantes que he oído nunca. Ojalá me hubiese dejado grabarlo, pero hasta ahora todo ha quedado entre nosotros. Cuando me enteré de que la había matado, lo primero que pensé fue que se había ido al garete la oportunidad de mi vida. Pero si de verdad es inocente...

—¿De dónde sacó la idea de escribir un libro?

Vaciló un poco y luego se encogió de hombros.

—Será mejor que lo sepas todo. La idea es lógica, los libros de polis tienen mucho éxito en estos momentos, pero puede que a él solo no se le

hubiese ocurrido.

—Portia Carr.

—Así es, Matt.

—¿Ella se lo sugirió? No, eso no tiene ningún sentido.

—Hablaba de escribir un libro ella misma.

Dejé mi taza en la mesa y me acerqué a la ventana.

—¿Qué clase de libro?

—No tengo ni idea. Algo así como *La alegre Madame*, supongo.^[5] ¿Qué más da?

—Hardesty.

—¿Cómo?

—Me juego lo que quieras a que por eso fue a ver a Hardesty.

Se quedó mirándome.

—Knox Hardesty —le dije—, el fiscal del distrito. Broadfield acudió a él antes de ir a hablar con Prejanian, y cuando le pregunté por qué, no me dijo nada que tuviera sentido. Porque lo lógico era ir a ver a Prejanian: su especialidad es la corrupción policial, que no le interesaría gran cosa a un fiscal federal.

—¿Y qué?

—Que Broadfield lo habría sabido. Solo pudo escoger a Hardesty porque pensó que tenía el acceso asegurado. La idea de escribir un libro le vino de Portia Carr. A lo mejor la idea de ir a Hardesty salió del mismo sitio.

—¿Y qué tiene que ver Portia Carr con Knox Hardesty?

Le dije que esa era una buena pregunta.

9

La oficina de Hardesty estaba en el 26 de Federal Plaza, como el resto de las delegaciones neoyorquinas del Departamento de Justicia. Estaba a solo un par de manzanas de la de Abner Prejanian; me pregunté si Broadfield se habría presentado a los dos el mismo día.

Llamé primero para asegurarme de que Hardesty no estuviese en el tribunal o fuera de la ciudad. No se daba ninguno de los dos casos, pero me ahorré el paseo al centro: su secretaria me informó de que no había ido a trabajar porque tenía gripe intestinal. Le pedí el teléfono y la dirección de su domicilio, pero tenía instrucciones de no facilitarlos.

La compañía telefónica no tenía restricciones parecidas. Aparecía en el listín: «Hardesty, Knox, 114 East End Avenue», y un número de teléfono de la central de Regent 4. Llamé al número y me pasaron con Hardesty. A juzgar por su voz, «gripe intestinal» había sido una forma cortés de llamar a la resaca. Le dije mi nombre, y que deseaba verlo. Me contestó que no se encontraba bien y empezó a darme largas. El único as que tenía en la manga era el nombre de Portia Carr, así que lo saqué a relucir.

No sé bien qué reacción esperaba, pero desde luego no la que obtuve.

—Pobre Portia. Qué tragedia, ¿verdad? ¿Era usted amigo suyo, Scudder? Estaría muy interesado en verlo. Supongo que no estará usted libre ahora. ¿Sí? Estupendo. ¿Tiene mi dirección?

Acabé por explicármelo en el taxi de camino a su casa. De algún modo, me las había arreglado para dar por sentado que Hardesty era uno de los clientes de Portia y me lo había imaginado dando saltitos en tutú mientras ella hacía restallar un látigo. Los cargos públicos con ambiciones políticas no suelen recibir bien las preguntas de absolutos desconocidos sobre sus

prácticas sexuales poco ortodoxas. Me había esperado que negara conocer a Portia Carr, o como mínimo, que me diera largas, y en vez de eso, me había acogido con entusiasmo.

Así que evidentemente me había equivocado. La lista de clientes destacados de Portia no incluía a Knox Hardesty. Su relación era profesional, no cabía duda, pero estaba basada en la profesión de él y no a la inversa.

Y de ese modo sí que tenía mucho sentido todo. Encajaba con las aspiraciones literarias de Portia y enlazaba directamente con las ambiciones de Broadfield en el mismo ámbito.

El inmueble de Hardesty era un edificio de piedra de catorce pisos, de antes de la guerra. El vestíbulo era *art déco*, con techos altos y mucho mármol negro. El portero tenía el pelo castaño rojizo y mostachos de granadero. Comprobó que me esperaban y me encomendó al ascensorista, un negro tan diminuto que apenas conseguía llegar al último botón. Y necesitaba darle, porque Hardesty vivía en el ático.

Y el ático era impresionante. Techos altos, suntuosas alfombras de pelo largo, chimeneas, antigüedades orientales. Una doncella jamaicana me condujo el estudio, donde Hardesty me aguardaba. Se puso en pie, salió de detrás de su mesa y vino a mi encuentro con la mano extendida. Nos estrechamos las manos y me indicó una butaca.

—¿Quiere tomar algo? ¿Un café? Yo no tengo más remedio que beber leche por esta maldita úlcera. He tenido un poco de gripe intestinal y siempre me irrita la úlcera. Pero ¿qué le apetece tomar, Scudder?

—Café, si no es molestia. Solo.

Hardesty le repitió el pedido a la doncella como si no esperara que ella hubiese prestado atención a nuestro intercambio. Volvió casi de inmediato con una bandeja espejada con una cafetera de plata, una taza de café de porcelana traslúcida con su platito, un azucarero y una jarrita de leche de plata a juego, y una cucharilla. Me serví café en la taza y lo probé.

—Así que conocía a Portia —dijo Hardesty.

Bebió un poco de leche y dejó el vaso en la mesa. Era alto y enjuto, con las sienes empezando a encanecer magníficamente, y aún era apreciable su bronceado veraniego. Ya me había imaginado lo llamativa que debía de ser la pareja formada por Broadfield y Portia. Ella también habría resultado

espléndida del brazo de Knox Hardesty.

—No demasiado bien —le dije—, pero la conocía, sí.

—Sí. Hum. Me parece que no le he preguntado a qué se dedica usted, Scudder.

—Soy detective privado.

—¡Oh, qué interesante! Muy interesante. A propósito, ¿le gusta el café?

—Es el mejor que he probado en mi vida.

Se permitió una sonrisa.

—La fanática del café es mi mujer. Yo nunca he sido demasiado aficionado, y con mi úlcera tiendo a limitarme a la leche. Si le interesa, puedo enterarme de qué marca es.

—Vivo en un hotel, señor Hardesty. Cuando quiero un café voy al bar de la esquina. Pero gracias de todos modos.

—Bueno, siempre puede pasarse por aquí a tomar una taza de café decente, ¿no le parece?

Me obsequió con una amplia y cálida sonrisa. Knox Hardesty no vivía de su sueldo de fiscal federal del distrito sur de Nueva York. Eso no le daría ni para pagar el alquiler. Pero eso no significaba que iba por ahí poniendo la mano. Su abuelo había sido el dueño de Hardesty Iron and Steel hasta que la adquirió U. S. Steel, y su abuelo Knox era de un antiguo linaje de navieros de Nueva Inglaterra. Knox Hardesty podía gastar dinero a manos llenas sin tener que preocuparse nunca de dónde saldría su siguiente vaso de leche.

—Detective privado, y conocía a Portia —dijo—. Podría resultarme muy útil, señor Scudder.

—Tenía la esperanza de que la situación resultase más bien al revés.

—¿Perdón?

Se puso tieso y le cambió la cara, como si acabase de oler algo extremadamente desagradable. Supongo que mi frase le había sonado a preámbulo de un chantaje.

—Ya tengo un cliente —expliqué—. He acudido a usted para averiguar algo, no para dar información. Ni tampoco para venderla, si es por eso. Y no soy un chantajista, señor. No quisiera darle esa impresión.

—¿Tiene un cliente?

Asentí. Me alegraba de haberle causado esa impresión, aunque había sido

de forma involuntaria. Su reacción había resultado bastante inequívoca: si yo era un chantajista, no quería saber nada de mí. Y eso significa, en general, que la persona en cuestión no tiene razón alguna de temer un chantaje. Fuera cual fuese su relación con Portia, no era de naturaleza tal que pudiese plantearle el menor problema.

—Represento a Jerome Broadfield.

—El hombre que la mató.

—Eso cree la policía, señor Hardesty. Pero, claro, es lo que cabría esperar de ellos, ¿no le parece?

—Bien argumentado. Había creído entender que lo detuvieron prácticamente con las manos en la masa. ¿No fue así?

Negué con la cabeza.

—Qué interesante. Y le interesaría averiguar...

—Me gustaría averiguar quién mató a la señorita Carr y le endosó el crimen a mi cliente.

Asintió.

—Pero no veo en qué puedo ayudarle con ese fin, señor Scudder.

Había sido ascendido de Scudder a señor Scudder.

—¿De qué conocía a Portia Carr? —le pregunté.

—En mi trabajo, uno tiene que conocer a una gran diversidad de personas. Los contactos más provechosos no suelen ser necesariamente las personas a las que uno querría tratar. Estoy seguro de que su experiencia ha debido de ser la misma, ¿me equivoco? Un trabajo de investigación es muy parecido a otro, supongo.

Sonrió amablemente; se suponía que debía de sentirme halagado de que considerase su trabajo similar al mío.

—Oí hablar de la señorita Carr antes de conocerla —prosiguió—. Las prostitutas de categoría pueden resultarles muy útiles a nuestro departamento. Fui informado de que la señorita Carr era bastante cara y que sus clientes estaban interesados fundamentalmente en, digamos, prácticas sexuales poco ortodoxas.

—Tengo entendido que estaba especializada en masoquistas.

—En efecto. —Hizo una mueca; habría preferido que yo fuese menos preciso—. Era inglesa, ya lo sabe. Ese es el vicio llamado inglés, y para un

masoquista norteamericano, un ama inglesa resultaba especialmente deseable. O eso me explicó la señorita Carr. ¿Sabía usted que las prostitutas de aquí a menudo fingen tener acento inglés o alemán para atraer más a sus clientes masoquistas? La señorita Carr me aseguró que es una práctica corriente. En particular, acento alemán para los clientes judíos, lo cual me parece fascinante.

Me serví más café.

—El hecho de que el acento de la señorita Carr fuese del todo auténtico aumentó mi interés por ella. Era vulnerable, ¿comprende?

—Porque podía ser deportada.

Asintió.

—Tenemos relaciones de trabajo bastante buenas con los colegas de Inmigración y Ciudadanía. No es que resulte necesario llevar a menudo a la práctica las amenazas. La tradicional discreción de la prostituta y su lealtad para con sus clientes es un mito romántico, igual que el de su corazón de oro. La mera amenaza de la deportación basta para suscitar ofertas inmediatas de plena cooperación.

—¿Y fue ese el caso de Portia Carr?

—Del todo. De hecho, se mostró bastante entusiasta. Creo que disfrutaba en el papel de Mata Hari, recopilando información en la cama y pasándomela después. No es que consiguiera suministrarme demasiada, pero estaba convirtiéndose en una fuente prometedora para mis investigaciones.

—¿Alguna investigación en concreto?

Tuvo una ligerísima vacilación.

—Ninguna en particular —dijo—. Sencillamente advertí que nos sería útil.

Bebí más café. Aunque solo fuese eso, Hardesty me estaba permitiendo descubrir exactamente cuánto sabía mi propio cliente. Dado que Broadfield había decidido mostrarse reservado conmigo, tenía que conseguir esa información de forma indirecta. Pero Hardesty no sabía que Broadfield no había sido del todo sincero conmigo, por lo que no podía negar nada que yo pudiera haber sabido presumiblemente por mi cliente.

—Así que cooperó con entusiasmo —dije.

—Oh, muchísimo. —Sonrió al recordarlo—. Era bastante encantadora,

¿sabe? Y tenía intención de escribir un libro sobre su vida como prostituta y su trabajo para mí. Creo que aquella puta holandesa resultó una inspiración para ella.^[6] Por supuesto, la holandesa no puede volver a pisar el país por el papel que desempeñó, pero creo que Portia Carr en realidad nunca habría llegado a escribir su libro, ¿no le parece?

—No lo sé. Ya no lo hará en todo caso.

—No, claro que no.

—Jerry Broadfield sí que podría, por otra parte. ¿Se mostró terriblemente decepcionado cuando le dijo que no le interesaba la corrupción policial?

—No estoy seguro de haberlo expresado exactamente así. —Frunció el ceño de repente—. ¿Por eso vino a verme? Cielo santo, ¿quería escribir un libro? —Meneó la cabeza, incrédulo—. Nunca conseguiré entender a la gente —dijo—. Sabía que toda esa rectitud suya era pura pose, y fue eso, más que la clase de información que podía ofrecerme, lo que me hizo decidir no tener ninguna relación con él. Sencillamente, no podía fiarme de él y pensé que le haría un flaco servicio a mis investigaciones. Así que se marchó a ver a ese fulano de fiscal especial.

«Ese fulano de fiscal especial». No resultaba difícil saber la opinión que Abner L. Prejanian le merecía a Knox Hardesty.

—¿Le molestó que acudiera a Prejanian?

—¿Y por qué había de molestarme?

Me encogí de hombros.

—Prejanian ha empezado a conseguir muchos titulares. Los periódicos le siguen el juego.

—Bien por él, si lo que busca es publicidad. Aunque ahora parece haberle salido el tiro por la culata, ¿no le parece?

—Y eso tiene que gustarle —dije.

—Confirma mi opinión, pero, al margen de eso, ¿por qué habría de gustarme?

—Bueno, Prejanian y usted son rivales, ¿no es así?

—Oh, yo no lo definiría así.

—¿No? Pensé que lo eran. Supuse que por eso usted había hecho que la chica acusara a Broadfield de extorsión.

—¡Cómo!

—¿Qué otro motivo tendría para hacerlo? —Adopté un tono intencionadamente casual, no acusatorio, sino dando por sentado que era algo que los dos sabíamos y admitíamos—. En cuanto ella lo denunció, lo dejó fuera de combate, y Prejanian ni siquiera llegó a oír mencionar su nombre. Y Prejanian quedó como un ingenuo, por haber usado a Broadfield en primer lugar.

Su abuelo o bisabuelo tal vez habrían perdido los estribos, pero Hardesty tenía las suficientes generaciones de buenos modales a sus espaldas para conseguir conservar casi toda su calma. Se envaró en la silla, pero eso fue todo.

—Lo han informado mal —me dijo.

—La acusación no fue idea de Portia.

—Tampoco lo fue mía.

—Entonces ¿por qué le llamó anteayer a eso de mediodía? Le pidió consejo y usted le dijo que siguiera actuando como si la acusación fuese cierta. ¿Por qué le llamó? ¿Y por qué le dijo usted eso?

Esta vez no mostró ninguna indignación. Perdió un poco el tiempo: cogió el vaso de leche y lo volvió a poner en la mesa sin probarlo, manoseó un pisapapeles y un abrecartas. Luego me miró y me preguntó cómo sabía que le había llamado.

—Estaba ahí.

—¿Que estaba ahí? —Abrió mucho los ojos—. Usted era el hombre que quería hablar con ella. Pero pensé que... Entonces estaba trabajando para Broadfield antes del asesinato.

—Sí.

—¡Cielo santo! Pensé que... Bueno, es evidente que pensé que lo había contratado después de que lo arrestaran por homicidio. Hum. Así que usted es el hombre que la puso tan nerviosa. Pero hablé con ella antes de que la viera. Ni siquiera sabía su nombre cuando hablamos. ¿Cómo ha sabido...? Ella no se lo contó, es lo último que habría hecho... Oh, cielo santo. Era un farol, ¿verdad?

—Puede llamarlo conjetura.

—Casi prefiero llamarlo farol. No estoy seguro de querer jugar al póquer con usted, señor Scudder. Sí, ella me llamó. Más vale que lo admita, puesto

que es bastante obvio. Y le dije que insistiera en que la acusación era cierta, aunque sabía que no lo era. Pero yo no la hice denunciar a Broadfield.

—¿Y quién fue entonces?

—Unos policías. No conozco sus nombres, y no creo que la señorita Carr los supiera. Al menos, eso me aseguró, y es probable que se hubiese mostrado franca conmigo en ese aspecto. Verá, ella no quería presentar esa denuncia. Si hubiese existido la menor posibilidad de sacarla yo de ese atolladero, ella habría hecho todo lo posible para que lo hiciera. —Sonrió—. Puede usted pensar que yo tenía motivos para desacreditar la investigación del señor Prejanian. Aunque no me entristece el espectáculo de ese hombre con la cara cubierta de huevo, nunca me habría tomado la molestia de hacerlo. Algunos policías, sin embargo, tenían un motivo mucho más poderoso para sabotear esa investigación.

—¿Qué tenían contra la Carr?

—No lo sé. Las prostitutas siempre resultan vulnerables, por supuesto, pero...

—¿Sí?

—Oh, esto es pura intuición por mi parte. Tuve la impresión de que la amenazaban con algo que no era la ley, sino algún castigo extrajudicial. Creo que temía por su integridad física.

Asentí. Coincidió con la sensación que tuve durante mi propio encuentro con Portia Carr. No había actuado como alguien que temiese ser deportada o arrestada, sino como alguien con miedo a ser apaleada o asesinada. Alguien que se preocupaba porque era octubre y esperaba la llegada del invierno.

10

Elaine vivía justo a tres manzanas de donde había vivido Portia Carr. Su casa estaba en la calle Cincuenta y uno, entre la Primera y la Segunda avenidas. El portero se aseguró por el interfono de que me esperaban, y me hizo pasar. Para cuando el ascensor me dejó en la novena planta, Elaine estaba esperándome con la puerta abierta.

Llegué a la conclusión de que era mucho más atractiva que la secretaria de Prejanian. Supongo que andaba ya cerca de los treinta; siempre había aparentado menos años de los que tenía, y su rostro de marcados huesos fuertes envejecería bien. Su dulzura contrastaba de forma dramática con la sensación de desnudez moderna de su apartamento. El lugar estaba enmoquetado de blanco y los muebles eran todos angulosos y planos geométricos de colores primarios. En general no me gustan las habitaciones así, pero por algún motivo su casa sí que me iba. En cierta ocasión me contó que la había decorado ella misma.

Nos besamos como los viejos amigos que éramos. Luego se colgó de mis codos y se echó hacia atrás.

—La agente secreta Mardell presenta su informe —dijo—. A mí hay que tomarme muy en serio, tío. Esta cámara que llevo solo parece una cámara: en realidad es un alfiler de corbata.

—Me parece un tanto rebuscado.

—Bueno, eso espero, desde luego. —Me dio la espalda y se apartó contoneándose—. En realidad, no he averiguado gran cosa. A ti lo que te interesa es saber qué gente destacada había entre sus clientes, ¿no es eso?

—Sobre todo si destacaban en el terreno político.

—A eso me refería. Todo el mundo al que le pregunté sacó a relucir los

mismos tres o cuatro nombres: actores, un par de músicos. De verdad, algunas putas son exactamente iguales que las *groupies*. Les gusta presumir de los famosos que se han tirado.

—Eres la segunda persona que me dice hoy que las putas no mantienen nada en secreto.

—¡Ja! La puta media no es precisamente una persona equilibrada y discreta, Matt. Aunque yo, por supuesto, soy la ganadora del concurso de Miss Salud Mental.

—No me cabe duda.

—Si no mencionó qué políticos tenía en cartera, probablemente fuese porque no se sentía muy orgullosa de ellos. Si se hubiese estado follando al gobernador o a algún senador, se habrían oído rumores, pero si solo era un político local, ¿a quién le importa? ¿Qué más da?

—A esos políticos probablemente les entristecería saber que no son tan importantes.

—Se cagarían de patas abajo, ¿verdad? —Encendió un cigarrillo—. Lo que tú necesitas es su agenda de clientes. Aun cuando se le hubiese ocurrido escribirla en clave, tendrías los números de teléfono y podrías remontar hasta ellos a partir de ahí.

—¿La tuya está en clave?

—Los nombres y los teléfonos, cariño. —Sonrió triunfante—. Quien me robe la agenda no robará más que hojarasca, como la bolsa de Otelo.^[7] Pero eso es porque soy una chica más que lista. ¿Tienes forma de hacerte con la agenda de Portia?

Negué con la cabeza.

—Estoy seguro de que la poli ha registrado su casa. Si tenía una agenda, la habrán encontrado... y se habrán deshecho de ella. No quieren ningún cabo suelto que pueda brindarle alguna escapatoria al abogado de Broadfield. Quieren verlo descuartizado, y la única razón que habrían podido tener para dejar la agenda de Portia a la vista sería que el único nombre que apareciese en ella fuese el de Broadfield.

—¿Quién crees que la mató, Matt? ¿Unos polis?

—Eso anda sugiriendo la gente. Quizá llevo demasiado tiempo fuera del cuerpo. Me resulta difícil creer que unos policías puedan llegar a asesinar a

una puta inocente solo para incriminar a alguien.

Abrió la boca como para hablar, pero la cerró.

—¿Pasa algo?

—Bueno, tal vez sí llevas demasiado tiempo fuera del cuerpo. —Pareció a punto de decir algo más, pero sacudió la cabeza—. Creo que voy a prepararme una taza de té. Soy una pésima anfitriona: ¿quieres beber algo? No me queda bourbon, pero hay whisky escocés.

Ya era hora.

—Uno pequeño, sin hielo ni agua.

—Marchando.

Mientras ella estaba en la cocina, me dediqué a pensar en las relaciones que existen entre los polis y las putas, y en la relación que teníamos Elaine y yo. La conocí un par de años antes de abandonar el Departamento de Policía. Nuestro primer encuentro fue social, aunque no recuerdo las circunstancias precisas. Creo que nos presentó un conocido mutuo en un restaurante, pero puede que nos conociésemos en una fiesta. No me acuerdo.

A una puta le resulta muy útil mantener relaciones particularmente buenas con algún policía. Este puede arreglar las cosas cuando algún colega del cuerpo le está haciendo difícil la vida. Puede ofrecerle un tipo de consejos legales basados en la realidad que, a menudo, resultan más útiles que los que podría darle un abogado. Y ella, por supuesto, le devuelve todos estos favores de la misma forma que las mujeres han correspondido siempre a los favores de los hombres.

Así que me pasé un par de años en la lista gratuita de Elaine Mardell, y era a mí a quien llamaba cuando las cosas se le ponían feas. Ninguno de los dos abusó del privilegio. Yo la veía de vez en cuando si estaba en el vecindario, y ella recurrió a mí tal vez media docena de veces en total.

Luego, abandoné el cuerpo, y me pasé varios meses sin el menor interés en tener relaciones con nadie, y aún menos relaciones sexuales. Hasta que un día volví a sentir deseos, y llamé a Elaine y fui a verla. Nunca mencionó el hecho de que ya no era policía y de que, por consiguiente, nuestra relación debía cambiar. Si lo hubiese hecho, probablemente nunca habría querido volver a verla. Pero al salir, dejé algún dinero en la mesa, y ella me dijo que esperaba volver a verme pronto, y cada cierto tiempo, lo hace.

Supongo que nuestra relación original constituía una forma de corrupción policial. Yo no había sido el chulo de Elaine, como tampoco había tenido por misión arrestarla. Pero había estado viéndola en mis horas de servicio y había sido mi cargo oficial el que me había granjeado el derecho a meterme en su cama. Corrupción, supongo.

Me trajo la bebida, un vaso de zumo con unos tres dedos de whisky, y se sentó en el sofá con una taza de té con leche. Recogió las piernas bajo su pequeño y prieto trasero, y removi6 su té con una cucharita.

—Hace un tiempo espléndido —dijo.

—Ajá.

—Me gustaría vivir más cerca del parque. Doy largos paseos todas las mañanas. En días como estos, me gustaría pasear por el parque.

—¿Sales a pasear todas las mañanas?

—Claro que sí. Es saludable. ¿Por qué?

—Pensaba que dormías hasta mediodía.

—Oh, no. Soy madrugadora. Y a partir de mediodía ya tengo visitas, además. Y puedo acostarme temprano, porque es infrecuente que reciba a nadie a partir de las diez de la noche.

—Qué curioso. Se piensa que esto es un negocio de noctámbulos.

—Pero no lo es. Los tíos, ya lo sabes, tienen que volver a casa con la familia. Yo diría que a lo mejor el noventa por ciento de las visitas que recibo son entre mediodía y las seis y media.

—Tiene su lógica.

—Tengo una visita dentro de un rato, Matt, pero si te apetece, aún tenemos tiempo.

—Mejor lo dejamos para otra vez.

—Vale, no hay problema.

Tomé un trago de mi copa.

—Volviendo a Portia Carr —dije—, ¿no has encontrado a nadie que pudiera tener algún tipo de vínculo con la Administración pública?

—Bueno, puede que sí. —Debí de cambiar de expresión, porque añadió apresuradamente—: No, por Dios, no estoy haciéndome de rogar. He descubierto un nombre, pero no sé si lo he entendido bien, ni tampoco sé quién es.

—¿Qué nombre es ese?

—Algo así como Mantz o Manch o Manns. No lo sé exactamente. Sé que es alguien relacionado con el alcalde, pero no sé cómo. Por lo menos, esa es la historia que me contaron. No me preguntes cuál es su nombre de pila, porque no lo sabe nadie. ¿Te dice algo? ¿Manns o Mantz o Manch o algo parecido?

—No me suena nada. ¿Y tiene que ver con el alcalde?

—Bueno, eso es lo que he oído. Sé lo que le gusta hacer, si te sirve de ayuda. Es un esclavo de lavabo.

—¿Y qué carajo es un esclavo de lavabo?

—Ojalá lo supieses, porque no me gusta particularmente hablar de ello. —Dejó la taza de té en la mesa—. Un esclavo de lavabo es, bueno, los hay con distintos caprichos, pero un ejemplo sería un tipo al que le gusta que le ordenes beber meados o comer mierda, o limpiarte el ojete a lametones, o limpiar el retrete, u otras cosas. Lo que le mandes hacer puede ser verdaderamente asqueroso o más o menos simbólico, como hacerle pasar la fregona por el cuarto de baño.

—¿Pero por qué iba a querer nadie...? Déjalo, no hace falta que me lo cuentes.

—El mundo está cada vez más loco, Matt.

—Ya veo.

—Parece que ya nadie folla. Puedes ganar un pastón haciendo juegucitos masoquistas. Te pagan una fortuna si satisfaces sus fantasías. Pero a mí me parece que no compensa. Prefiero no tener que ver con todas esas rarezas.

—Eres una chica chapada a la antigua, Elaine.

—Así soy yo, sí. Crinolinas y saquitos perfumados de lavanda y todas esas cosas bonitas. ¿Otra copa?

—Solo una gota.

—Manns o Manch o algo parecido —repetí, cuando me la trajo—. Veré si eso me lleva a algún sitio. Creo que es un callejón sin salida de todos modos. Cada vez me atraen más los polis.

—¿Por lo que te he dicho?

—Por eso y por algo que me ha contado otra gente. ¿Tenía Portia a alguien en el cuerpo que más o menos velara por ella?

—¿Quieres decir, como tú solías hacer conmigo? Claro que sí, ¿pero adónde te va a llevar eso? Era tu amigo.

—¿Broadfield?

—Claro. Eso de la extorsión era un puro montaje, pero supongo que ya lo sabías.

Asentí.

—¿No tenía a nadie más? —pregunté.

—Podiera ser, pero nunca lo oí mencionar. Y no tenía chulo, ni novios, salvo que cuentes a Broadfield como novio.

—¿Había más polis en su vida? ¿Que le dieran mala vida, cosas de esas?

—Que yo sepa, no.

Bebí un sorbo de whisky.

—Esto no tiene mucho que ver con lo que hablamos, Elaine, pero ¿tienes problemas con la poli?

—¿Quieres decir que si los tengo o si los he tenido? Me ocurrió hace tiempo. Pero luego escarmientas un poco. Te buscas a uno fijo, y los demás te dejan en paz.

—Claro.

—Y si alguna otra persona intenta complicarme la vida, dejo caer algunos nombres o hago una llamada, y las aguas vuelven a su cauce. ¿Sabes qué es lo peor de todo? No son los polis, sino los tipos que afirman serlo.

—¿Los que se hacen pasar por agentes? Es un delito serio, ¿sabes?

—Mierda, Matt, ¿cómo voy a poder denunciarlos? Mira, a mí ha habido tíos que me han enseñado la placa, todo el numerito. Cuando eres una novata que acaba de llegar a la ciudad, en cuanto ves una chapa plateada te acurrucas en un rincón y te cagas de miedo. Pero yo me lo tomo con mucha calma. Le echo un buen vistazo a la placa y a veces resulta que es de juguete de las que les dan a los niños con una pistola de pistones. No te rías, que lo digo en serio. A mí me ha pasado.

—¿Y qué querían de ti? ¿Dinero?

—Oh, cuando les paras los pies, te dicen que era una broma. Pero no lo es. Algunos quieren pasta, pero la mayoría lo único que desean es echar un polvo gratis.

—Y te enseñan una placa de juguete.

—He visto placas de las que jurarías que venían en un paquete de cereales.

—Los hombres somos animales raros.

—Oh, los hombres y las mujeres, cariño. Te diré una cosa: todo el mundo es raro, en el fondo todos perdemos el control. Unas veces es algo sexual, y otras es algún otro tipo de rareza, pero de una forma u otra, todos estamos locos. Tú, yo, todo el mundo.

No resultó demasiado difícil descubrir que Leon J. Manch había sido nombrado segundo teniente de alcalde hacía año y medio. Lo único que me hizo falta fue estar un rato en la biblioteca de la calle Cuarenta y dos. En el volumen del índice del *Times* que consulté aparecían diversos Manns y Mantz, pero ninguno parecía tener nada que ver con la actual Administración. Manch solo aparecía mencionado una vez en los índices del *Times* de los últimos cinco años. Era a propósito de su nombramiento y me tomé la molestia de leerme el artículo en la sala de microfilmes. Era un texto corto, y Manch era una de la media docena de personas de las que hablaba; prácticamente lo único que hacía era anunciar su nombramiento e indicar que era miembro del Colegio de Abogados. No descubrí nada en absoluto acerca de su edad, lugar de residencia, estado civil, ni ninguna otra cosa. Tampoco se mencionaba que fuese un esclavo de lavabo, pero eso ya lo sabía.

No conseguí dar con él en el listín telefónico de Manhattan. Igual vivía en otro distrito, o directamente fuera de la ciudad. Tal vez tuviese un teléfono no registrado o a nombre de su mujer. Llamé al Ayuntamiento y me dijeron que ya se había marchado. Ni siquiera intenté pedir su teléfono particular.

La llamé desde un bar llamado O'Brien's en la esquina de Madison Avenue con la calle Cincuenta y uno. El barman se llamaba Nick y yo lo conocía de cuando había estado trabajando en el Armstrong's hacía cosa de un año. Nos dijimos mutuamente que el mundo era un pañuelo, nos invitamos a unas cuantas rondas y luego me dirigí a la cabina telefónica al fondo de la sala y marqué su número. Tuve que mirarlo en mi libreta.

—Soy Matthew. ¿Puedes hablar? —le pregunté, cuando descolgó el teléfono.

—Hola. Sí, puedo hablar. Estoy sola en casa. Mi hermana y mi cuñado han venido esta mañana de Bayport y se han llevado a los niños. Se van a quedar con ellos un..., oh, un tiempo, en cualquier caso. Les pareció que sería mejor para los niños y más fácil para mí. La verdad es que no me apetecía que se fueran los niños, pero no tenía fuerzas para discutir, y a lo mejor tienen razón, tal vez sea mejor así.

—Pareces un poco nerviosa.

—Nerviosa, no. Solo muy cansada, agotada. ¿Tú estás bien?

—Sí, estoy bien.

—Me gustaría que estuvieses aquí.

—A mí también.

—Ay, Dios. Ojalá supiese cómo me siento ante todo esto. Me asusta. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí.

—Su abogado ha llamado antes. ¿Has hablado con él?

—No. ¿Ha intentado ponerse en contacto conmigo?

—No parecía muy interesado en ti, de hecho. Estaba muy seguro de ganar el caso en el tribunal, y cuando le dije que estabas intentando descubrir quién había matado en realidad a esa mujer, pareció..., ¿cómo te lo diría? Me dio la impresión de que creía que Jerry era culpable. Tiene la intención de lograr que lo absuelvan, pero ni por un minuto ha pensado que sea inocente de veras.

—Muchos abogados son así, Diana.

—Como un cirujano que decide que su trabajo es extirpar un apéndice. Está el apéndice mal o no.

—No estoy seguro de que sea exactamente lo mismo, pero entiendo lo que quieres decir. Me pregunto si tiene algún sentido que me ponga en contacto con ese abogado.

—No lo sé. Lo que iba a decir... Oh, es una tontería, y me resulta difícil de decir. ¿Matthew? Me llevé un chasco cuando cogí el teléfono y resultó ser el abogado. Porque tenía la esperanza de... de que fueras tú. —Hizo una pausa—. ¿Matthew?

—Aquí sigo.

—¿No debería haber dicho eso?

—No seas boba. —Contuve la respiración; la cabina se había puesto insoportablemente caliente y entorné un poco la puerta—. Quería haberte llamado antes. No debería estar llamándote ahora, en realidad. No puedo decir que haya progresado mucho.

—Me alegro de que hayas llamado, en cualquier caso. ¿Estás consiguiendo algún avance?

—A lo mejor. ¿Te comentó tu marido alguna vez algo acerca de escribir un libro?

—¿Escribir un libro, yo? No sabría por dónde empezar. Solía escribir poemas. No muy buenos, me temo.

—Me refería a si alguna vez comentó algo sobre la posibilidad de escribir él un libro.

—¿Jerry? Si no lee libros, mucho menos los va a escribir. ¿Por qué?

—Te lo contaré cuando nos veamos. Estoy enterándome de cosas. La cuestión es ver si encajan o no y forman un conjunto coherente. Él no la mató. Eso lo sé.

—Estás más seguro que ayer.

—Sí. —Hice una pausa—. He estado pensando en ti.

—Qué bien. Me parece bien. ¿Qué tipo de pensamientos?

—Curiosos.

—¿Curiosos buenos o curiosos malos?

—Oh, creo que buenos.

—Yo también he estado pensando.

11

Acabé pasando la noche en el Village. Me sentía extrañamente inquieto, como presa de una energía difusa que me aturdí y me mantenía en constante movimiento. Era noche de viernes, y los mejores bares del centro estaban tan atestados y ruidosos como suelen estarlo siempre los viernes. Estuve en el Kettle y en el Minnetta's y en el Whitey's y en el McBell's y en el San Giorgio y en el Lion's Head y en el Riviera, y en otros más cuyos nombres no recuerdo. Pero como no conseguía asentarme en ningún sitio, acabé tomándome solo una copa en cada bar y caminando de un sitio a otro entre copa y copa contrarresté la mayor parte del efecto del alcohol. Seguí moviéndome a la deriva, hacia el oeste, apartándome de la zona turística y acercándome donde el Village se encuentra con el río Hudson.

Debía de ser cerca de medianoche cuando entré en el Sinthia's. Estaba bastante arriba al oeste, en Christopher Street, la última parada de los gays que han salido a ligar, antes de acudir al encuentro de los estibadores y camioneros en la sombra de los muelles. Los bares gays no me resultan amenazadores, pero tampoco son sitios a los que suela ir mucho. A veces me dejaba caer por el Sinthia's cuando estaba por el barrio porque conozco bastante bien al propietario. Hace quince años, tuve que arrestarlo por corrupción de menores. El menor en cuestión resultó tener diecisiete años y estar ya más que curtido, y solo llevé a cabo el arresto porque no tenía elección. El padre del chico había presentado una denuncia formal. El abogado de Kenny tuvo una charla discreta con el padre del chico, le dio una idea de lo que saldría a la luz si llegaban a ir a juicio y ahí acabó la historia.

A lo largo de los años, Kenny y yo habíamos desarrollado una relación que se situaba en algún lugar del terreno incierto que media entre ser meros

conocidos y ser amigos. Cuando entré, estaba detrás de la barra y, como siempre, aparentaba unos veintiocho años. Su edad real debe de ser el doble, pero hay que estar muy cerca de él para notar las cicatrices de los *liftings*. Y el cabello cuidadosamente peinado es todo de Kenny, aunque el color rubio sea un regalo de una señora llamada Clairol.

Había unos quince clientes. Vistos de uno en uno, no había nada que diese a pensar que eran gais, pero considerados en conjunto su homosexualidad resultaba manifiesta, casi una presencia más en la sala larga y estrecha. Tal vez fuese su reacción a mi intrusión lo que resultaba palpable. La gente que pasa la mayor parte de sus vidas en cualquier ámbito semiclandestino siempre sabe distinguir a un policía y yo todavía no he conseguido evitar parecer uno.

—¡Sir Matthew de Scudder! —gritó Kenny—. ¡Bienvenido, bienvenido seáis, como siempre! La clientela por aquí rara vez es tan dura como tu estimable persona. ¿Sigues tomando bourbon, cariño, y solo?

—Estupendo, Kenny.

—Da gusto ver que hay cosas que no cambian. Eres una constante en un mundo enloquecido.

Me senté a la barra. Los demás bebedores se habían relajado al oír a Kenny saludarme, y bien pudiera ser que fuese esa su intención al hacerlo tan aparatosamente. Sirvió una buena cantidad de bourbon en un vaso y me lo puso delante en la barra. Tomé un trago. Kenny se inclinó hacia mí, apoyándose en los codos. Tenía el rostro muy bronceado: se pasa los veranos en Fire Island y usa una lámpara de rayos UVA el resto del año.

—¿Estás trabajando, corazón?

—Pues da la casualidad de que sí.

—Les pasa a los mejores de nosotros. —Suspiró—. Yo llevo en la obra desde el Día del Trabajo^[8] y todavía no me he acostumbrado. Con lo bien que he estado tumbado al sol todo el verano, dejando que Alfred gestione esto de cualquier modo. ¿Conoces a Alfred?

—No.

—Estoy seguro de que me ha robado a manos llenas y ni siquiera me importa. Solo he dejado abierto el local por darles gusto a mis clientes. No por bondad de corazón, sino porque no quiero que estas chicas se enteren de

que en la ciudad hay otros establecimientos que venden licor. Con cubrir gastos, ya me daba por más que satisfecho, y luego resulta que acabé teniendo un pequeño beneficio: todo un chollo.

Me guiñó un ojo y se apresuró al extremo de la barra a servir unas copas y cobrarlas. Luego volvió y se acomodó de nuevo con la barbilla apoyada en las manos.

—¿Qué te juegas a que sé en qué andas? —dijo.

—¿Qué te juegas a que no?

—¿Una copa? Hecho. Veamos... ¿Sus iniciales no serán por casualidad J. B.? Y no me refiero al Jim Beam que te estás tomando, sino a J. B. y su buena amiga P. C. —Arqueó las cejas de forma teatral—. Cielo santo, Matthew, ¿por qué se te ha descolgado la mandíbula hasta el polvoriento suelo? ¿No es eso acaso lo que te ha traído a esta cueva de iniquidad, para empezar?

Negué con la cabeza.

—¿De veras?

—Solo pasaba por el barrio.

—Eso es bastante notable.

—Sé que estaba viviendo a unas pocas manzanas de aquí, pero ¿por qué habría de relacionarlo con este lugar, Kenny? Hay docenas de bares más cerca de su apartamento en Barrow Street. ¿Has barruntado que me ocupaba del caso o es que has oído algo?

—No sé si llamarlo barrunto. Más bien es una conjetura. Solía beber aquí.

—¿Broadfield?

—El mismo que viste y calza. No muy a menudo, pero sí de vez en cuando. No, no es gay, Matthew. O si lo es, a mí no me consta, y creo que a él tampoco. Desde luego no lo ha manifestado aquí, y sabe Dios que no habría tenido el menor problema en encontrar a alguien encantado de llevárselo a casa. Es tremendamente guapo.

—Aunque no es tu tipo, ¿verdad?

—No, no es mi tipo en absoluto. A mí me gustan los muchachitos viciosos, como muy bien sabes.

—Como muy bien sé.

—Como todo el mundo sabe, dulzura.

Alguien golpeó con el vaso en la barra para llamar su atención.

—Oh, no tengas tanta prisa, Mary —le dijo Kenny con falso acento inglés—, solo estoy charlando un poco con un caballero de Scotland Yard. —Y volviéndose a mí, dijo—: Hablando de acentos ingleses, la trajo aquí a ella, ¿sabes? ¿O no lo sabías? Bueno, pues ya lo sabes. ¿Otra copa? Ya me debes dos dobles: el que te has tomado y el que has perdido en la apuesta. Que sean tres.

Sirvió un generoso doble y dejó la botella en su sitio. Yo permanecí callado.

—Así que es natural que adivinara qué te traía por aquí. Al fin y al cabo, este no es tu abrevadero habitual. Y ellos habían estado aquí los dos, juntos y por separado, y ahora ella está muerta, y él en el hotel con barrotes en las ventanas. La conclusión me pareció inequívoca. M. S. quiere información sobre J. B. y P. C.

—Esa última parte es rigurosamente cierta.

—Pues hazme preguntas.

—¿Vino primero él solo?

—Durante mucho tiempo, solo vino él. Al principio, sus visitas no eran muy frecuentes. Yo diría que vino por primera vez hará un año y medio. Solía venir un par de veces al mes y siempre solo. Por supuesto, yo no sabía nada de él por entonces. Parecía de la bofia, pero al mismo tiempo, no. ¿Sabes lo que quiero decir? A lo mejor era por su ropa. Sin ánimo de ofender, vestía estupendamente bien.

—¿Por qué habría de ofenderme?

Se encogió de hombros y se fue a atender el negocio. Mientras tanto intenté pensar por qué Broadfield había ido varias veces al Sinthia's. Solo tenía algún sentido pensar que seguramente de vez en cuando quiso salir un rato de su apartamento, pero sin correr el riesgo de encontrarse con nadie conocido. Un bar gay le vino de perlas para eso.

—Has mencionado que se presentó aquí con Portia Carr. ¿Cuándo fue eso? —dije a Kenny cuando volvió.

—No estoy seguro. Puede que ya la hubiese traído en verano, y yo no me enteré. La primera vez que los vi juntos fue hará unas tres semanas. Me resulta difícil situar en el tiempo acontecimientos a los que no concedí

importancia en su momento.

—Pero ¿fue antes o después de que supieras quién era él?

—¡Ah, astuto, muy astuto! Fue después de saber quién era, así que hace tres semanas probablemente sea la fecha correcta, porque me enteré de su nombre cuando se puso en contacto con ese investigador, y luego vi su foto en el periódico, y después apareció por aquí con su amazona.

—¿Cuántas veces estuvieron aquí juntos?

—Por lo menos dos, quizá tres. Todas a lo largo de una semana. ¿Quieres otra copa?

Negué con la cabeza.

—Luego ya no volví a verlos juntos, pero sí la vi a ella.

—¿Sola?

—Un rato. Entró, se sentó a una mesa, pidió una copa.

—¿Cuándo fue eso?

—¿Qué día es hoy?, ¿viernes? Esto debió de ser la noche del martes.

—Y la mataron la noche del miércoles.

—Bueno, a mí no me mires, amor. Yo no lo hice.

—Te creo.

Me acordé de las monedas de diez centavos que había introducido en varias cabinas la noche del martes, llamando a casa de Portia Carr, donde siempre saltaba el contestador. Ella estaba aquí en el Sinthia's, entonces.

—¿Para qué vino aquí, Kenny?

—Para reunirse con alguien.

—¿Broadfield?

—Eso era lo que yo pensaba, pero el tipo que apareció al final estaba muy lejos de parecerse a Broadfield. Resultaba difícil creer que pudieran pertenecer a la misma especie.

—¿Y ella lo estaba esperando?

—Oh, sin lugar a dudas. Entró buscándola. Ella había estado levantando la vista cada vez que se abría la puerta. —Se rascó la cabeza—. No sé si ya lo conocía o no. Personalmente, quiero decir. Tengo la vaga impresión de que no, pero es solo una suposición. No hace mucho de esto, Matt, pero la verdad es que no estaba prestando demasiada atención.

—¿Cuánto tiempo estuvieron?

—Estuvieron aquí juntos una media hora, puede que algo más. Se marcharon juntos, así que pudieron pasar horas juntos después. No tuvieron a bien hacerme confidencias.

—¿Y no sabes quién era el tipo?

—Nunca lo había visto, ni lo he vuelto a ver.

—¿Qué pinta tenía, Kenny?

—Bueno, no parecía gran cosa, eso seguro. Pero tú querrás una descripción, no una crítica, supongo. Déjame pensar. —Cerró los ojos, tamborileó con los dedos sobre el mostrador y habló sin abrir los ojos—: Un hombre pequeño, Matt. Bajo, delgado. Con las mejillas hundidas. Mucha frente y una lamentable ausencia de barbilla. Llevaba una barba bastante indefinida para disimular la falta de mentón. Sin bigote. Gruesas gafas de montura de carey, así que no le pude ver los ojos y no podría jurar que los tuviera, aunque me atrevería a suponer que sí, como le ocurre a la mayoría de la gente. Convencionalmente, uno a la izquierda y otro a la derecha, aunque de vez en cuando... ¿Pasa algo?

—No pasa nada, Ken.

—¿Lo conoces?

—Pues sí. Lo conozco.

Me fui del bar de Kenny poco después. Luego hay un tiempo que no recuerdo con claridad. Probablemente me metí en algún que otro bar. Casi como por casualidad, me encontré ante el portal del edificio de Jerry Broadfield en Barrow Street.

No sé qué me condujo hasta allí, ni por qué pensé que debía estar ahí. Pero entonces debió de parecerme que tenía algún sentido.

Una tira de celuloide abrió la cerradura del portal y sirvió para lo mismo en la puerta de su apartamento. Una vez dentro, cerré la puerta y recorrí el lugar encendiendo luces, para sentirme como en casa. Encontré la botella de bourbon y me serví una copa, y cogí una cerveza de la nevera para después. Me senté y me tomé el bourbon a sorbitos, acompañándolo de cerveza. Al cabo de un rato, puse la radio y busqué una emisora que pusiera música discreta.

Después de un poco más de bourbon y cerveza, me quité el traje y lo colgué con cuidado en su armario. Me desnudé del todo, y encontré un pijama suyo en un cajón de la cómoda. Me lo puse. Tuve que doblar el bajo de las perneras porque me quedaban un poco largas. Aparte de eso, no me sentaba del todo mal. Un poco ancho, pero no me quedaba mal.

Justo antes de irme a la cama, cogí el teléfono y marqué un número. No lo había marcado en unos cuantos días, pero aún lo recordaba.

Una voz profunda con acento inglés:

—Siete-dos-cinco-cinco. Lo siento, pero no hay nadie en casa en este momento. Si deja su nombre y número de teléfono después de la señal, le devolveremos la llamada lo antes posible. Gracias.

La muerte es un proceso gradual. Alguien la había matado a puñaladas hacía cuarenta y ocho horas en este mismo apartamento, pero su voz aún contestaba al teléfono.

Llamé dos veces más solo para oír su voz. No dejé ningún mensaje. Luego me tomé otra lata de cerveza y el bourbon que quedaba, me metí a rastras en la cama y me dormí.

12

Me desperté confuso y desorientado, siguiendo los rastros de un sueño amorfo. Me quedé de pie un rato junto a la cama, con el pijama puesto, sin saber dónde estaba. Luego la memoria me volvió del todo, torrencialmente. Me di una ducha rápida, me sequé, me puse mi ropa de nuevo. Me tomé una lata de cerveza para desayunar y me largué de ahí. Salí a la brillante luz del sol sintiéndome como un ladrón en plena noche.

Quería empezar a actuar de inmediato, pero meforcé a tomar un gran desayuno de huevos con beicon, tostadas y mucho café en el Jimmy Day's de Sheridan Square. Luego cogí el metro en dirección norte.

En mi hotel me aguardaba un mensaje junto a un montón de correo publicitario que fue derecho a la papelera. El mensaje era de Seldon Wolk, quien quería que le llamara cuando me viniera bien. Decidí que entonces me venía todo lo bien que me podía venir y le llamé desde el vestíbulo del hotel.

Su secretaria le pasó mi llamada de inmediato.

—He visto a mi cliente esta mañana, señor Scudder —dijo—. Escribió una nota para que se la leyera. ¿Me permite?

—Adelante.

—«Matt: no sé nada de Manch en relación con Portia. ¿Es un ayudante del alcalde? Portia tenía a unos cuantos políticos en su lista, pero no me quiso decir quiénes eran. Ya no te oculto nada. Me callé acerca de Fuhrmann y nuestros proyectos porque no me pareció que pudiera tener importancia y porque tiendo a ser reservado. Olvida todo eso. En lo que hay que centrarse es en los dos polis que me arrestaron. ¿Cómo sabían lo de mi apartamento? ¿Quién les dio el soplo? Investiga en esa dirección».

—¿Es eso todo?

—Eso es, señor Scudder. Me siento como un servicio de mensajería telefónica, transmitiendo preguntas y respuestas sin entenderlas. Para eso, hasta podrían estar en clave. Espero que el mensaje tenga algún sentido para usted.

—Algo. ¿Qué impresión le causó Broadfield? ¿Estaba bien de ánimo?

—Oh, sí, considerablemente. Está bastante seguro de salir absuelto. Pienso que su optimismo está justificado.

Tenía mucho que decir sobre diversas maniobras legales que impedirían que Broadfield fuera a prisión o que permitirían la anulación de la condena en caso de tener que ir a la apelación. No me molesté en prestar atención, y cuando paró un poco le di las gracias y me despedí.

Me paré a tomar café en el Red Flame y le di vueltas al mensaje de Broadfield. Su sugerencia era del todo errónea, y después de pensarlo un rato comprendí por qué.

Pensaba como un policía. Era comprensible: se había pasado años aprendiendo a pensar de ese modo y es difícil reorientarse de inmediato. Yo mismo seguía pensando como un poli muchas veces y había tenido unos cuantos años para deshacerme de los viejos hábitos. Desde el punto de vista de un policía, tenía mucho sentido enfocar el problema de la forma que quería Broadfield. Partías de los hechos y avanzabas hacia atrás, siguiendo todas las vías posibles hasta averiguar quién había notificado el homicidio. Las probabilidades apuntaban a que el informante era asimismo el asesino. Y si no lo era, probablemente había visto algo.

Y si no había visto nada, alguien sí lo habría hecho. Alguien podría haber visto a Portia Carr entrar en el edificio de Barrow Street la noche de su muerte. No había entrado sola. Alguien la habría visto entrar del brazo de la persona que luego la había matado.

Y ese es el tipo de cosas que un poli puede sacar a la luz. El Departamento de Policía tiene a su favor dos cosas que hacen que esa clase de investigaciones le dé resultados: efectivos y autoridad. Y hacen falta las dos para que funcione. Un hombre trabajando solo no llega a ninguna parte. Un hombre solo, sin una mala placa de agente federal de juguete para convencer a la gente de que deben hablar con él, ni siquiera puede empezar a conseguir nada por esa vía.

Sobre todo cuando la policía ni siquiera cooperaría con él de entrada. Sobre todo cuando se opondría a cualquier investigación que pudiera sacar a Broadfield del aprieto.

Así pues, mi enfoque tenía que ser uno muy distinto, algo que ningún policía podría aprobar. Tenía que averiguar quién la había matado y luego establecer los hechos que pudieran respaldar lo que hubiese descubierto.

Pero antes, tenía que encontrar a alguien.

Un tipo pequeño, había dicho Kenny. Bajo, delgado. De mejillas hundidas. Con mucha frente y una lamentable ausencia de barbilla. Una barba indefinida. Sin bigote. Con gruesas gafas de montura de carey...

Me pasé primero por el Armstrong's para echar un vistazo. No estaba ahí, y no lo habían visto aún esa mañana. Pensé en tomarme una copa, pero decidí que podía ocuparme de Douglas Fuhrmann sin alcohol.

Salvo que no tuve la oportunidad de hacerlo. Fui a su pensión y llamé, y me atendió la misma mujer zarrapastrosa; puede que hasta llevase la misma bata y las mismas zapatillas. Una vez más, me dijo que no había habitaciones libres y me aconsejó que probara tres portales calle abajo.

—Doug Fuhrmann —le dije.

Sus ojos se tomaron la molestia de enfocar mi rostro.

—Cuarto piso, exterior —dijo, y arrugó un poco el entrecejo—. Usted ya ha venido por aquí antes. Preguntando por él.

—Así es.

—Ya me parecía que lo había visto... —Se pasó un dedo por debajo de la nariz y se lo limpió en la bata—. No sé si está en casa. Si quiere llamar a su puerta, adelante.

—De acuerdo.

—Ojo, no trastees con la puerta. Tiene instalada una alarma antirrobo que hace todo tipo de ruidos. Ni siquiera puedo entrar a limpiarle el cuarto. Se ocupa él mismo de la limpieza, ¿se lo imagina?

—Probablemente sea el inquilino que más tiempo lleva con usted.

—Mire, lleva aquí más que yo. ¿Cuánto llevo trabajando aquí? ¿Un año? ¿Dos? —Si ni ella lo sabía, ¿cómo iba yo a sacarla de dudas?—. Lleva aquí

años y años.

—Supongo que le conoce bastante.

—No lo conozco en absoluto. No conozco a ninguno de ellos. No tengo tiempo para conocer a nadie, caballero. Tengo mis propios problemas, créame.

La creí, pero no por ello sentí deseos de saber cuáles eran. Obviamente no iba a poder decirme nada sobre Fuhrmann y no me interesaba ninguna otra cosa que pudiera contarme. Pasé junto a ella sin más y subí las escaleras.

No estaba en casa. Probé el picaporte y la puerta estaba cerrada. Probablemente habría sido sencillo desechar el pestillo, pero no quise disparar la alarma. Me pregunto si me habría acordado, de no habérmelo dicho la vieja.

Escribí una nota diciéndole que era importante que se pusiera inmediatamente en contacto conmigo, la firmé, añadí mi número de teléfono y deslicé el papel por debajo de la puerta. Luego bajé las escaleras y salí a la calle.

En el listín telefónico de Brooklyn aparecía un Leon Manch. La dirección era Pierrepont Street, lo que lo situaba en Brooklyn Heights. Decidí que era tan buen lugar para que viviese un esclavo de lavabo como cualquier otro. Marqué su número y el teléfono sonó una docena de veces antes de que me hartase.

Probé en la oficina de Prejanian. No contestó nadie. Incluso los cruzados de la causa trabajan solo de lunes a viernes. Llamé al Ayuntamiento, por si Manch hubiese ido a la oficina. Por lo menos esta vez había alguien para atender la llamada, aunque no hubiese allí nadie con el nombre de Leon Manch.

Según la guía, la residencia de Abner Prejanian estaba en el 444 de Central Park Oeste. Empecé a marcar su número, pero me di cuenta de que no tenía sentido. No me conocía de nada y difícilmente se sentiría inclinado a cooperar por teléfono con un absoluto desconocido. Corté la comunicación, recuperé mi moneda y busqué a Claude Lorbeer en el listín. Había un solo Lorbeer en Manhattan, un tal J. Lorbeer en West End Avenue. Marqué su

número, contestó una mujer y pregunté por Claude. Cuando se puso al aparato, le pregunté si tenía alguna relación con un hombre llamado Douglas Fuhrmann.

—No creo haber oído nunca ese nombre. ¿De quién se trata?

—Es un conocido de Broadfield.

—¿Un policía? No creo haber oído nunca ese nombre.

—Tal vez su jefe sí. Iba a llamarle, pero no me conoce.

—Oh, me alegro de que me llamase a mí. Puedo llamar al señor Prejanian y preguntárselo en su nombre, y luego informarle. ¿Hay alguna otra cosa que desearía preguntarle?

—Entérese de si le suena de algo el nombre de Leon Manch. En relación con Broadfield, quiero decir.

—Por supuesto. En cuanto haya hablado con él le llamaré a usted, señor Scudder.

Me llamó antes de que hubieran pasado cinco minutos.

—Acabo de hablar con el señor Prejanian. Ninguno de los nombres que mencionó le resultan familiares. Esto..., señor Scudder, yo que usted procuraría evitar una confrontación directa con el señor Prejanian.

—¿Perdón?

—No le ha entusiasmado, que digamos, saber que estoy colaborando con usted. No lo ha dicho a las claras, pero supongo que entiende a lo que me refiero. Él preferiría que en su equipo aplicáramos una política de descuido benévolo, si me permite revivir esa expresión.^[9] Por supuesto, que quede entre usted y yo que se lo he dicho, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

—¿Sigue usted convencido de que Broadfield es inocente?

—Ahora más que nunca.

—¿Y la clave la tiene ese tal Fuhrmann?

—Puede. Las cosas están empezando a encajar poco a poco.

—Parece fascinante —dijo—. Bueno, no quiero entretenerle. Si puedo hacer algo más, deme un toque, por favor, pero de forma confidencial, ¿entendido?

Algo más tarde, llamé a Diana. Quedamos en vernos a las ocho y media en un restaurante francés de la Novena Avenida, el Brittany du Soir. Era un

sitio tranquilo y discreto donde tendríamos una oportunidad para pasar por gente tranquila y discreta.

—Te veré a las ocho y media —dijo—. ¿Has progresado algo? Bueno, ya me lo contarás cuando nos veamos.

—Vale.

—He estado pensando mucho, Matthew. Me pregunto si sabes lo que se siente. Me he pasado tanto tiempo sin pensar, deseando incluso no pensar en absoluto, que es como si algo se hubiese desencadenado. No debería decirte estas cosas. Solo conseguiré asustarte.

—No te preocupes.

—Eso es lo extraño. No estoy preocupada. ¿No te parece que resulta extraño?

De regreso al hotel, me detuve en el edificio de Fuhrmann. La encargada no contestó al timbre. Supuse que estaría ocupada con alguno de los problemas a los que había hecho alusión. Entré y subí las escaleras. No había nadie en casa y evidentemente no había vuelto: la nota que le había dejado seguía bajo la puerta.

Me arrepentí de no haber apuntado su teléfono. Suponiendo que lo tuviera. No había visto ninguno cuando estuve ahí, pero su mesa estaba atestada. Podía haber habido un teléfono debajo de alguna de las montañas de papeles.

Volví de nuevo a casa, me duché, me afeité y ordené la habitación. La mujer de la limpieza la había adecentado someramente, y yo no podía hacer mucho más. Siempre iba a parecer lo que era: una habitación pequeña en un hotel sin pretensiones. Fuhrmann había optado por convertir su cuarto amueblado en una extensión de su persona. Yo había dejado el mío tal como lo encontré. Al principio, su sencillez espartana me había parecido de algún modo adecuada. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de fijarme en ella, y solo la perspectiva de recibir una visita me hacía prestar atención a su apariencia.

Comprobé mis reservas de licor. Parecía que había suficiente para mí y no sabía qué le gustaría beber a ella. La tienda de enfrente atendía pedidos hasta

las once de la noche.

Me puse mi mejor traje. Me eché un poco de colonia. Era un regalo de Navidad de los chicos. Ni siquiera estaba seguro de qué Navidad, ni recordaba cuándo la había usado por última vez. Me puse un poco y me sentí ridículo, pero, de algún modo, eso no me resultó desagradable.

Me pasé por el Armstrong's. Fuhrmann había estado allí una hora antes. Le dejé una nota. Llamé a Manch, y esta vez cogió el teléfono.

—Señor Manch —le dije—, me llamo Matthew Scudder. Soy amigo de Portia Carr.

Hubo un silencio, lo bastante largo para que su respuesta resultase poco convincente.

—Me temo que no conozco a nadie de ese nombre.

—Estoy seguro de lo contrario. No le conviene seguir por ahí, señor Manch. No va a funcionar.

—¿Qué quiere?

—Verle. Mañana, en algún momento.

—¿Para qué?

—Se lo diré cuando le vea.

—No entiendo. ¿Cómo ha dicho que se llama?

Se lo repetí.

—Bueno, no lo entiendo, señor Scudder. No sé qué quiere usted de mí.

—Me pasaré por su casa mañana por la tarde.

—Yo no...

—Mañana por la tarde —le interrumpí—. A eso de las tres. Sería una idea excelente que me estuviese esperando.

Empezó a decir algo, pero no esperé lo suficiente para oírlo. Pasaban unos minutos de las ocho. Salí y bajé por la Novena Avenida hacia el restaurante.

13

Nos sentamos en un reservado. Vestía un sencillo vestido negro sin mangas y no llevaba joyas. Su perfume era un aroma floral con un fondo especiado. Pedí un vermú seco con hielo para ella y un bourbon para mí. La conversación fue ligera e insustancial durante la primera ronda. Cuando pedimos la segunda, encargamos también la cena a la camarera: mollejas para ella y un filete para mí. Llegaron las bebidas, brindamos de nuevo, nuestras miradas se encontraron y nos sumimos en un silencio que resultó ligeramente embarazoso.

Lo rompió ella. Alargó la mano y yo se la cogí, y entonces bajó los ojos.

—No soy demasiado buena en esto. Me falta práctica, supongo.

—A mí también.

—Pero has tenido unos cuantos años para acostumbrarte a ser soltero. Yo solo he tenido un lío pequeño y no fue gran cosa en realidad. Él estaba casado.

—No tienes por qué hablarme de ello.

—Oh, ya lo sé. Estaba casado, la cosa fue muy casual y puramente física. Para serte sincera, ni siquiera resultó muy allá físicamente. Y no duró mucho.

—Vaciló. Tal vez esperaba que yo dijera algo, pero permanecí en silencio, y entonces siguió—. Puede que quieras que esto sea... casual, y estará bien, Matthew.

—No me parece que podamos ser casuales el uno para el otro.

—No, supongo que no. Me gustaría... No sé qué me gustaría. —Alzó la copa y bebió—. Probablemente me emborrache un poquito esta noche. ¿Es mala idea?

—Puede que no, al contrario. ¿Pedimos vino con la cena?

—Me encantaría. Supongo que no es buena señal, tener que emborracharse un poco.

—Bueno, soy la persona menos indicada para decir que es mala idea. Me emborracho un poco todos los días.

—¿Debería preocuparme por eso?

—No lo sé. Desde luego, sí es algo de lo que deberías ser consciente, Diana. Deberías saber con quién te estás liando.

—¿Eres alcohólico?

—¿Y qué es un alcohólico? Supongo que con lo que bebo, cumplo todos los requisitos para serlo. No me impide funcionar. Todavía. Supongo que al final acabaré haciéndolo.

—¿Podrías dejar de beber? ¿O beber menos?

—Probablemente. Si tuviera un motivo.

La camarera nos sirvió unos aperitivos. Le pedí una jarra de vino tinto. Diana pinchó un mejillón con un tenedorcito y se quedó parada con él a mitad de camino de la boca.

—Tal vez no tendríamos que hablar aún de esto.

—Tal vez no.

—Creo que sentimos lo mismo ante la mayoría de las cosas. Creo que lo que queremos es lo mismo y que nuestros temores son los mismos.

—O muy parecidos, por lo menos.

—Sí. A lo mejor no eres ningún regalo, Matthew. Creo que es lo que has estado intentando decirme. Tampoco yo lo soy. No bebo, pero podría hacerlo perfectamente. Sencillamente, he encontrado una forma distinta de apartarme de la raza humana. Dejé de ser yo misma. Siento...

—¿Sí?

—Es como si tuviera una segunda oportunidad. Como si la hubiese tenido todo el tiempo, pero solo la tienes de verdad cuando sabes que la tienes. Y no sé si tú formas parte de esa oportunidad, o si has hecho que me dé cuenta de ello. —Dejó el tenedor en el plato, con el mejillón aún pinchado—. Ay, estoy terriblemente confusa. Según dicen las revistas, estoy en la edad justa para sufrir una crisis de identidad. ¿Es eso lo que me está pasando o es que me estoy enamorando? ¿Cómo se nota la diferencia? ¿Tienes un cigarrillo?

—Iré a comprar. ¿Qué marca fumas?

—No fumo. Cualquier marca vale. Winston, supongo.

Saqué una cajetilla de la máquina. La abrí, le di un cigarrillo y cogí otro para mí. Encendí una cerilla y sus dedos agarraron mi muñeca mientras le daba fuego. Tenía las yemas muy frías.

—Tengo tres niños pequeños —dijo—, y un marido en la cárcel.

—Y te has puesto a beber y a fumar. Eres un desastre, desde luego.

—Y tú eres un encanto. ¿Ya te lo había dicho? Sigue siendo cierto.

Me las arreglé para que se tomase ella casi todo el vino con la cena. Luego se tomó un café solo y un chupito de coñac. Yo volví al café con bourbon. Hablamos mucho y compartimos muchos silencios largos, que a su modo resultaron tan comunicativos como nuestras conversaciones.

Era cerca de medianoche cuando pagué la cuenta. Tenían prisa por cerrar, pero nuestra camarera se había mostrado muy atenta dejándonos a nuestro aire. Le mostré mi gratitud por su indulgencia con una propina que probablemente fuera excesiva. No me importó. Estaba en paz con el mundo entero.

Salimos a la calle y nos quedamos parados en la Novena Avenida respirando el aire frío. Diana se fijó en la luna y me la señaló.

—Está casi llena. ¿No es preciosa?

—Sí.

—A veces pienso que casi puedo sentir la atracción de la luna. Qué tontería, ¿verdad?

—No lo sé. El mar la siente: por eso hay mareas. Y no se puede negar que la luna influye en el comportamiento humano. Todos los polis lo saben. La tasa de criminalidad cambia con la luna.

—¿De verdad?

—Sí. Sobre todo, los crímenes raros. La luna llena hace que la gente haga cosas extrañas.

—¿Como qué?

—Como besarse en público.

—Bueno, eso no me parece nada extraño —dijo al cabo de unos segundos—. Creo que es muy agradable, en realidad.

En el Armstrong's pedí café y bourbon para los dos.

—Porque me gusta la sensación que tengo, Matthew, pero no quiero que me entre sueño. Y me gustó su sabor el otro día.

Cuando nos trajo las bebidas, Trina me tendió un papel doblado.

—Se pasó por aquí hará cosa de una hora —dijo—, y antes había llamado un par de veces. Tiene mucha prisa por hablar contigo.

Desplegué el papel: estaba escrito el nombre de Doug Fuhrmann y un número de teléfono.

—Gracias —dije—. No es nada que no pueda esperar hasta mañana.

—Dijo que era urgente.

—Bueno, esa es su opinión.

Diana y yo echamos el bourbon en nuestros cafés y me preguntó de qué iba la cosa.

—Un tipo que andaba en tratos con tu marido —le dije—. También tenía relación con la chica asesinada. Creo que sé por qué, pero quiero hablar con él al respecto.

—¿No quieres llamarlo? ¿O verlo un rato? No dejes de hacerlo por mí, Matthew.

—Puede esperar.

—Si piensas que es importante...

—No lo es. Puede esperar hasta mañana.

Obviamente, Fuhrmann no lo veía del mismo modo. Un poco más tarde, sonó el teléfono. Trina lo atendió y luego se acercó a nuestra mesa.

—La misma persona de antes —dijo—. ¿Quieres hablar con él?

Negué con la cabeza.

—Dile que me pasé por aquí y que me disteis su recado. Que dije algo acerca de llamarlo mañana, y luego me tomé una copa y me fui.

—Entendido.

Diez o veinte minutos más tarde nos fuimos de verdad. A Esteban le había tocado el turno de medianoche a ocho de la mañana en la recepción de mi hotel. Me dio tres recados telefónicos, todos de Fuhrmann.

—No me pases ninguna llamada —le dije—. No importa quién sea. No estoy.

—Vale.

—Si suena el teléfono, más vale que sea porque el hotel está ardiendo, porque de otro modo no quiero ninguna llamada.

—Entendido.

Cogimos el ascensor, seguimos el pasillo hasta la puerta de mi habitación. La abrí y me aparté para dejarla pasar. Con ella a mi lado, el cuartito parecía más austero y desolado que nunca.

—Estuve dándole vueltas a otros sitios a los que pudiéramos ir —le dije—. A un hotel mejor o al apartamento de algún amigo, pero decidí que quería que vieras dónde vivo.

—Me alegro, Matthew.

—¿Está bien?

—Por supuesto que está bien.

Nos besamos. Nos quedamos mucho tiempo abrazados. Olí su perfume y saboreé la dulzura de su boca. Al cabo de un rato, la solté. Caminó despacio y con intención por la habitación, mirando las cosas, haciéndose una idea del lugar. Luego se volvió hacia mí, me sonrió muy dulcemente y empezamos a desnudarnos.

14

Nos pasamos la noche despertándonos ella o yo, y despertando al otro. Luego me desperté una última vez y vi que estaba solo. Los pálidos rayos del sol filtrados por el aire enrarecido cubrían con una pátina amarilla la habitación. Salí de la cama y cogí el reloj de la mesilla de noche: era casi mediodía.

Casi había terminado de vestirme cuando encontré su nota. La había sujetado entre el cristal y el marco del espejo del tocador. Su letra era muy clara y bastante menuda.

Leí lo siguiente:

Querido:

¿Cómo es eso que dicen los niños? Anoche fue la primera noche del resto de mi vida. Tengo tanto que decir..., pero no estoy en condiciones de expresar con claridad mis pensamientos.

Por favor, llámame. Y llámame, por favor.

Tu Dama

La leí un par de veces. Luego la doblé con cuidado y la guardé en mi cartera.

Tenía un solo mensaje en recepción. Fuhrmann había llamado una última vez a eso de la una y media. Evidentemente, después había desistido y se había ido a la cama. Le llamé desde el vestíbulo: comunicaba. Salí y me fui a desayunar. El aire, que desde mi ventana me había parecido contaminado, se notaba bastante limpio en la calle. Tal vez fuese mi estado de ánimo. No me había sentido tan bien en mucho tiempo.

Me levanté de la mesa después de mi segunda taza de café y volví a llamar a Fuhrmann. La línea seguía ocupada. Me volví a sentar, me tomé un tercer café y me fumé uno de los cigarrillos que le había comprado a Diana. Se había fumado tres o cuatro la noche anterior y yo me había fumado uno cada vez que ella lo hacía. Este lo fumé a medias, dejé el paquete en la mesa,

llamé a Fuhrmann por tercera vez, pagué la cuenta y me acerqué hasta el Armstrong's para ver si estaba ahí o se había pasado. Ni estaba ni había estado.

Algo se cernía en el límite de mi conciencia, con un gañido quejoso. Volví a llamarle desde el teléfono público del Armstrong's. La línea seguía ocupada, pero el tono me sonó distinto del acostumbrado. Llamé a la operadora y le dije que necesitaba saber si un número determinado estaba comunicando o si el teléfono simplemente estaba descolgado. Me tocó una chica que evidentemente no hablaba mucho inglés y no sabía bien cómo llevar a cabo la tarea que le había encomendado. Me ofreció pasarme con su supervisor, pero como solo estaba a media docena de manzanas del piso de Fuhrmann, le dije que no se molestara.

Estaba bastante tranquilo cuando me puse en camino hacia casa de Fuhrmann, pero extremadamente preocupado cuando llegué allí. A lo mejor estaba percibiendo señales y me llegaban cada vez con más fuerza conforme se acortaba la distancia. Por una razón o por otra, no llamé al timbre del portal. Miré adentro y no vi a nadie, así que recurrí a mi trozo de celuloide para abrir la puerta.

Subí las escaleras hasta el último piso sin cruzarme con nadie. El edificio estaba muy silencioso. Llegué a la puerta de Fuhrmann y golpeé con los nudillos, grité su nombre y volví a golpear.

Nada.

Saqué mi tira de celuloide, la miré y miré la puerta. Me acordé de la alarma antirrobo. Si se iba a disparar, me convenía tener la puerta abierta para cuando empezase a hacer ruido, de forma que me diese tiempo a poner pies en polvorosa. Eso excluía descorrer el pestillo. La sutileza tiene sus ventajas, pero a veces lo que hace falta es fuerza bruta.

Abrí la puerta de una patada. Solo hizo falta una, porque el pestillo no estaba echado. Hace falta la llave para cerrarlo, igual que para conectar la alarma, y la última persona que había salido del apartamento de Fuhrmann o bien no disponía de esas llaves, o no se había molestado en usarlas. Así que la alarma no saltó, lo que me vino bien, pero esa fue la única buena noticia que iba a recibir.

Las malas me esperaban dentro, pero sabía en qué consistían desde el

instante mismo en que la alarma no había sonado. En cierto modo, lo sabía desde antes incluso de llegar al edificio, pero eso era conocimiento instintivo; cuando la alarma no sonó, se convirtió en conocimiento deductivo, y ahora que podía verlo a él, era solo un hecho puro y duro.

Estaba muerto. Estaba tirado en el suelo frente a su mesa y parecía que había estado inclinándose sobre la misma cuando el asesino se lo cargó. No tuve necesidad de tocarlo para saber que estaba muerto. La parte posterior izquierda de su cráneo estaba machacada y la habitación entera apestaba a muerte. Los intestinos y vejigas muertas se vacían de su contenido. Antes de que la funeraria pueda aplicar su arte, los cadáveres huelen tan mal como la muerte que los ha atenazado.

Lo toqué de todos modos para intentar saber cuánto llevaba muerto. Pero estaba frío, así que solo pude deducir que llevaba muerto por lo menos cinco o seis horas. Nunca me he molestado en aprender gran cosa de medicina forense. Los chicos del laboratorio se ocupan de ello y son razonablemente competentes, aunque ni la mitad de buenos de lo que les gusta creerse.

Me acerqué a la puerta y la cerré. El cerrojo ya no servía, pero en el suelo había una placa para apoyar una tranca; encontré la barra de acero y la coloqué en su sitio. No tenía intención de quedarme mucho rato, pero no quería interrupciones mientras estuviera allí.

El teléfono estaba descolgado. No había ninguna otra indicación de pelea, por lo que asumí que el asesino lo había descolgado para retrasar el descubrimiento del cuerpo. Si era tan listo, seguro que no había dejado huellas por ahí, pero aun así tuve buen cuidado de no añadir ninguna mía ni de borrar las que él hubiese podido dejar inadvertidamente.

¿Cuándo lo habían matado? La cama estaba deshecha, pero puede que no la hiciese a diario. Los hombres que viven solos no suelen hacerla. ¿Estaba hecha cuando lo visité? Lo pensé y llegué a la conclusión de que no podía estar seguro en un sentido ni en otro. Me había quedado en la memoria una impresión de limpieza y precisión, que apuntaba a que la cama en efecto debía de estar hecha, pero también otra de comodidad, que casaba bastante bien con una cama sin hacer. Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que daba lo mismo una cosa que otra. El forense ya establecería la hora de la muerte, y yo no tenía ninguna prisa por conocer lo que sabría por él

relativamente pronto.

Así que me senté en el borde de la cama y contemplé a Doug Fuhrmann, intentando recordar cómo sonaba exactamente su voz y la expresión de su cara.

Había intentado hablar conmigo, una y otra vez, y yo no había querido atender a sus llamadas. Porque estaba un tanto molesto con él por haberme ocultado información. Porque estaba con una mujer que requería toda mi atención, y era una experiencia tan novedosa para mí que no quise atenuarla ni tan siquiera un momento.

¿Y si hubiese atendido a su llamada? Bueno, a lo mejor me habría contado algo que ahora ya no me diría nunca. Pero lo más probable era que solo me habría confirmado lo que yo ya había adivinado acerca de su relación con Portia Carr.

Si hubiese atendido a su llamada, ¿seguiría vivo ahora?

Podría haberme pasado el día entero sentado en su cama haciéndome ese tipo de preguntas. Pero fuera cual fuese la respuesta, ya había perdido demasiado tiempo.

Quitó la tranca y entreabrí un poco la puerta. El pasillo estaba desierto. Salí del piso de Fuhrmann, bajé las escaleras y abandoné el edificio sin encontrarme con nadie.

La comisaría del Centro Norte —antes solía ser la del Distrito Dieciocho— está en la calle Cincuenta y cuatro Oeste, a unas pocas manzanas de donde yo estaba. Llamé desde un teléfono público en una taberna llamada Second Chance. En la barra había dos tipos tomando vino, y al otro lado del mostrador, lo que parecía un tercer borrachuzo. Cuando contestaron, di la dirección de Fuhrmann y dije que habían matado a un hombre ahí. Colgué el auricular mientras el agente de servicio, armándose de paciencia, me preguntaba mi nombre.

Tenía demasiada prisa para coger un taxi: el metro era más rápido. Lo cogí hasta la estación de Clark Street, justo en el otro extremo del puente en Brooklyn. Tuve que preguntar cómo llegar a Pierrepont Street.

La manzana la formaban en su mayoría los típicos edificios neoyorquinos

de piedra arenisca, pero el de Leon Manch tenía catorce pisos y destacaba como un gigante entre los demás. El portero era un negro corpulento con tres arrugas horizontales que le cruzaban la frente.

—Leon Manch —le dije.

Sacudió la cabeza. Saqué mi libreta, comprobé la dirección y miré al portero.

—Tiene la dirección correcta —dijo con acento de las Antillas; las aes le salían muy largas—, el problema es que ha escogido un mal día para venir.

—Tengo una cita.

—El señor Manch ya no está aquí.

—¿Se ha mudado? —Parecía imposible.

—No quiso esperar el ascensor —me dijo—, así que tomó un atajo.

—¿De qué está usted hablando?

Más tarde, llegué a la conclusión de que en la broma no había impertinencia; era un intento de expresar delicadamente lo inefable. Abandonando ese enfoque, el portero siguió:

—Se tiró por la ventana. Aterrizó justo ahí. —Indicó una parte de la acera que en nada se diferenciaba del resto—. Aterrizó ahí —repitió.

—¿Cuándo?

—Anoche. —Se tocó la frente, y luego hizo un signo parecido al de persignarse. No sé si sería algún rito personal o si formaría parte de alguna religión para mí desconocida—. Era el turno de Armand. Si hubiese estado trabajando yo y se hubiese tirado alguien por la ventana, no habría sabido qué hacer.

—¿Se mató?

Se quedó mirándome.

—Pero hombre, ¿qué cree usted? El señor Manch vive en el piso catorce. ¿Qué cree usted?

La comisaría más próxima, a la que le habría correspondido el caso, estaba en Joralemon, cerca del Ayuntamiento del distrito. Tuve suerte ahí: reconocí a un policía llamado Kinsella con el que había trabajado años atrás. Y tuve suerte por partida doble, porque evidentemente no se había enterado de que estaba trabajando para Jerry Broadfield, así que no tenía ningún motivo para no cooperar conmigo.

—Ocurrió anoche —me dijo—. Yo no estaba de servicio cuando pasó, pero no parece que haya juego sucio, Matt. —Cogió unos papeles, los dejó encima de la mesa—. Manch vivía solo. Supongo que era marica. Un tipo viviendo solo en ese barrio... Sacas tus propias conclusiones. Hay nueve probabilidades de diez de que sea gay.

Y hay nueve de diez de que sea un esclavo de lavabo.

—Veamos... Saltó por la ventana, cayó de cabeza. Estaba muerto al llegar al hospital Adelphi. Se le identificó por el contenido de los bolsillos y las etiquetas de la ropa, además de por la ventana que estaba abierta.

—¿No reconoció el cuerpo ningún familiar?

—No, que yo sepa. Aquí no pone nada. ¿Hay alguna duda de que sea él? Si quieres ir a echarle un vistazo, adelante, pero aterrizó de cabeza, así que...

—Da igual, no lo he visto nunca. ¿Estaba solo cuando se tiró por la ventana?

Kinsella asintió.

—¿Hay algún testigo?

—No, pero dejó una nota. Estaba en la máquina de escribir en su mesa.

—¿La nota estaba escrita a máquina?

—No lo pone.

—Supongo que no podría echarle un vistazo a la nota...

—Ni de casualidad, Matt. Yo mismo no tengo acceso a ella. Si quieres hablar con el agente a cargo del caso, es Lew Marko, estará de servicio esta noche. A lo mejor puede ayudarte.

—Supongo que no tiene importancia.

—Espera un minuto, han transcrito el texto aquí. ¿Te puede servir de algo?

Lo leí:

Perdonadme. No puedo seguir así. He vivido una mala vida.

No ponía nada sobre asesinatos.

¿Habría sido él? Dependía de cuándo hubiesen matado a Fuhrmann, y eso no lo sabría hasta que me enterase de lo que había averiguado el forense. Pongamos que Manch hubiese matado a Fuhrmann, se hubiese ido a casa, le hubiesen entrado remordimientos, hubiese abierto la ventana...

No me gustaba demasiado.

—¿A qué hora lo hizo, Jim? Aquí no lo veo por ningún sitio —dije.

Hojeó los informes, frunciendo el ceño.

—Debería de ponerlo en algún lado. No lo encuentro. Estaba muerto cuando ingresó en el hospital Adelphi anoche a las once treinta y cinco, pero eso no nos dice a qué hora se tiró por la ventana.

Pero, en realidad, tampoco hacía falta. Doug Fuhrmann me había llamado por última vez a la una y media, una hora y cincuenta y cinco minutos después de que un médico declarase muerto a Leon Manch.

Cuanto más pensaba en ello, más me gustaba así. Porque todas las piezas estaban empezando a encajar para mí, y tal y como se iba configurando la cosa, Manch no era el asesino de Fuhrmann, ni tampoco el de Portia Carr. Tal vez Manch hubiese acabado con el propio Manch, a lo mejor había escrito a máquina su nota de suicidio porque no podía encontrar un bolígrafo, a lo mejor su arrepentimiento estaba mezclado con el rechazo a la vida de un esclavo de lavabo. «He vivido una mala vida». Diantre, ¿y quién coño no?

Por el momento, no tenía importancia que Manch se hubiese suicidado o no. A lo mejor lo habían ayudado, pero eso era algo que no podía saber aún, y que no tenía que saber cómo probar.

Sabía quién había matado a las otras dos víctimas, a Portia y a Doug. Lo sabía más o menos igual que había sabido, antes de llegar a su casa, que Doug Fuhrmann estaría muerto. A ese conocimiento lo llamamos intuición, porque no podemos trazar con precisión los vericuetos que sigue la mente. Funciona como un ordenador mientras nuestra conciencia está ocupada en otra cosa.

Sabía el nombre del asesino. Tenía algunas ideas sólidas sobre su móvil. Todavía tenía alguna cosa más que investigar antes de poder cerrar el caso, pero lo difícil ya estaba hecho. Una vez que sabes lo que buscas, el resto es sencillo.

15

Habían pasado otras tres o cuatro horas cuando me apeé de un taxi en la parte oeste de las calles Setenta y le di mi nombre a un portero. No era el primer taxi que cogía desde mi regreso de Brooklyn. Había tenido que ver a varias personas. Me habían ofrecido copas, pero no había aceptado. Había tomado café, incluyendo un par de tazas del mejor café que había tomado en mi vida.

El portero me anunció y luego me señaló el ascensor. Subí al sexto piso, encontré la puerta apropiada y llamé. La puerta la abrió una mujer pequeña, como un pajarito, con el pelo de un tono gris azulado. Me presenté y me tendió la mano.

—Mi hijo está viendo el partido de fútbol americano —dijo—. ¿Le gusta el fútbol? Yo no le encuentro el menor interés. Por favor, siéntese y le diré a Claude que está usted aquí.

Pero no hizo falta decírselo. Estaba de pie bajo un arco al fondo del salón. Llevaba un cárdigan marrón sin mangas sobre una camisa blanca y calzaba pantuflas. Tenía los pulgares de sus manos gordezuelas enganchados en el cinturón.

—Buenas tardes, señor Scudder —dijo—. ¿Quiere acompañarme, por favor? Mamá, el señor Scudder y yo estaremos en la leonera.

Lo seguí hasta una habitación pequeña en la que varias sillas demasiado mullidas rodeaban un televisor en color. En la gran pantalla, una muchacha oriental se inclinaba ante una botella de colonia masculina.

—Televisión por cable —dijo Lorbeer—. Asegura una recepción absolutamente perfecta. Y solo cuesta un par de dólares al mes. Antes de que la contratáramos, nunca conseguimos una recepción realmente satisfactoria.

—¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí?

—Toda la vida. Bueno, no toda. Nos instalamos aquí cuando yo tenía unos dos años y medio. Por supuesto, mi padre aún vivía entonces. Este era su cuarto, su estudio.

Miré a mi alrededor. De las paredes colgaban grabados de caza ingleses, bastidores de pipas, unas cuantas fotos enmarcadas. Me acerqué hasta la puerta y la cerré. Lorbeer se fijó en esto sin hacer comentario alguno.

—He hablado con su jefe —le dije.

—¿Con el señor Prejanian?

—Sí. Le alegró mucho enterarse de que Jerry Broadfield será liberado pronto. Me comentó que no estaba muy seguro de la utilidad que podría darle al testimonio de Broadfield, pero que se alegra de saber que no va a ser condenado por un crimen que no ha cometido.

—El señor Prejanian es un hombre muy generoso.

—¿Lo es? —Me encogí de hombros—. A mí no me dio esa impresión, pero estoy seguro de que usted lo conoce mejor que yo. Lo que sí noté es que le complacía saber que Broadfield era inocente, porque así su propia organización no quedará tan mal ahora. Había estado esperando todo el tiempo que Broadfield fuese inocente. —Lo miré detenidamente—. Dijo que se habría alegrado de haberse enterado antes de que yo trabajaba para Broadfield.

—¿De veras?

—Sí. Eso dijo.

Lorbeer se acercó más al televisor. Apoyó una mano encima y se miró el dorso de la mano.

—Estaba tomando un chocolate caliente —me dijo—. Los domingos son para mí días de absoluta regresión a la infancia. Me paso el día vistiendo ropa vieja cómoda, veo deportes en la tele y bebo chocolate caliente. Supongo que no le apetecerá una taza.

—No, muchas gracias.

—¿Una copa? ¿Algo más fuerte?

—No.

Se volvió hacia mí para mirarme. Los paréntesis a cada lado de su boquita parecían grabados más hondos que antes.

—Por supuesto, no puedo permitirme molestar al señor Prejanian con

cada minucia que surge. Esa es una de mis funciones: protegerlo de las trivialidades. Su tiempo es muy valioso y ya hay demasiadas demandas sobre él.

—Ya. Por eso no se molestó en llamarlo ayer. Me dijo que había hablado con él, pero no lo había hecho. Y me previno que encaminase cualquier consulta a través de usted para evitar molestar a Prejanian.

—Solo estaba haciendo mi trabajo, señor Scudder. Es posible que me equivocase. Nadie es perfecto y yo nunca he pretendido serlo.

Me incliné y apagué el televisor.

—Es una distracción —expliqué—. Los dos deberíamos prestar atención a esto. Es usted un asesino, Claude, y me temo que no va a salirse con la suya. ¿Por qué no se sienta?

—Esa es una acusación ridícula.

—Siéntese.

—Estoy muy a gusto de pie. Acaba usted de hacer una acusación completamente absurda. No lo entiendo.

—Supongo que tendría que haber pensado en usted desde el principio —dije—. Pero había un problema. Quienquiera que hubiese matado a Portia Carr tenía que estar relacionado con Broadfield de una forma u otra. La mataron en el apartamento de este, así que tuvo que asesinarla alguien que sabía dónde estaba ese piso, alguien que se tomó la molestia de sacarlo a él de ahí primero para mandarlo a Bay Ridge en busca de una quimera.

—Está dando por sentado que Broadfield es inocente. Sigo sin ver ninguna razón para estar convencido de eso.

—Oh, sabía que era inocente por una docena de razones.

—Aun así, ¿acaso no sabía Carr lo del apartamento de Broadfield?

Asentí.

—Sí, estaba al corriente. Pero no podía haber llevado a su asesino hasta allí porque estaba inconsciente cuando hizo el trayecto. Primero la golpearon en la cabeza y después la apuñalaron. Era razonable suponer que la habían golpeado en algún otro sitio. De otro modo, el asesino habría seguido golpeándola hasta matarla. No se habría parado a coger un cuchillo. Pero lo que hizo usted, Claude, fue dejarla inconsciente en algún otro lugar y luego llevarla al apartamento de Broadfield. Para entonces, ya se había deshecho

del objeto con el que la había golpeado, así que tuvo que rematar la faena con un cuchillo.

—Creo que me tomaré otra taza de chocolate. ¿Está seguro de que no quiere una?

—Del todo. No quise creer que un policía hubiese matado a Portia Carr para incriminar a Broadfield. Todo apuntaba en esa dirección, pero no me gustaba la idea. Preferí pensar que incriminar a Broadfield era un expediente fácil para quedar impune de un asesinato y que el objetivo primordial del asesino era deshacerse de Portia. Pero entonces ¿cómo podía conocer el apartamento de Broadfield y su número de teléfono? Lo que necesitaba era a alguien que estuviese relacionado con ambos. Y lo encontré, pero no había ningún motivo aparente.

—Supongo que se refiere a mí —dijo tranquilamente—, porque desde luego yo no tenía ningún motivo. Y tampoco conocía a Carr, y apenas a Broadfield, así que su razonamiento se viene abajo, ¿no cree?

—No a usted. A Douglas Fuhrmann. Él era el negro que iba a escribir el libro de Broadfield. Por eso se había vuelto soplón Broadfield: quería ser alguien importante y escribir un éxito de ventas. La idea se la dio Carr porque ella quería superar las memorias de la alegre Madame. A Fuhrmann se le ocurrió la idea de jugar con dos barajas, y se puso en contacto con Portia para ver si también podía escribirle el libro a ella. Eso es lo que los vinculaba, tiene que serlo, pero no es motivo para matarla.

—Y entonces ¿por qué soy yo el elegido? ¿Es porque no se le ocurre nadie más?

Negué con la cabeza.

—En realidad, sabía que había sido usted antes de saber por qué. Le pregunté ayer por la tarde si sabía algo sobre Doug Fuhrmann. Sabía lo bastante para ir a su casa anoche y matarlo.

—Esto es asombroso. Ahora me acusa del asesinato de un hombre del que nunca he oído hablar.

—No va a colar, Claude. Fuhrmann constituía una amenaza para usted porque había estado hablando con los dos, con Carr y con Broadfield. Anoche estuvo intentando localizarme. Si hubiese tenido tiempo de ir a verlo, a lo mejor no habría podido matarlo. Aunque igual sí, porque él tal vez no era

consciente de lo que sabía. Usted era uno de los clientes de Portia Carr.

—Eso es una sucia mentira.

—Puede que sea sucia. No lo sé. No sé qué es lo que hacía con ella o lo que ella hacía con usted. Podría intentar adivinarlo.

—Maldito sea, es usted un bestia. —No levantó la voz, pero el odio en ella era feroz—. Le agradecería que no hablara así en la misma casa en la que está mi madre.

Solo lo miré. Al principio me sostuvo la mirada con seguridad, pero luego su rostro pareció desmoronarse. Se le fue toda la resolución. Se le hundieron los hombros y pareció al mismo tiempo mucho más viejo y mucho más joven. Solo era un niño de mediana edad.

—Knox Hardesty lo sabía —proseguí—, así que mató usted a Portia por nada. Casi puedo imaginarme lo que ocurrió, Claude. Cuando Broadfield se presentó en la oficina de Prejanian, se enteró usted de algo más que de lo de la corrupción policial. Se enteró por Broadfield de que Knox Hardesty tenía a Portia Carr en el bolsillo, y ella le estaba dando nombres de su lista de clientes para evitar la deportación. Usted estaba en esa lista y se imaginó que solo era cuestión de tiempo que se lo comunicara a Hardesty.

»Así que obligó a Portia a denunciar a Broadfield, acusándolo de extorsionarla. Quería darle un motivo para matarla y ese fue fácil de montar. Cuando la llamó, ella creyó que era usted policía, y le resultó bastante fácil obligarla a seguirle el juego. De una forma u otra, se las arregló para meterle el miedo en el cuerpo. Las putas se asustan con facilidad.

»A esas alturas, ya tenía a Broadfield bien pillado. Ni siquiera tuvo que mostrarse particularmente brillante con el asesinato en sí, porque la poli estaría deseando atribuírselo a Broadfield. Atrajo con engaños a Portia al Village al mismo tiempo que despachaba a Jerry a Brooklyn. Entonces, la noqueó, la arrastró hasta su apartamento, la mató y se largó de allí. Tiró el cuchillo en una alcantarilla, se lavó las manos y regresó a casita con mamá.

—No meta a mi madre en esto.

—Que mencione a su madre le molesta, ¿verdad?

—Así es. —Se retorció las manos, como intentando controlarlas—. Me molesta mucho. Supongo que por eso lo hace.

—No del todo, Claude. —Tomé aire—. No debería haberla matado. No le

sirvió de nada. Hardesty ya sabía de usted. Si hubiese sacado su nombre a relucir desde el principio, nos habríamos ahorrado mucho tiempo, y Fuhrmann y Manch seguirían vivos. Pero...

—¿Manch?

—Leon Manch. Pensé que podía haber matado a Fuhrmann, pero los tiempos no encajaban. Y luego me pareció que podía haberlo montado todo usted, pero lo habría hecho mejor. Los habría asesinado en el orden correcto, ¿verdad? Primero a Fuhrmann y luego a Manch, y no al revés.

—No sé de qué me está hablando.

Y esta vez era evidentemente cierto, y la diferencia en su tono de voz era obvia.

—Leon Manch era otro nombre de la lista de clientes de Portia. También era el contacto de Knox Hardesty en la oficina del alcalde. Lo llamé ayer por la tarde y quedé en verlo, y supongo que no pudo soportarlo. Anoche se tiró por la ventana.

—¿De veras se suicidó?

—Eso parece.

—Puede que él matase a Portia Carr.

No lo dijo por discutir, sino de forma pensativa. Asentí.

—Pudo haberla matado él, sí. Pero no pudo haber matado a Fuhrmann, porque este hizo un par de llamadas telefónicas después de que Manch hubiese sido declarado muerto. ¿Entiende lo que eso significa, Claude?

—¿Qué?

—Lo único que tenía que haber hecho era dejar en paz a ese escritorzuelo. No podía saberlo, pero eso era todo lo que tenía que hacer. Manch dejó una nota. No confesaba el asesinato, pero la nota se podía interpretar de ese modo. Desde luego, yo la habría interpretado así, y habría hecho todo lo posible por endosarle el asesinato de Carr al difunto Manch. De conseguirlo, Broadfield quedaría libre. En caso contrario, iría a juicio. De una forma o de otra, usted habría quedado libre y en su casa, porque yo me habría decantado por Manch como asesino, y la policía ya había decidido que era Broadfield, con lo que absolutamente nadie lo buscaría a usted.

No dijo nada durante un buen rato. Luego entrecerró los ojos.

—Está intentando tenderme una trampa.

—Ya está atrapado.

—Era una mujer sucia y malvada.

—Ya, y usted el ángel vengador del Señor.

—No. Nada de eso. Está intentando liarme, pero no va a funcionar. No puede probar nada.

—No tengo que hacerlo.

—¿Cómo?

—Quiero que me acompañe a la comisaría, Claude. Quiero que confiese haber asesinado a Portia Carr y a Douglas Fuhrmann.

—Debe de estar loco.

—No.

—Pues entonces debe de creer que lo estoy yo. ¿Por qué diablos iba a hacer algo así? Aun si hubiese asesinado...

—Para ahorrarse un mal rato, Claude.

—No lo entiendo.

Miré mi reloj. Aún era temprano, pero me sentía como si llevase meses sin dormir.

—Ha dicho usted que no puedo probar nada —dije—, y le he dado la razón. Pero la policía sí que puede probarlo. Ahora mismo no, pero en cuanto hayan escarbado un poco... Knox Hardesty puede dar fe de que usted era cliente de Portia Carr. Me brindó la información en cuanto le demostré que estaba relacionada con un asesinato, y dudo que no la reitere ante un tribunal. Y puede estar seguro de que alguien le debió de ver a usted con Portia en el Village, como alguien le debió de ver por la Novena Avenida cuando mató a Fuhrmann. Siempre hay algún testigo, y cuando la policía y la Oficina del Fiscal del Distrito le dedican tiempo al asunto, esos testigos acaban por aparecer.

—Pues que encuentren a esa gente, si es que existe. ¿Por qué iba yo a confesar para hacerles la vida más fácil?

—Porque haría las cosas más fáciles para usted, Claude. Mucho más fáciles.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Si la policía se pone a hurgar, saldrá todo a la luz, Claude. Averiguarán por qué veía a Portia Carr. Ahora mismo nadie sabe por qué. Hardesty no lo

sabe, yo tampoco, no lo sabe nadie. Pero si investigan, lo descubrirán. Y aparecerán insinuaciones en la prensa, y la gente sospechará cosas, puede que incluso peores que la verdad misma.

—Cállese.

—Todo el mundo se enterará, Claude. —Incliné la cabeza hacia la puerta cerrada—. Todo el mundo —insistí.

—¡Maldito sea!

—Podría ahorrarle ese descubrimiento, Claude. Además, una confesión tal vez podría ayudarlo a conseguir una sentencia menos severa. En teoría no es posible con el asesinato en primer grado, pero ya sabe cómo es el juego. Desde luego, no empeoraría las cosas. Pero en lo que a usted se refiere, creo que eso es una consideración secundaria, Claude, ¿no es cierto? Creo que le gustaría ahorrarse el escándalo. ¿Me equivoco?

Abrió la boca, pero la cerró sin decir palabra.

—Podría usted mantener en secreto sus motivos, Claude. O podría inventarse algo. O sencillamente, negarse a dar explicaciones. Nadie lo presionaría, una vez que hubiese confesado el crimen. La gente próxima a usted sabría que había asesinado, pero no tendrían por qué enterarse de otros detalles acerca de su vida.

Se llevó la taza de chocolate a los labios. Dio un sorbo y volvió a dejarla en su platito.

—¿Claude?

—¿Quiere dejarme pensar un momento, por favor?

—De acuerdo.

No sé cuánto tiempo estuvimos así: yo de pie, él sentado frente a la televisión apagada. Pongamos unos cinco minutos. Luego, dio un suspiro, se quitó las zapatillas y se puso unos zapatos. Se ató los cordones y se puso de pie. Fui hasta la puerta y la abrí, haciéndome a un lado para que pasara delante de mí al cuarto de estar.

—Madre —dijo—, voy a salir un ratito. El señor Scudder necesita mi asistencia. Ha surgido algo importante.

—Oh, Claude, pero ¿y tu cena? Está casi lista. ¿Tal vez tu amigo quiera acompañarnos?

—Me temo que no, señora Lorbeer —dije.

—No tenemos tiempo, madre —asintió Claude—. Tendré que cenar fuera.

—Bueno, si no hay más remedio...

Cuadró los hombros y fue a buscar un abrigo en el armario de la entrada.

—Ponte tu abrigo grueso —le dijo ella—. Ha bajado bastante la temperatura. Hace frío afuera, ¿verdad, señor Scudder?

—Sí —contesté—, hace mucho frío afuera.

16

Mi segunda visita a las Tumbas fue muy distinta de la primera. Era más o menos la misma hora del día, sobre las once de la mañana, pero esta vez había dormido bien toda la noche y apenas había bebido la víspera. La primera vez lo había visto en una celda; ahora me iba a encontrar con él y con su abogado junto al mostrador de la entrada. Broadfield había dejado atrás en su celda todos los nervios y la depresión, y parecía un héroe conquistador.

Seldon Wolk y él ya estaban ahí cuando entré. La cara de Broadfield se iluminó al verme.

—Ese es mi hombre —dijo a voces—. ¡Matt, muchacho, eres el más grande! ¡El más grande de todos! La única cosa inteligente que he hecho en mi vida ha sido recurrir a ti. —Al mismo tiempo, me estrechaba la mano con energía y me sonreía radiante—. ¿No te dije que saldría de este retrete? ¿Y no has resultado tú ser el tipo que me ha liberado? —Agachó la cabeza en ademán de conspirador y bajó la voz hasta dejarla casi en un susurro—: Y soy un tipo que sabe dar las gracias de forma que se nota que voy en serio. Te espera una prima, amigo.

—Ya me has pagado lo suficiente.

—Y una mierda. ¿Cuánto vale la vida de un hombre?

Me había hecho esa misma pregunta bastante a menudo, aunque no exactamente de la misma manera.

—He ganado algo así como quinientos dólares diarios. Me basta y me sobra, Broadfield.

—Jerry.

—Claro.

—Pues yo digo que te has ganado una prima. ¿Conoces a mi abogado?

¿Seldon Wolk?

—Hemos hablado —dije.

Wolk y yo nos dimos la mano e intercambiamos sonidos corteses.

—Bueno, creo que ha llegado la hora —dijo Broadfield—. Supongo que los periodistas que vayan a aparecer ya estarán esperando fuera, ¿no os parece? Los que se lo pierdan, así aprenderán a ser puntuales la próxima vez que pose. ¿Está Diana ahí fuera con el coche?

—Está esperando donde le dijiste —informó el abogado.

—Perfecto. ¿Conociste a mi mujer, no, Matt? Por supuesto que sí, te di aquella nota para que se la llevaras a casa. Mira, lo que vamos a hacer es que tú te buscas una tía y una de estas noches nos vamos los cuatro a cenar por ahí. Tenemos que ir conociéndonos mejor todos.

—Tenemos que hacer eso, sí —convine.

—Bueno —dijo, y abrió, rasgándolo, un sobre de color manila, y vació su contenido sobre el mostrador. Se metió la cartera en el bolsillo, se puso el reloj en la muñeca, recogió un puñado de monedas y se las echó al bolsillo. Después se pasó la corbata alrededor del cuello por debajo del de la camisa y se la anudó, dando todo un recital—. ¿Qué te dije, Matt? Pensé que tendría que anudármela dos veces, pero creo que el nudo ha quedado bien, ¿no te parece?

—Está impecable.

—Sí —asintió—. Creo que ha quedado bastante bien, en efecto. Te diré una cosa, Matt, me siento de fábula. ¿Qué tal aspecto tengo, Seldon?

—Estás estupendo.

—Me siento como un millón de dólares —dijo.

Se manejó bastante bien con los periodistas. Contestó a sus preguntas logrando un buen equilibrio entre la sinceridad y la desfachatez, y cuando aún les quedaban preguntas por hacer, les ofreció su sonrisa ganadora, saludó victorioso, pasó entre ellos y se subió al coche. Diana pisó el acelerador, fueron hasta el final de la manzana y dieron la vuelta a la esquina. Me quedé mirando hasta que se perdieron de vista.

Por supuesto, ella había tenido que venir a recogerlo. Se lo tomaría con

calma uno o dos días y luego le contaría cómo estaban las cosas. Me había dicho que no esperaba que le causara demasiados problemas. Estaba segura de que no la quería y de que hacía mucho que había dejado de importarle en su vida. Pero yo debía darle un par de días y luego me llamaría.

—Bueno, pues ha sido bastante emocionante —dijo una voz a mi espalda—. Pensé que igual se suponía que teníamos que echarle arroz a la feliz pareja, o algo así.

—Hola, Eddie —dije, sin darme la vuelta.

—Hola, Matt. Hace una mañana espléndida, ¿verdad?

—No está mal.

—Supongo que estarás bastante contento.

—No me encuentro demasiado mal, no.

—¿Un cigarro? —Sin esperar respuesta, el teniente Eddie Koehler se puso uno en la boca y lo encendió. Necesitó tres cerillas porque el viento apagó las dos primeras—. Debería comprarme un mechero —dijo—. ¿Te fijaste en el encendedor que usó Broadfield hace un rato? Parecía caro.

—Creo que probablemente lo era.

—A mí me pareció de oro.

—Es posible. Aunque el oro y el chapado en oro se parecen mucho.

—Pero no cuestan lo mismo, ¿verdad?

—Por regla general, no.

Sonrió, alargó la mano y me agarró el antebrazo.

—Vamos, cabronazo —dijo—, déjame invitarte a una copa, grandísimo cabronazo.

—Es un poco pronto para mí, Eddie. Quizás un café.

—Aún mejor. ¿Cuándo ha sido alguna vez demasiado pronto para pagarte una copa?

—Oh, no lo sé. A lo mejor intento ir con más tiento con la priva, para ver si se nota alguna diferencia.

—¿Ah, sí?

—Bueno, al menos durante un tiempo.

Me escrutó con la mirada.

—¿Sabes que has sonado un poco como el que solías ser? Ni recuerdo cuánto hace que no hablabas así.

—No saques demasiadas conclusiones, Eddie. Lo único que he hecho es rechazar una copa.

—No, hay algo más. No sé exactamente qué, pero hay algo diferente en ti.

Nos acercamos hasta un bar pequeño en Reade Street y pedimos café y bollos.

—Bueno, conseguiste que soltaran al cabrón. Me da rabia verlo fuera del atolladero, pero difícilmente puedo hacerte responsable. Conseguiste liberarlo.

—De entrada, nunca debisteis enchironarlo.

—Ya, bueno, esa es otra historia, ¿no?

—Pues sí. Deberías alegrarte de cómo han salido las cosas al final. Broadfield no le va a servir de mucho a Abner Prejanian, que tendrá que procurar no llamar demasiado la atención durante un tiempo. No ha quedado precisamente bien. Su ayudante acaba de ser detenido por matar a dos personas e incriminar al testigo estrella de Abner. Te quejabas de que le encantaba ver su nombre en la prensa. Creo que va a intentar no salir en los periódicos durante un par de meses, ¿no te parece?

—Pudiera ser.

—Y Knox Hardesty tampoco ha salido muy airoso. Para la opinión pública es un tipo que está bien, pero se va a correr la voz de que no es demasiado bueno a la hora de proteger a sus testigos de cargo. Tenía a Carr, y esta le sirvió a Manch en bandeja, y ahora los dos están muertos. No es precisamente un buen historial a la hora de intentar convencer a la gente de que colabore con uno.

—Ya, pero de todos modos no ha estado incordiando al departamento, Matt.

—Aún no. Pero con Prejanian tranquilo, podría haber tenido la tentación de echarle un vistazo al asunto. Ya sabes cómo funciona esto, Eddie. Cuando quieren titulares, se meten con los polis.

—Sí, esa es la puta verdad.

—Así que no me he portado tan mal con vosotros, ¿no crees? El departamento no ha salido mal parado.

—No, Matt, has sido legal.

—Ya.

Cogió su cigarro y le dio una calada: se había apagado. Volvió a encenderlo con un fósforo y se quedó mirando cómo ardía hasta casi quemarle la punta de los dedos antes de apagarlo y dejarlo caer en el cenicero. Le di un bocado a un bollo, lo mastiqué y me lo tragué con un sorbo de café.

Podía beber menos. Habría momentos en que las cosas se pondrían difíciles. Cuando me acordara de Fuhrmann y de que podía haber atendido a su llamada. O cuando pensara en Manch precipitándose al vacío. Mi llamada no podía haber sido la única causa. Hardesty había estado presionándolo todo el tiempo y el hombre llevaba años abrumado por la culpa. Pero no le había hecho ningún favor, y a lo mejor, si no le hubiese llamado...

Salvo que no puedes permitirte pensar así. Lo que tienes que hacer es decirte que has capturado a un asesino y sacado de la cárcel a un inocente. No se pueden ganar todas las peleas y no puedes culparte cada vez que pierdes una.

—Oye, Matt. —Le miré—. Esa conversación que tuvimos la otra noche, en el bar al que sueles ir...

—El Armstrong's.

—Eso es, el Armstrong's. Dije cosas que no debía.

—Oh, da igual, Eddie.

—¿No me guardas rencor?

—Por supuesto que no.

Hubo un silencio.

—Bueno, algunos de los chicos, como sabían que tenía intención de pasarme por aquí hoy, al figurarme que estarías tú, me han pedido que te dijera que nadie tiene nada contra ti. Nunca lo han tenido, en líneas generales, es solo que les habría gustado que no anduvieses en tratos con Broadfield en aquel momento. Lo entiendes, ¿no?

—Creo que sí.

—Vamos, y que esperan que no se la tengas guardada al departamento, eso es todo.

—Claro que no.

—Bueno, eso me imaginaba, pero pensé que sería mejor decírtelo a las

claras y estar seguro. —Se pasó la mano por la frente, alborotándose el pelo—. ¿De verdad vas a intentar beber menos?

—Voy a intentarlo. ¿Por qué?

—No lo sé. ¿Piensas tal vez que estás listo para volver a unirte a la raza humana?

—Nunca la abandoné, ¿no?

—Ya sabes a qué me refiero.

No dije nada.

—Has demostrado algo, ¿sabes? Sigues siendo un buen poli, Matt. Es lo que se te da bien.

—¿Y?

—Es más fácil ser un buen poli cuando llevas una placa.

—A veces es más difícil. Si hubiese tenido una placa la semana pasada, me habrían ordenado que me estuviese quieto.

—Sí, se te dijo de todos modos, pero no hiciste caso, y no lo habrías hecho con placa o sin ella. ¿O me equivoco?

—Quizá. No lo sé.

—La mejor forma de tener un buen Departamento de Policía es teniendo buenos policías en él. Me gustaría muchísimo volver a verte en el cuerpo.

—Creo que no, Eddie.

—No te estoy pidiendo que lo decidas ahora. Lo que digo es que podrías pensártelo. Puedes darle vueltas a la idea durante un tiempo, ¿no? A lo mejor es algo que empieza a cobrar sentido cuando no estés empapado en alcohol las veinticuatro horas del día.

—Es posible.

—¿Te lo vas a pensar?

—Me lo pensaré.

—Vale. —Removió su café—. ¿Has sabido algo de tus chicos últimamente?

—Están bien.

—Bueno, me alegro.

—Los voy a ver este sábado. Su patrulla *scout* ha montado una especie de salida de padres e hijos, una cena a base de pollo gomoso y luego entradas para el partido de los Nets.

- Los Nets nunca han conseguido interesarme.
- Se supone que tienen un buen equipo.
- Sí, eso dice la gente. Bueno, es estupendo que veas a los chicos.
- Ajá.
- A lo mejor, Anita y tú...
- Déjalo estar, Eddie.
- Sí, hablo de más.
- Está con alguien, de todos modos.
- No puedes esperar que se quede sola.
- No lo hago, y no me importa. Yo también estoy con alguien.
- Oh. ¿Algo serio?
- No lo sé.
- Algo que hay que tomarse con calma para ver qué pasa, supongo.
- Algo así.

Eso fue el lunes. Durante los siguientes dos días di muchos largos paseos y pasé tiempo en un montón de iglesias. Por la noche me tomaba un par de copas para conciliar el sueño con mayor facilidad, pero a todos los efectos, no bebí en serio. Me paseé, disfruté del tiempo, comprobé sin parar si tenía recados telefónicos, leí el *Times* por la mañana y el *Post* por la noche. Al cabo de un rato, empecé a preguntarme por qué no recibía la llamada que estaba esperando, pero no me puse lo suficientemente nervioso para coger el teléfono y llamar yo.

Luego, el jueves, a eso de las dos de la tarde, iba caminando sin rumbo fijo cuando al pasar junto a un kiosco en la esquina de la calle Cincuenta y siete con la Octava Avenida, me fijé casualmente en el titular del *Post*. Normalmente esperaba a que saliera la última edición para leerlo, pero el titular me llamó la atención y compré el periódico.

Jerry Broadfield había muerto.

17

Cuando se sentó frente a mí al otro lado de la mesa, supe quién era sin levantar la vista.

—Hola, Eddie —le dije.

—Supuse que te encontraría aquí.

—No era muy difícil de adivinar, ¿verdad? —Le hice un gesto a Trina—. ¿Qué tomas?, ¿Seagram's? Tráele a mi amigo un Seagram's con agua. Yo me tomaré otro de estos. Te has dado prisa —le dije a él—. Solo llevo aquí una hora más o menos. Claro, la noticia ha tenido que salir en la edición del mediodía. Ha dado la casualidad de que no he visto un periódico hasta hace una hora. Aquí pone que se lo cargaron alrededor de las ocho de la mañana. ¿Es correcto?

—Es correcto, Matt. Según el informe que he visto.

—Salió por la puerta y un coche último modelo se acercó al bordillo y alguien le vació encima los dos cañones de una escopeta recortada. Un colegial dijo que el hombre del arma era blanco, pero no pudo ver el que estaba en el coche, al conductor.

—Así es.

—Un hombre blanco y el coche era azul, y dejaron el arma en el lugar del crimen. Sin huellas, supongo.

—Probablemente.

—Imagino que no habrá manera de rastrear la recortada.

—No he oído nada, pero...

—Pero no habrá manera de rastrearla.

—No lo parece.

Trina trajo las copas. Levanté la mía.

—Por los amigos ausentes, Eddie.

—Por supuesto.

—No era amigo tuyo, y aunque puede que no me creas, era menos amigo mío incluso, pero así es como haremos el brindis, por los amigos ausentes. Yo hice tu brindis como quisiste, así que bien puedes unirte al mío.

—Lo que tú digas.

—Por los amigos ausentes —repetí.

Bebimos. Después de unos cuantos días de haberme moderado, me pareció que el alcohol tenía más pegada. En cualquier caso, desde luego no había dejado de gustarme. Me entró bien y con facilidad, y me hizo sentirme vitalmente consciente de quién era yo.

—¿Crees que se descubrirá alguna vez quién ha sido? —pregunté.

—¿Quieres que sea franco?

—¿No pensarás que quiero que me mientas?

—No, ya imagino que no.

—¿Y bien?

—No, no creo que se descubra nunca quién ha sido, Matt.

—¿Lo intentarán siquiera?

—No creo.

—¿Lo intentarías tú, si fuera uno de tus casos?

Me miró.

—Seré del todo sincero contigo —dijo tras pensarlo un momento—. No lo sé. Me gustaría pensar que sí que lo intentaría. Pienso que algún... Pienso... ¡Joder! Pienso que han sido un par de los nuestros los que lo han hecho. ¿Qué otra cosa cabe pensar, verdad?

—Ya.

—Quienquiera que haya sido, es un perfecto imbécil. Un perfecto y absoluto imbécil que acaba de hacerle al departamento mucho más daño del que Broadfield habría podido hacerle nunca. Quienquiera que lo haya hecho merece que lo cuelguen y me gusta pensar que si fuera un caso mío, iría a por esos cabrones con todas mis fuerzas. —Agachó la mirada—. Pero si he de ser sincero, en realidad no sé si lo haría. Tal vez solo fingiría ocuparme del caso, y le echaría tierra encima.

—Y eso es lo que harán allí, en Queens.

—No he hablado con ellos. No me consta a ciencia cierta que vayan a hacer eso. Pero me sorprendería que hicieran cualquier otra cosa, y a ti también.

—Sí.

—¿Qué vas a hacer tú, Matt?

—¿Yo? —Le miré fijamente—. ¿Yo? ¿Qué debería hacer?

—Quiero decir, ¿vas a intentar ir tras los autores? Porque no estoy seguro de que sea una buena idea.

—¿Por qué iba a hacerlo, Eddie? —Extendí las manos con las palmas hacia arriba—. No era primo mío. Y nadie me ha contratado para averiguar quién lo ha matado.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Eres imprevisible. Creo que te tengo calado, y luego resulta que no. —Se levantó y dejó algún dinero encima de la mesa—. Déjame pagar esta ronda —dijo.

—Quédate, Eddie. Tómate otra copa.

Apenas había tocado su whisky.

—No tengo tiempo —dijo—. Matt, no tienes que engancharte a la botella por esto. No cambia nada.

—¿Ah, no?

—Joder, claro que no. Sigues teniendo tu vida. Tienes a esa mujer con la que estás saliendo, tienes...

—No.

—¿Cómo?

—A lo mejor la vuelvo a ver. No lo sé. Probablemente no. Ya me habría llamado a estas alturas. Y después de lo que ha pasado, habría llamado si fuera real.

—No te sigo.

Pero no estaba hablando con él.

—Estábamos en el sitio adecuado en el momento adecuado —seguí—. Y pareció que podríamos ser importantes el uno para el otro. Pero si alguna vez existió esa posibilidad, yo diría que desapareció esta mañana cuando se disparó esa recortada.

—Matt, lo que dices no tiene sentido.

—Lo tiene para mí. A lo mejor es culpa mía. Puede que la vuelva a ver, no lo sé. Pero no va a cambiar nada que nos veamos o no. La gente no cambia las cosas. Son las cosas las que, de vez en cuando, cambian a la gente, pero la gente no cambia las cosas.

—Me tengo que ir, Matt. Tómatelo con calma con la priva, ¿vale?

—Claro, Eddie.

En algún momento esa noche, marqué su número en Forest Hills. El teléfono sonó una docena de veces antes de que desistiese y recuperase mi moneda de diez centavos.

Llamé a otro número. Una voz perdida recitó: «Siete-doscinco-cinco. Lo siento, pero no hay nadie en casa en este momento. Si deja su nombre y número de teléfono después de la señal, le devolveremos la llamada lo antes posible. Gracias».

Sonó la señal, me tocaba a mí. Pero no se me ocurrió nada que decir.

Notas

[1] «The Tombs» es el nombre popular dado al Centro de Detención Masculina de Manhattan, así como a las cárceles que precedieron al edificio actual. (*N. del T.*) <<

[2] Scudder cita un verso de «Paul Revere's Ride» (1860), poema de Henry W. Longfellow que todos los colegiales norteamericanos conocen. Alude a un episodio de la Guerra de Independencia de Estados Unidos, y en concreto, al número de linternas encendidas que, colocadas en el campanario de una iglesia de Boston, harían saber a Paul Revere, quien aguardaba a caballo, listo para llevar aviso a los patriotas de Massachusetts, por dónde iban a atacar las tropas británicas. (*N. del T.*) <<

[3] Francis Lee Bailey, controvertido abogado criminalista estadounidense famoso por sus grandes éxitos como abogado defensor. Participó en la defensa de Patty Hearst y O. J. Simpson, entre otros. (*N. del T.*) <<

[4] En el original, *we are people two*, que juega con la homofonía de *two* («dos») y *too* («también»). (*N. del T.*) <<

[5] Alusión a la escandalosa novela autobiográfica, y gran éxito de ventas, de la holandesa Xaviera Hollander, *The Happy Hooker. My Own Story* (1971), traducida al castellano como *La alegre Madame. Mi propia historia*. (N. del T.) <<

[6] Se refiere a Xaviera Hollander. Véase la nota anterior. (*N. del T.*) <<

[7] Alusión a *Otelo*, acto III, escena 3, vv. 157-158. Es Yago quien pronuncia la frase. (*N. del T.*) <<

[8] Fiesta federal que se celebra el primer lunes de septiembre. (*N. del T.*) <<

[9] «Descuido benévolo» (*benign neglect*) es una expresión acuñada a finales de la década de 1960 por el senador por el estado de Nueva York Daniel Patrick Moynihan, asesor del presidente Nixon en cuestiones urbanas, al sugerir la conveniencia de olvidar un tanto la cuestión de la raza al tratar los problemas de los barrios más desfavorecidos, para no acrecentar la tensión entre blancos y negros en pleno movimiento por los derechos civiles. (*N. del T.*) <<

Última revisión por UMDN: 14 de octubre de 2021

